
BOMBERO
GRUÑÓN
GINGER HUDSON

BOMBERO GRUÑÓN

Romance en el pequeño pueblo de Love Springs

GINGER HUDSON

Traducido por
ISABELLE MORENO

Cherrylily

Copyright

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas, lugares o eventos reales es pura coincidencia.

Bombero gruñón
Romance en el pequeño pueblo de Love Springs

Copyright © 2024 Ginger Hudson

Escrito por Ginger Hudson

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto para el uso de citas breves en una reseña de libro.

ÍNDICE

Acerca del Libro

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40

Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Acerca de la Autora
Más Libros de Ginger Hudson

ACERCA DEL LIBRO

Violeta Clarke está lista para conquistar el mundo, una fresa a la vez, después de heredar la vieja granja de su abuelo.

Ese es el plan, al menos...

Pero cuando el bombero William Baxter se presenta para una inspección de seguridad rutinaria, le informa sin rodeos que su plan de conquista mundial con tema de frambuesas se cancela hasta que repare el cobertizo de almacenamiento de la granja de bayas.

Sí, entiende que es un desastre de incendio esperando a ocurrir.

No, no tiene dinero para reparaciones, Will.

Así que cuando el rudo y apuesto bombero regresa, ofreciéndole su ayuda más gruñona para restaurar el cobertizo, bueno...

Ella no puede rechazarlo exactamente, ¿verdad? Además, quizás un poco de sol y fresas eliminarán su mal humor.

En ningún momento Violeta pretendió enamorarse del bombero gruñón y atractivo con un trágico pasado, pero cuanto más tiempo trabajan juntos, más descubre que hay mucho más en William de lo que pensaba al principio.

Ahora, si tan solo pudiera convencerlo de que es perfectamente seguro dejar que las chispas de la pasión enciendan algo en su endurecido y cerrado corazón...

CAPÍTULO UNO

El amanecer coloreó el cielo con franjas doradas y rosadas mientras Violeta Clarke se encontraba en medio de la granja de bayas de su difunto abuelo, contemplando las interminables hileras de frambuesas, moras, fresas y arándanos. El dulce aroma de las frutas maduras impregnaba el aire, recordándole el legado que ahora recaía sobre sus hombros. Se ajustó la coleta, permitiendo que algunos mechones de su ondulado cabello castaño se escaparan de la cinta para el pelo, y tomó una profunda respiración para serenarse.

—Muy bien, Abuelo Tom —susurró Violeta para sí misma, sus ojos avellana brillando con determinación—. Te voy a enorgullecer, aunque no tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

Mientras deambulaba entre las hileras de arbustos, estudiando las plantas y sus diferentes y jugosas frutas, no pudo evitar sentirse abrumada por la enormidad de su tarea. Violeta siempre había sentido pasión por la granja de su abuelo, pero su experiencia se limitaba a ayudarlo a recolectar bayas durante sus visitas de verano. Ahora, era responsable de asegurar su éxito.

—De acuerdo, tengo que aprender todo lo que hay que saber sobre el cultivo de bayas —dijo en voz alta, apenas audible por encima del crujido de las hojas—. ¿Qué tan difícil puede ser, verdad?

De repente, oyó el sonido de pasos acercándose, y al volverse encontró a la Señora Thompson, la antigua amiga y vecina de su abuelo, caminando por el sendero de tierra hacia ella.

—¡Buenos días, Violeta! —la saludó con voz cálida y amistosa—. Pensé en pasar a ver cómo te estabas adaptando.

—Buenos días, Señora Thompson —respondió ella, esbozando una sonrisa agradecida—. Estoy tratando de averiguar por dónde empezar. Hay tanto que no sé, pero realmente quiero que esto funcione.

—Por favor, llámame Brenda, cariño —dijo la Señora Thompson. Y con un atisbo de tristeza en los ojos, añadió—: Tu Abuelo Tom estaría orgulloso de oír eso. Amaba esta granja más que a nada.

—Por eso mismo no puedo permitir que fracase —insistió Violeta, su voz resuelta—. Aprenderé todo lo que necesite y convertiré esta en la mejor granja de bayas de Love Springs.

Brenda rio, claramente divertida por su entusiasmo. —Bueno, sin duda tienes el espíritu para ello. Pero llevar una granja es un trabajo duro, Violeta. No es todo sol y bayas maduras.

—Lo sé —dijo ella, entrecerrando un poco los ojos, tratando de mantener su determinación —. Pero no le temo al trabajo duro. Si hay algo que el Abuelo Tom me enseñó, es que nada que valga la pena se consigue fácilmente.

—Muy cierto —convino Brenda, asintiendo pensativa—. Bueno, si lo dices en serio, te sugiero que empieces por conocer a los otros granjeros del pueblo. Ellos serán tu mejor recurso

para aprender los pormenores.

—¡Gracias, Brenda! —dijo Violeta, iluminándose su rostro—. ¡Es una gran idea!

—Bien —respondió ella, palmeando suavemente el hombro de Violeta antes de darse la vuelta para irse—. Te espera mucho trabajo por delante, pero creo que puedes lograrlo, tal como lo hizo tu abuelo.

Mientras Brenda se alejaba, Violeta sintió renovado su sentido de propósito. Sabía que tenía mucho que aprender y muchos desafíos que enfrentar, pero estaba decidida a honrar la memoria de su abuelo convirtiendo su amada granja de bayas en el éxito que él siempre creyó que podría ser.

CAPÍTULO DOS

El sol apenas se había asomado sobre el apacible pueblo de Love Springs cuando William Baxter se plantó al borde del estacionamiento de la estación de bomberos, su mirada fija en una hilera de relucientes camiones de bomberos rojos. La primera luz del día se reflejaba en sus superficies inmaculadas y pulidas, proyectando largas sombras en el concreto.

—¡Muy bien, todo el mundo! ¡Formen una fila! —ladró Will, su profunda voz haciendo eco en el estacionamiento.

Era la viva imagen de la disciplina, su musculoso cuerpo enfundado en un impecable uniforme de bombero y su cabello oscuro y corto perfectamente recortado. Los bomberos bajo su mando se pusieron firmes, formando una recta hilera frente a él como soldados bien entrenados.

Nadie habría adivinado que detrás de los profundos ojos marrones de Will se escondía un pasado atormentado, un trágico incendio que lo acosaba implacablemente. Era una carga que llevaba cada día, una que alimentaba su estricto enfoque en el trabajo.

—Revisen sus equipos —ordenó Will, caminando bruscamente por la fila mientras inspeccionaba el equipo de cada bombero.

Con un ojo experto, se aseguraba de que los cascos estuvieran bien ajustados, las chaquetas correctamente abotonadas y los aparatos de respiración funcionando adecuadamente.

—Jones, aprieta esa correa —dijo con severidad, señalando a un bombero cuyo casco estaba ligeramente ladeado.

El hombre obedeció de inmediato, su rostro enrojeciendo bajo la dura mirada de Will. Mientras continuaba por la fila, Will tomaba nota mental de cualquier mejora necesaria, decidido a no dejar que la historia se repitiera.

—Es hora de nuestro simulacro, equipo —anunció una vez que las revisiones de equipo estuvieran completas. Guió a su equipo a la torre de entrenamiento, una alta estructura diseñada para simular un edificio en llamas—. ¡Rescate de víctimas, dos minutos, comiencen!

Los bomberos entraron en acción, escalando escaleras y navegando las hipotéticas habitaciones llenas de humo con impresionante rapidez y precisión. Will observaba atentamente desde abajo, su corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras los recuerdos de aquella fatídica noche amenazaban con resurgir. Apartó las imágenes, enfocándose en la tarea en cuestión.

—¡Vamos, gente! ¡El tiempo se acaba! —gritó, instando a su equipo a moverse más rápido.

Los bomberos salieron de la torre uno a uno, cada uno cargando un maniquí de tamaño real que representaba a una víctima que necesitaba ser rescatada. A medida que llegaban al suelo, Will revisaba sus tiempos y les dirigía un raro gesto de aprobación con la cabeza.

—Buen trabajo hoy, pero siempre podemos mejorar —les dijo—. Pueden retirarse.

Mientras el equipo se dispersaba, Will se permitió un breve momento de reflexión. Sabía que la fachada disciplinada e inflexible que presentaba al mundo era sólo una máscara, ocultando la culpa y el dolor que bullían bajo la superficie.

Pero por ahora, era una máscara que necesitaba llevar. Por el bien de Love Springs, y por el bien de aquellos que contaban con él para mantenerlos a salvo.

CAPÍTULO TRES

El sol apenas había salido, proyectando un suave resplandor rosa sobre los ondulantes campos de la luchadora granja de bayas de Violeta. Mientras se encontraba entre las hileras de frambuesas y arándanos, sus ojos brillaban con determinación. Se apartó un mechón de cabello ondulado detrás de la oreja y suspiró, sabiendo que ese día no sería un día cualquiera.

Ese era el día en que había programado que los bomberos locales vinieran a inspeccionar su propiedad para verificar la seguridad contra incendios. Necesitaba aprobar la inspección o de lo contrario perdería su certificación local de cultivo, lo que significaba que no podría vender ni cultivar nada con fines comerciales.

Su abuelo siempre lo había logrado por los pelos, pero desde que él había fallecido, la granja de bayas había sido temporalmente abandonada hasta que finalmente pudo finalizar el papeleo del testamento y la planificación patrimonial que él había dejado.

—Muy bien, todos. Hora de la inspección —gruñó William mientras caminaba hacia la propiedad, con un portafolios en la mano.

Sus oscuros ojos escanearon los alrededores, captando cada detalle con una precisión severa. Como inspector de seguridad contra incendios, William se tomaba su trabajo muy en serio, quizás demasiado.

—Buenos días. ¿Señor Baxter, verdad? —dijo Violeta, saludando tímidamente al bombero mientras le extendía la mano para estrecharla.

El contraste entre su pequeña mano manchada de tierra y el apretón callosoy musculoso de él era sorprendente.

—Comencemos, ¿les parece? —dijo él, sin molestarse con más cortesías más allá del apretón de manos.

—Por supuesto.

Violeta lo guió por la granja, mostrándole los distintos edificios e instalaciones. Mientras caminaban, ella no pudo evitar admirar su fuerte mandíbula y la forma en que su uniforme se adhería a sus amplios hombros. Pero rápidamente apartó esos pensamientos, recordándose la tarea que tenían entre manos.

—Oh, oh —murmuró William entre dientes cuando se acercaron al viejo cobertizo de almacenamiento. La pintura estaba desconchada, el techo se hundía y la puerta colgaba torcida de sus bisagras—. Esto parece un problema.

—¿Un problema? ¿Qué quieres decir? —preguntó Violeta, sintiéndose descorazonada al notar la preocupación grabada en su rostro.

—El cobertizo en sí ya es bastante malo, pero mira este cableado que sale del costado —dijo él, señalando los cables deshilachados que serpenteaban por el suelo húmedo—. Y ese montón

de hojas secas y virutas de madera en la esquina... Esto está pidiendo a gritos un incendio...

—¿Es realmente tan grave? —preguntó Violeta, tratando de ocultar el pánico en su voz.

Sabía que el cobertizo era viejo y necesitaba reparaciones, pero nunca imaginó que pudiera ser un peligro tan grande.

—Desafortunadamente, sí —le dijo William, frunciendo el ceño, sus ojos marrones mostrando un atisbo de simpatía, a pesar de su áspera apariencia exterior.

Eso era lo último que Violeta quería escuchar ese día...

CAPÍTULO CUATRO

—Señorita Clarke, no puedo aprobar esta inspección hasta que haya arreglado el cobertizo —afirmó William con firmeza, su mirada inamovible—. Es una violación grave del código de seguridad contra incendios 1205.8.

—¿Código 1205.8? —repitió Violeta, retorciendo las manos con ansiedad. No había anticipado tal contratiempo.

—Las áreas de almacenamiento deben estar libres de posibles fuentes de ignición —explicó, enumerando los problemas con los dedos—. Eso significa un cableado adecuado, sin materiales inflamables y un espacio interior limpio. Usted no cumple con ninguno de esos requisitos.

—Señor Baxter, entiendo su preocupación, pero no tengo dinero para arreglarlo ahora mismo —dijo Violeta, su voz temblando—. La granja apenas está llegando a fin de mes. Acabo de heredarla de mi abuelo recientemente y hay tanto trabajo por hacer.

—Entonces tendrá que encontrar la manera —replicó William, cruzando los brazos sobre su ancho pecho.

Violeta no pudo evitar notar cómo se flexionaban sus bíceps debajo del uniforme. Concéntrate, se reprochó a sí misma.

—¿No puede darme un poco más de tiempo? ¿Quizás una advertencia o algo así? —suplicó, buscando en sus profundos ojos marrones cualquier atisbo de indulgencia.

—Lo siento, Señorita Clarke. La seguridad es absolutamente innegociable —su voz era resuelta, pero sus ojos reflejaban un toque de pesar.

Violeta sintió que las mejillas le ardían de frustración. Contuvo el impulso de descargar su enojo contra él, recordándose que solo hacía su trabajo. En cambio, se pasó los dedos por su largo cabello ondulado, tratando de encontrar una solución.

—Muy bien, digamos que logro reunir algunos fondos —dijo, forzando una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo me daría para hacer las reparaciones?

William dudó un momento antes de responder. —Dos semanas. Eso es lo máximo que puedo hacer.

—¡Dos semanas! —exclamó Violeta, abriendo los ojos con incredulidad—. ¡Ni siquiera sé por dónde empezar!

—Comience por conseguir que un electricista reemplace el cableado —dijo, su voz suavizándose ligeramente—. Y despejen los escombros. Eso debería marcar una diferencia significativa.

—Bien. Serán dos semanas —aceptó Violeta.

Intentó sonar segura, pero se le revolvió el estómago al pensar en conseguir el dinero y completar las reparaciones en tan poco tiempo.

—Buena suerte, Señorita Clarke —dijo William al dar la vuelta para irse, sus botas crujiendo en el camino de grava—. Volveré para verificar su progreso.

—Gracias, Señor Baxter —murmuró ella, observando cómo su silueta de anchos hombros desaparecía tras la esquina de la casa de la granja.

Con una respiración profunda, enderezó los hombros y apretó la mandíbula, decidida a salvar la granja de su abuelo, costara lo que costara.

Poco sabía que el hombre que acababa de imponerle ese ultimátum pronto se convertiría en un inesperado aliado... ¿y quizás algo más en el camino?

CAPÍTULO CINCO

William subió a su camioneta, con la tensión de su encuentro con Violeta aún presente en su mente. Sabía que tenía que ser estricto cuando se trataba de la seguridad contra incendios, pero al girar la llave en el contacto, los recuerdos de ayudar al abuelo de Violeta en esta misma granja lo inundaron.

Todavía podía escuchar la estruendosa risa del viejo Tom Clarke mientras trabajaban codo a codo, arreglando cercas y cuidando de los arbustos de bayas. William era solo un adolescente en ese entonces, ansioso por demostrar su valía. Tom lo había tomado bajo su ala, enseñándole el valor del trabajo duro y la dedicación. Y ahora, aquí estaba, amenazando el sustento de su nieta.

—Maldición —murmuró entre dientes, incapaz de sacudirse la culpa que lo carcomía.

No podía quedarse de brazos cruzados mientras Violeta luchaba por mantener a flote la granja. No era lo que Tom hubiera querido.

Con un asentimiento decidido, William apagó el motor y salió de su camioneta, caminando con determinación hacia Violeta, quien estaba junto al cobertizo, con los hombros caídos en señal de derrota.

—Señorita Clarke —la llamó, haciéndola dar un leve respingo.

—¿Señor Baxter? —dijo ella, vacilante, con el ceño fruncido en confusión—. ¿Pasa algo malo?

—Escucha —comenzó, tratando de mantener la emoción fuera de su voz—. No puedo dejarte lidiar con este desastre sola. Tu abuelo... significó mucho para mí, y le debo ayudarte a arreglar este lugar.

Violeta parpadeó, claramente sorprendida por su repentino cambio de actitud. —¿De verdad harías eso?

—Sí —dijo, frotándose la nuca—. Es lo mínimo que puedo hacer.

—Gracias —susurró, con los ojos brillantes de gratitud.

—Bien, entonces vamos a tu primera orden del día —dijo William, aplaudiendo—. Primero, necesitamos obtener madera contrachapada, clavos, un martillo y una sierra eléctrica. También necesitaremos una escalera y pintura de buena calidad para proteger la madera de los elementos. Si no puedes pagar por todo ahora mismo, le diré al Señor Johnson en la ferretería que te abra una cuenta.

—Está bien —dijo Violeta, anotando la lista en un trozo de papel—. ¿Cuál es el plan?

—Durante las próximas dos semanas, trabajaremos juntos para reemplazar las paredes podridas, despejar los escombros e instalar el nuevo cableado. Comenzaremos temprano cada mañana y trabajaremos hasta el anochecer.

—¿Dos semanas, sin embargo? —preguntó Violeta, con la voz vacilante—. ¿Es eso siquiera

posible?

—Confía en mí —dijo William, ofreciéndole una cálida y rara sonrisa—. Tendremos este lugar a código en un abrir y cerrar de ojos. Mientras tanto, por favor, llámame Will, o William si lo prefieres.

—¿No Señor Baxter? —preguntó ella, bromeando.

—No —dijo él, áspero, rodando los ojos hacia ella.

—Está bien —dijo, sonriéndole—. Entonces, por favor, llámame Violeta.

William asintió y Violeta asintió de vuelta. Por alguna razón, pensó que este era el comienzo de algo, pero si alguien le hubiera preguntado, no habría podido decir con certeza qué era.

CAPÍTULO SEIS

Violeta sintió su corazón henchirse de gratitud a la mañana siguiente cuando William se presentó, sus ojos brillando con lágrimas contenidas.

—No puedo agradecerle lo suficiente por ayudarme con todo esto —dijo en un susurro.

William se encogió de hombros, intentando parecer despreocupado, pero el leve rubor que se extendía por su cuello lo traicionó. —No es nada, de verdad. Como dije, es lo mínimo que puedo hacer.

—Aun así —insistió Violeta, dando un paso al frente para apretar brevemente su mano—. Está salvando mi granja... y el legado de mi abuelo.

La calidez de su toque envió una descarga eléctrica por el cuerpo de William, y no pudo evitar sonreír ante su sinceridad.

—Muy bien, empecemos entonces —dijo, ansioso por concentrarse en la tarea que tenían por delante.

Pasaron las siguientes horas trabajando codo con codo, ordenando la madera contrachapada, sacando los clavos viejos y despejando el desorden que se había acumulado en el cobertizo a lo largo de los años.

—¡Cuidado con tus dedos! —gritó Violeta cuando maniobraban una pieza de madera particularmente resistente hacia la pila de basura.

William se río de su preocupación, pero no pudo negar que la presencia de ella hacía que el trabajo resultara más agradable, a pesar de que comenzaban a discutir como un viejo matrimonio.

—Oye, llevo años haciendo esto —bromeó, mirándola con una sonrisa mientras dejaba caer expertamente el martillo—. Puedes confiar en que sé lo que hago.

—Claro que lo sabes, Señor Inspector de Seguridad Contra Incendios —dijo Violeta con sorna, rodando los ojos de manera juguetona.

A pesar de sus piques, había una corriente palpable de atracción entre ellos, una que solo crecía más fuerte cuanto más intentaba negarlo Will.

Mientras trabajaban juntos, sus diferencias se volvían cada vez más evidentes: la estricta adhesión al protocolo de William chocaba a menudo con el enfoque más despreocupado de Violeta para resolver problemas. Sin embargo, de alguna manera, sus personalidades opuestas parecían complementarse ese primer día, empujándolos a encontrar un equilibrio que ninguno de los dos había experimentado antes.

—Muy bien, necesitamos quitar esta viga —instruyó William con voz firme mientras señalaba el gran soporte de madera—. No te preocupes, no es crucial para la integridad estructural del cobertizo.

—Entendido —respondió Violeta, secándose el sudor de la frente mientras recogía un

puñado de clavos que ya habían quitado, colocándolos a un lado con cuidado.

Trabajaron juntos, sus músculos tensándose y su respiración convirtiéndose en jadeos cortos, pero ambos se negaron a rendirse.

—¡Casi... listo! —dijo Violeta, emocionada mientras llevaban la viga de madera afuera.

Cuando la colocaron en el suelo, sus miradas se encontraron, ambos sonrojados y sudorosos por el esfuerzo, y por un momento, el tiempo pareció detenerse.

—Violeta —murmuró William, sus ojos castaños oscureciéndose con una emoción que aceleró el corazón de ella.

—Will... —susurró de vuelta, incapaz de apartar la mirada de él.

Pero justo cuando sus rostros comenzaban a acercarse, un fuerte estruendo resonó en el cobertizo. Se separaron sobresaltados por la repentina interrupción.

—Parece que aún nos queda trabajo por hacer —dijo William con voz ronca mientras observaba la pila de herramientas caídas.

—Cierto —dijo Violeta, sus mejillas ruborizadas por algo más que el esfuerzo—. Terminemos lo que comenzamos, ¿de acuerdo?

CAPÍTULO SIETE

Al día siguiente, Violeta observó cómo William se acercaba hacia ella, su musculosa complexión fácilmente visible a través del ajustado uniforme casual de bombero que llevaba puesto. Su corazón se aceleró y pudo sentir el calor subiéndole a las mejillas. Sabía que necesitaba ayuda para arreglar el cobertizo de almacenamiento en la granja de bayas que había pertenecido a su difunto abuelo, pero no esperaba que el bombero más disciplinado del pueblo se ofreciera como voluntario para el trabajo.

—Gracias por venir de nuevo, Will —dijo, apartando un mechón de su ondulado cabello castaño detrás de la oreja.

—Por supuesto —respondió él con voz grave, mientras sus profundos ojos marrones examinaban la desvencijada estructura—. No podemos permitir que este lugar represente un peligro de incendio.

—Tienes razón —convino Violeta, tratando de ignorar las mariposas que sentía en el estómago mientras se encontraban juntos bajo el sol de la tarde.

Pudo percibir que había más en este hombre de lo que había supuesto al principio. Detrás de sus atractivas facciones cinceladas y su aire de autoridad, había una vulnerabilidad que la hacía querer acercarse más a él.

—Pongámonos a trabajar, entonces —dijo Will, tomando un martillo de su caja de herramientas e indicándole que lo siguiera hacia el interior del cobertizo.

Mientras trabajaban uno al lado del otro, la química entre ellos era palpable. El brazo de Will rozaba el suyo cada vez que alcanzaban las herramientas, enviando escalofríos por su espalda. Sin embargo, a pesar de la tensión, Will se mantuvo enfocado y profesional, sin permitirse involucrarse plenamente con ella.

—Alcánzame esa llave, por favor —le indicó, con una voz serena y controlada.

—Claro —respondió Violeta, sintiendo un hormigueo cuando los dedos de él rozaron los suyos al tomar la herramienta que le entregaba.

Intentó capturar su mirada, pero él mantuvo los ojos fijos en la tarea que tenían entre manos, negándose a mirarla.

—¿Algo anda mal? —preguntó, incapaz de resistir el impulso de empujarlo un poco.

—No —gruñó él, ajustando un perno con precisión experta—. Es solo que... necesito concentrarme en mi trabajo.

—Está bien —murmuró Violeta con voz apagada, la decepción arrastrándose en su tono.

Sabía que él se estaba conteniendo, pero no lograba entender por qué.

El pasado trauma de Will pesaba sobre él mientras trabajaba junto a Violeta en el cobertizo pobremente iluminado. No podía evitar sentirse atraído por su calidez y espíritu, pero el recuerdo

de aquellos a los que no había logrado salvar en el pasado dificultaba que pudiera dejar que alguien se acercara demasiado.

—Violeta —dijo finalmente, haciendo una pausa en su trabajo y mirándola con sinceridad—. Yo... quiero que sepas que me preocupo por tu granja y tu seguridad. Pero no puedo... no puedo...

—¿No puedes qué? —preguntó ella con dulzura, sus ojos avellana escudriñando el rostro de él en busca de respuestas.

—Nada —dijo él, deteniéndose antes de empezar—. No importa. No es importante.

—Will —insistió Violeta, extendiendo la mano para tocar su brazo.

Él se estremeció antes de que siquiera lo tocara, sobresaltándola.

—Ya casi terminé aquí —dijo, exhalando con fuerza y alejándose—. No me falta mucho.

CAPÍTULO OCHO

—¿Alguna vez te conté sobre aquella vez en que William rescató a una camada entera de gatitos de un árbol? —preguntó Brenda mientras se sentaba a la mesa de la cocina de Violeta, sus ojos verdes brillando con travesura.

Will no había podido venir a ayudar a Violeta con el cobertizo de almacenamiento hoy. Había llegado temprano por la mañana para avisarle. Su vecina, Brenda, la había encontrado de pie en el porche de la casa de campo con aire abatido y se ofreció a hacerle compañía.

De alguna manera, la conversación había girado inmediatamente en torno a William Baxter, el bombero más gruñón de Love Springs.

Violeta no pudo evitar reírse. —No, no me lo has contado. Suena sacado de un libro infantil.

—Bueno, es verdad —insistió Brenda, inclinándose en tono conspirador—. Verás, hay un viejo roble cerca del pueblo, y un día, una mamá gata decidió que sería el lugar perfecto para tener a sus crías. Desafortunadamente, no pensó en lo difícil que sería para sus pequeños gatitos bajar del árbol.

—Ay, pobrecitos —arrulló Violeta, con el corazón ya derretido ante la imagen de indefensos gatitos atrapados en un árbol.

—William pasaba por allí cuando los vio —continuó Brenda—. Ni lo dudó: tomó una escalera de la parte trasera de su camioneta y trepó para rescatar a cada uno de ellos. Le llevó más de una hora, pero se aseguró de que todos estuvieran sanos y salvos.

—Vaya, qué tierno de su parte —dijo Violeta, conmovida por la historia.

Sabía que William tenía un exterior áspero y gruñón, pero le calentó el corazón escuchar sobre su bondad hacia los animales.

—Oh, eso es solo la punta del iceberg, querida —la aseguró Brenda, dando otro sorbo a su té —. William siempre ha estado muy dedicado a nuestro pequeño pueblo. Además de ser bombero, ayuda a organizar eventos comunitarios como el Festival de la Cosecha y la Iluminación del Árbol de Navidad.

—¿En serio? —preguntó Violeta, sorprendida—. No sabía que estuviera tan involucrado en la comunidad.

Aún no había visto ese lado de William, y la intrigaba más de lo que quería admitir.

—Mjm, es todo un pilar de la comunidad —dijo Brenda, asintiendo con orgullo—. Y siempre está ayudando a los residentes ancianos de por aquí también. La semana pasada, se tomó el día libre para arreglar el techo con goteras de la Señora Cooper.

—Vaya —dijo Violeta, tratando de no exagerar su reacción.

Se hacía cada vez más evidente para ella que, debajo de esa áspera capa exterior, había un hombre bondadoso y dedicado. Solo deseaba poder ver más a menudo ese lado de él.

—Escucha, querida —dijo Brenda con dulzura, poniendo una mano sobre el brazo de Violeta —. Sé que William a veces es difícil de leer, pero en el fondo es un buen hombre. Solo ha pasado por algunas etapas difíciles en la vida que le han impedido abrirse a los demás.

Violeta asintió, tomando las palabras de Brenda en serio. Comenzaba a ver que William no era solo un gruñón y un enigma cerrado, sino que había mucho más en él de lo que parecía a simple vista. Y ella quería descubrir cada una de sus capas, aun si eso requería tiempo y paciencia.

—Gracias de nuevo, Brenda —dijo con gratitud—. Realmente eres un tesoro.

—Cuando quieras, cariño —dijo Brenda con una cálida sonrisa antes de terminar su té y ponerse de pie—. Ahora, debo irme. Pero recuerda, si necesitas a alguien que te escuche o una amiga... o más historias sobre William, siempre estaré aquí para ti.

—Lo aprecio mucho —dijo Violeta, abrazando una vez más a Brenda.

CAPÍTULO NUEVE

El sol caía a plomo sobre el viejo cobertizo, proyectando sombras juguetones a través de su desgastado exterior de madera. Violeta se encontraba frente a él, con las manos en las caderas, ansiosa por emprender las reparaciones con la ayuda de Will. Le echó un vistazo mientras cargaba una caja de herramientas y una escalera, admirando cómo sus musculosos brazos se flexionaban con determinación.

—¿Listo para comenzar? —preguntó Will, dejando las herramientas.

—Por supuesto —respondió Violeta con una sonrisa, sus ojos brillando de emoción—. Muero por ver este lugar completamente renovado.

Mientras se ponían manos a la obra, Will demostró ser un excelente maestro, guiando a Violeta pacientemente a través de cada paso del proceso de reparación. Aunque su pasado aún pesaba sobre él, había algo en el entusiasmo optimista de Violeta que parecía aliviar su carga, aunque fuera sólo por un momento.

—Pásame ese martillo, por favor —pidió Will, extendiendo la mano.

—Aquí tienes —respondió Violeta.

Al entregarle la herramienta, sus dedos se rozaron, enviando una descarga eléctrica por su brazo. Sus miradas se encontraron y ella pudo ver un atisbo de vulnerabilidad en su profunda mirada castaña. Era evidente que luchaba una batalla interna, pero ella estaba decidida a ganarse su confianza.

—Gracias —gruñó él, volviendo rápidamente a la tarea que tenían entre manos.

Violeta admiraba la precisión de sus movimientos, la manera en que sus dedos maniobraban ágilmente los clavos en su lugar, hundiéndolos con practicada facilidad.

—Vaya, eres realmente bueno en esto —comentó, apreciando su artesanía.

—Años arreglando cosas en la estación de bomberos —respondió él, encogiéndose de hombros con una leve sonrisa en las comisuras de sus labios—. Pero tú también lo estás haciendo muy bien, Violeta. Eres una aprendiz rápida.

—Gracias —dijo ella, ruborizándose ante sus halagos, sintiendo un calor en su pecho que nada tenía que ver con el sol sobre sus cabezas—. Me alegro de tenerte para ayudarme.

A medida que continuaban trabajando, sus amistosas bromas se hicieron más frecuentes, cada comentario jocoso o risa compartida sellaba aún más el vínculo entre ellos. A pesar de la inicial reticencia de Will a ayudarla, era evidente que su mutuo respeto florecía en algo más profundo.

—Bien —dijo Will, dando un paso atrás para admirar su trabajo—. Sólo unos cuantos clavos más y habremos terminado por hoy.

—¿Ya? —preguntó Violeta, fingiendo decepción pero secretamente emocionada por su progreso—. Bueno, supongo que toda buena cosa debe llegar a su fin.

—¿Quién dice que esto es el final? —cuestionó Will con voz cálida y grave—. Queda mucho trabajo por hacer en el cobertizo antes de que cumpla con el código. Puedo quedarme una vez que terminemos y explicarte unas cuantas cosas más. ¿Quizás acompañados de una taza de café?

Violeta sintió que su corazón se aceleraba ante la insinuación, la esperanza y la anticipación bailando en su interior.

—Me encantaría —respondió, sus palabras suaves pero firmes.

—A mí también —admitió él, sus ojos encontrándose con los de ella con una intensidad que la hizo estremecerse.

Con las reparaciones del cobertizo terminadas por ese día, permanecieron uno al lado del otro, admirando su obra.

—Parece que formamos un gran equipo —comentó Violeta, incapaz de ocultar su sonrisa radiante.

—Así parece —convino Will, su voz teñida de genuino afecto.

Mientras se volvían el uno hacia el otro, con el sol ocultándose en el horizonte y bañando la granja con una cálida luz, era innegable la creciente chispa entre ellos.

CAPÍTULO DIEZ

Violeta se encontraba junto a Will, con los ojos muy abiertos y ansiosos mientras escuchaba cada una de sus palabras. El viejo cobertizo se alzaba ante ellos, sus envejecidas vigas de madera crujiendo bajo el peso de los años.

—Lo primero es lo primero —comenzó Will, su voz profunda resonando con autoridad—. Necesitamos reforzar estas vigas de apoyo. Han visto días mejores.

—De acuerdo —asintió Violeta, sujetando un martillo en la mano—. Solo dime qué hacer y lo haré.

Will no pudo evitar sonreír ante su entusiasmo. Al principio había sido reacio a involucrarse en este proyecto, pero la determinación de ella lo estaba afectando. —Muy bien, comenzaremos midiendo las vigas y cortando otras nuevas al tamaño adecuado.

Mientras medían, el enfoque disciplinado de Will en el trabajo se hizo evidente. Se movía con eficiencia, sus acciones precisas y calculadas. Cada medida que tomaba era exacta, frunciendo el ceño concentrado mientras revisaban dos veces su trabajo.

—Vaya, te lo estás tomando muy en serio —bromeó Violeta, tratando de ocultar su admiración.

—Por supuesto —dijo él, sus ojos tensos encontrándose con los de ella por un momento—. Cuando se trata de seguridad, no hay lugar para el error. Especialmente cuando involucra a alguien a quien me importa.

Su mirada se demoró en la de ella un segundo más de lo debido antes de apartar la vista. Carraspeó y volvió a concentrarse en la tarea que tenían entre manos.

—Me importa todo el que vive en Love Springs —añadió, aclarándose la garganta y volviendo a concentrarse en la tarea—. Muy bien, cortemos estas vigas. Asegúrate de seguir exactamente la línea que marqué.

Will le entregó a Violeta una pequeña sierra de mano, mostrándole cómo usarla de manera segura y adecuada.

Violeta sujetó la sierra con determinación, formándose pequeñas gotas de sudor en su frente mientras trabajaba. Su coleta se balanceaba de un lado a otro con cada movimiento, mechones rebeldes de cabello adheridos a sus sonrojadas mejillas. Will la observaba, impresionado por su ansia de aprender y su disposición a realizar el duro trabajo necesario para arreglar el cobertizo.

—Buen trabajo —la felicitó una vez que las vigas fueron cortadas—. Ahora necesitamos asegurarlas en su lugar.

—Estoy lista —dijo Violeta, sus ojos brillando de emoción.

—Déjame mostrarte cómo sujetar el martillo correctamente —indicó Will, acercándose más a ella.

El calor de su cuerpo lo envolvía mientras ajustaba el agarre de ella sobre el mango. La intensidad de su mirada hizo que su corazón se acelerara, pero se concentró en la tarea, decidida a demostrarle lo que valía.

Juntos, aseguraron las nuevas vigas de apoyo, sus manos rozándose ocasionalmente, enviando chispas de emoción al aire. Violeta sentía un cosquilleo con cada toque, y podía decir que Will también lo sentía por la forma en que su respiración se entrecortaba levemente.

—Vaya, realmente está tomando forma —dijo, mirando hacia arriba con orgullo el techo reforzado.

—Gracias a tu arduo trabajo —afirmó Will, dedicándole una sonrisa genuina que llegó a sus ojos.

CAPÍTULO ONCE

Violeta se secó el sudor de la frente mientras contemplaba el cobertizo casi terminado. El cálido sol proyectaba sombras en el suelo, y el aire estaba cargado con el aroma de bayas maduras listas para ser recogidas y madera recién cortada.

Echó un vistazo a Will, quien revisaba meticulosamente la última viga de apoyo en busca de cualquier imperfección. Sus anchos hombros se flexionaban sin esfuerzo bajo su ajustada camisa, y ella no pudo evitar admirar lo capaz que parecía.

—Parece que casi terminamos aquí —dijo, intentando un tono casual.

—Casi —convino Will—. Solo necesito asegurarme de que todo esté bien sujeto.

—Por supuesto —asintió Violeta, tratando de ignorar las mariposas en su estómago—. La seguridad es lo primero, ¿verdad?

Los ojos de Will destellaron con algo indescifrable antes de ocultarlo con un gesto afirmativo.

—Así es —respondió.

Mientras trabajaban juntos para completar las últimas tareas del día, se instaló entre ellos un cómodo silencio. Violeta se encontró mirando furtivamente a Will, preguntándose qué lo había hecho tan disciplinado y serio con su trabajo. Aunque percibía cierta reserva en él, no podía negar la chispa que se encendía entre ambos cada vez que sus manos se rozaban o sus miradas se cruzaban.

—Muy bien, el último clavo está en su sitio —anunció Violeta, retrocediendo para admirar su obra—. ¿Qué te parece?

—Buen trabajo —dijo Will con voz ronca, como si estuviera conteniendo algo. Vaciló, y luego agregó—: Has recorrido un largo camino desde que comencé a ayudarte aquí.

—Gracias —respondió Violeta, radiante, conmovida por su cumplido—. No lo habría logrado sin tu ayuda.

—Ha sido un placer —replicó Will, su mirada se demoró en el rostro de ella por un instante antes de apartar la vista.

Había un atisbo de tristeza en sus ojos que hizo que Violeta quisiera tenderle una mano y reconfortarlo. Pero sabía que era mejor no insistir; algunas heridas eran demasiado profundas.

—¡Manos a la obra! —exclamó, forzando un tono alegre mientras recogía sus herramientas —. Tengo bayas que recoger y mermelada que hacer si quiero que esta granja prospere.

—Claro —dijo Will, su voz se suavizó—. Sólo recuerda, si necesitas ayuda o consejos, no dudes en pedirlos.

—Gracias, realmente lo aprecio —respondió Violeta con una sonrisa, sintiendo una calidez que se extendía por su pecho ante su oferta—. Pero no te preocupes por mí. Estoy más decidida

que nunca a hacer de esta granja un éxito.

—Bien —dijo Will, encontrando su mirada una vez más—. Te lo mereces, Violeta.

Mientras caminaban juntos de regreso a la granja, la luz del sol proyectando largas sombras detrás de ellos, Violeta se volvió hacia él.

—¿Oye, Will? —lo llamó de repente, una sonrisa pícara extendiéndose por su rostro.

—¿Sí?

—¡Carrera hasta la casa!

Y con eso, Violeta echó a correr, riendo al escuchar el gruñido de sorpresa de Will antes de que él también se lanzara en su persecución.

—¡Tramposa! —gritó.

Su risa se mezcló con la de ella mientras corrían hacia la vieja granja, uno al lado del otro.

CAPÍTULO DOCE

Durante los siguientes días, Violeta y William trabajaron codo con codo, con las manos encallecidas por agarrar herramientas y retirar la vieja madera. El cobertizo se había transformado lentamente, y cada mejora los acercaba más a su objetivo.

—Bien, hemos reemplazado el viejo cableado con nuevos cables resistentes al fuego —dijo Violeta, tachando el punto de su lista mientras William apretaba el último tornillo—. Ahora debemos instalar la alarma de humo y sacar esas viejas latas de pintura.

—Suena como un plan —respondió William, flexionando los dedos antes de agarrar la alarma—. Me encargaré de esto. Tú comienza con las latas de pintura y ten cuidado, algunas podrían estar goteando.

—Claro, jefe —bromeó Violeta, sacándole la lengua en un gesto juguetón. Pudo sentir la calidez de su risa mientras se arremangaba y se ponía a trabajar.

Con cada mejora que habían realizado, Violeta no podía evitar sentir una sensación de satisfacción creciendo en su pecho. También era evidente en los ojos de William: el orgullo que venía del trabajo duro y la perseverancia. Ya no eran solo dos personas trabajando juntas a regañadientes; se habían convertido en algo más, aunque aún no estaba segura de qué significaba eso.

—¡Listo, la última lata de pintura! —anunció Violeta triunfante, llevándola afuera para reunirla con las demás.

Cuando volvió al cobertizo, vio a William parado en la entrada, con los brazos cruzados sobre su ancho pecho mientras contemplaba su obra.

—Parece que lo logramos —dijo, con un dejo de incredulidad en su voz.

—Lo hicimos —concordó Violeta, acercándose para pararse a su lado—. Y no habría podido hacerlo sin tu ayuda, Will. Gracias.

—Violeta, no hay necesidad de agradecerme —respondió William, con las mejillas sonrojadas debajo de la tierra y el sudor—. Fue un placer ayudarte.

—Aun así —insistió Violeta, poniendo una mano suave en su brazo—, no habría sabido por dónde empezar si no fuera por tu ayuda.

—Está bien, está bien —cedió William con una suave risa—. De nada. Ahora, ¿terminamos con esta inspección, sí?

Mientras caminaban por el cobertizo una última vez, Violeta no podía evitar contener la respiración con anticipación. Sabía que habían hecho todo lo posible para que el cobertizo cumpliera con el código, pero el temor al fracaso seguía acosándola.

—Bien, creo que estamos listos —dijo finalmente William, con voz firme y autoritaria mientras guardaba su portapapeles oficial—. Felicidades, Violeta. El cobertizo aprueba la

inspección.

—¿En serio? —exclamó Violeta, con los ojos llenos de lágrimas de alivio—. ¡Oh, gracias, Will! No puedo decirte lo mucho que esto significa para mí.

—Vamos, fue un esfuerzo de equipo —le recordó, envolviéndola con un brazo sobre sus hombros en un abrazo reconfortante—. Me alegro de haber podido estar aquí para ayudar.

—Yo también —susurró Violeta, apoyando su cabeza contra su musculoso pecho mientras saboreaba el momento.

Esta vez, él no se tensó. No se apartó. Se quedaron así unos segundos más antes de separarse, sin saber muy bien qué hacer con los sentimientos que revoloteaban en sus corazones.

CAPÍTULO TRECE

Violeta observó el pequeño montón de panqueques de arándanos en su plato, mientras la miel se acumulaba alrededor de los bordes y formaba diminutos ríos que se desbordaban por los costados. Estaba sumida en sus pensamientos, reflexionando sobre las nuevas historias que Brenda le había compartido sobre William. Sentada frente a ella en la mesa de la cocina se encontraba Brenda, bebiendo su café y mirando a Violeta con una sonrisa cómplice.

—¡Tierra llamando a Violeta! —dijo Brenda, agitando juguetonamente una mano frente a su rostro—. Has estado en las nubes desde que te conté esas historias sobre William.

—Lo siento —respondió Violeta, sacudiendo la cabeza y regresando a la realidad—. Estoy tratando de asimilar este nuevo lado de él. A veces es como si fueran dos personas distintas: el hombre malhumorado y reservado con el que he estado conviviendo casi a diario durante las últimas dos semanas, y el hombre atento y amable que vislumbro de vez en cuando.

—Cariño, todos tenemos nuestras capas —dijo Brenda, inclinándose hacia adelante con un brillo en sus ojos verdes—. Es como una cebolla: a veces hay que ir quitando una capa tras otra para llegar al corazón.

—O un postre helado con galletas —dijo Violeta, riendo—. A todo el mundo le encantan los postres helados.

—¡Exacto! —concordó Brenda, riendo también—. Ahora, si realmente deseas algo, no olvides comunicar tus necesidades, ¿de acuerdo? No siempre se trata de saber lo que quiere la otra persona, sino de decirle lo que tú quieres también. Especialmente cuando se trata de un bombero particularmente terco que no se caracteriza por abrirse fácilmente con los demás.

—Gracias, Brenda —dijo Violeta, con gratitud brillando en sus ojos—. Tu amistad lo significa todo para mí, y te prometo que hablaré con él sobre cómo me siento. Pronto.

—Bien —asintió Brenda, aprobando—. Y recuerda, ten paciencia con él. Todos tenemos nuestros demonios, y a veces se necesita tiempo para superarlos y dejar entrar a alguien más.

Violeta tomó una profunda respiración, permitiendo que la cálida sabiduría de las palabras de Brenda la envolviera como una manta acogedora. Sabía que entender a William no sería fácil, pero estaba decidida a intentarlo. Con el consejo de Brenda en mente, se sentía lista para enfrentar cualquier desafío que se presentara en su relación con el malhumorado bombero.

—Muy bien —dijo, con determinación reflejada en sus ojos—. Reto aceptado. Voy a ir quitando esas capas y llegar al corazón de mi propio postre helado con galletas romántico.

—O cebolla —bromeó Brenda, guiñándole un ojo.

—O cebolla —convino Violeta, riendo.

Mientras disfrutaba de sus panqueques, no pudo evitar preguntarse sobre todo lo que había aprendido recientemente sobre William. Y por más desalentador que fuera el desafío, nunca

había estado más ansiosa por descifrar el misterio que era William Baxter.

CAPÍTULO CATORCE

El sol arrojaba un resplandor dorado sobre las hileras de arbustos de bayas mientras William caminaba junto a Violeta, sus musculosos brazos cargaban una pesada cesta llena de fruta madura. El aroma de la tierra y la fruta colgaba en el aire, haciéndole difícil enfocarse en algo más que el calor y la suavidad de su presencia. Intentaba mantener la guardia en alto, pero cada vez que ella reía o le dedicaba esa brillante sonrisa, su determinación se desmoronaba un poco más.

Ni siquiera había tenido la intención de venir hoy. Con el cobertizo de almacenamiento terminado y aprobado por la inspección, ya no había razón para que él estuviera aquí.

Pero cuanto más lo pensaba, más se daba cuenta de que Violeta necesitaría ayuda para ponerse al día con dos semanas de trabajo perdido. ¿Quién mejor para ayudarla que el hombre que había trabajado codo a codo con su abuelo tantos años atrás?

Esa, y solo esa, era la razón por la que William se había presentado temprano esta mañana y había ofrecido su ayuda a Violeta.

—Está bien, Will, creo que deberíamos empezar por podar estos arbustos —dijo Violeta, su coleta rebotando mientras señalaba las plantas descuidadas—. Luego, podemos arreglar la cerca alrededor de la granja.

—Suena como un plan —respondió, intentando mantener un nivel de distanciamiento profesional. No podía darse el lujo de permitir que su trágico pasado afectara su juicio y arriesgarse a otra pérdida—. Tomaré las herramientas.

Mientras trabajaban una vez más codo a codo, William no pudo evitar admirar la forma en que Violeta se entregaba a su trabajo. Era apasionada y decidida, sus ojos se iluminaban cada vez que hablaba de sus planes para la granja. Su risa se sentía como un rayo de sol atravesando las sombras que lo acosaban.

—Hey, Will —lo llamó Violeta, sacándolo de su ensueño—. ¿Podrías echarme una mano con esta rama? Está un poco alta para que yo la alcance.

—Por supuesto —dijo, acercándose a ella.

Mientras se estiraba para cortar la rama obstinada, sus pechos rozaron contra su musculoso pecho, enviando un escalofrío por su columna vertebral. Podía sentir el calor que irradiaba su toque, y el dulce aroma de su champú inundaba sus sentidos.

—Gracias —dijo sin aliento, sus mejillas sonrojándose mientras lo miraba—. Eres realmente bueno en esto de la granja, ¿sabes?

—Años de práctica —respondió, tratando de ignorar la repentina opresión en su pecho.

No quería reconocer la creciente atracción que sentía por Violeta, pero se estaba volviendo cada vez más difícil de negar.

—¡Tus experiencias pasadas son definitivamente una ventaja! —dijo con una sonrisa pícara —. Agradezco más tu ayuda de lo que crees. Gracias por venir nuevamente hoy.

La forma en que sus ojos brillaban cuando lo miraba hacía que su corazón se acelerara, y William sabía que a pesar de sus temores, había algo diferente en esta mujer. Algo que lo hacía querer arriesgarse, incluso cuando cada instinto le gritaba que mantuviera la distancia.

CAPÍTULO QUINCE

El sol se hundía en el horizonte, su cálida luz coloreando el rostro de Violeta, resaltando las pequeñas pecas que salpicaban sus mejillas y nariz. William se encontró cautivado por la visión.

Habían pasado todo el día juntos, pero casi era hora de separarse una vez más.

—Will —dijo Violeta de repente, haciéndolo dar un respingo—. Has estado bastante callado hoy. ¿Está todo bien?

—Ah, sí —respondió él, con voz tensa—. Solo... perdido en mis pensamientos.

—¿En qué pensabas? —preguntó ella, ladeando la cabeza con genuina preocupación—. Si es algo de lo que te gustaría hablar, estoy aquí para escucharte.

William dudó, su corazón martilleando contra su pecho. Nunca había compartido el oscuro secreto que pesaba sobre su alma con nadie fuera del cuerpo de bomberos, pero había algo en Violeta que le hacía sentir que podía confiar en ella.

—Violeta —dijo, tragando saliva con dificultad—. Hay algo que necesito contarte. Es sobre por qué soy tan reservado con la gente.

—Está bien —respondió ella suavemente, asintiendo para animarlo—. Te escucho.

Tomando una profunda respiración, relató el trágico evento que atormentaba su pasado. —Hace años, hubo un incendio en una casa familiar de la ciudad. Hicimos todo lo posible, todo el equipo lo hizo, pero... no pudimos salvar al menor de los niños. Y yo... me culpo a mí mismo.

—Will —susurró Violeta, sus ojos llenos de compasión—. Debe haber sido tan difícil para ti.

Él asintió, lágrimas asomándose en las comisuras de sus ojos. —Me cambió, Violeta. Me hizo temer acercarme a cualquiera, por si de alguna manera también fallaba con ellos.

Ella extendió la mano, colocándola reconfortantemente sobre su brazo. —No puedes cargar con esa culpa para siempre, Will. Has hecho tanto bien en tu vida, como ahora mismo, ayudándome con la granja.

—Gracias, Violeta —susurró él, con voz cargada de emoción—. No sé qué es lo que hay en ti, pero siento que... quizás pueda finalmente dejar ir parte de ese dolor.

Continuaron trabajando codo con codo después de eso, terminando el resto del trabajo del día. Por más que lo intentara, William no podía sacudir el temor que aún se aferraba a su corazón, e intentó suprimir los sentimientos que rápidamente crecían por Violeta.

—Míranonos —bromeó Violeta, intentando aligerar el ambiente después de unos minutos de silencio—. Un par de peones de granja, cubiertos de tierra y sudor. ¿Quién lo hubiera pensado?

—Definitivamente no yo —dijo William, riendo suavemente—. Pero no cambiaría esta experiencia por nada.

—Ni yo —respondió ella, sonriéndole.

Sus miradas se cruzaron y, en ese momento, el tiempo pareció detenerse.

—Will —susurró ella, su cálido aliento acariciando el rostro de él mientras se encontraban a meros centímetros de distancia.

—Violeta —susurró él de vuelta, el impulso de acortar la distancia entre ellos casi abrumador.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo ella, su voz apenas audible.

—Lo que sea.

—¿Realmente vas a seguir luchando contra tus sentimientos por mí? Porque ya no estoy segura de poder luchar contra los míos.

El corazón de William se saltó un latido, sus muros amenazando con derrumbarse en un instante. Pero el miedo aún mantenía su agarre sobre él, y supo que no podía dejarlo ir todavía.

—Violeta —dijo, dando un paso atrás y apartando su mirada de la de ella—. Te aprecio más de lo que puedo decir. Pero necesito tiempo. Tiempo para trabajar en esto y darle sentido a estos sentimientos. No... no puedo darte todo lo que mereces en este momento. Lo siento.

—Tómate todo el tiempo que necesites, Will —respondió ella suavemente—. Estaré aquí cuando estés listo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Los cálidos rayos de ámbar del sol matutino bañaban los campos cubiertos de rocío de la granja de bayas mientras William, con el martillo en la mano, intentaba concentrarse en la tarea que tenía por delante. La vieja cerca de madera había visto tiempos mejores y era hora de que le prestaran un poco de atención.

Sabía que no debía ilusionar a Violeta viniendo una y otra vez, pero una parte de él le resultaba imposible mantenerse alejado de ella también. Siempre había más por hacer y siempre encontraba otra excusa para volver a verla.

—Pásame esa caja de clavos, ¿quieres? —le pidió Will a Violeta, quien estaba sentada precariamente en una desvencijada escalera.

—Claro —respondió ella, pasándole la caja con una mano mientras se aferraba a la escalera con la otra.

Sus ojos color avellana brillaban bajo la luz del sol matutino, y él no pudo evitar notar la forma en que su cabello se rizaba suavemente alrededor de su delicado rostro. Sacudió la cabeza, alejando los pensamientos distractores y volviendo a concentrarse en la cerca.

—Bien, ahora necesitamos medir esta tabla y cortarla para que encaje —dijo, intentando mantener un tono estrictamente profesional.

No era fácil cuando lo único en lo que podía pensar eran las palabras que ella había dicho el día anterior, su confesión de que no podía luchar más contra sus sentimientos por él. Y al parecer él tampoco, sin importar cuánto lo intentara o lo que le dijera.

—¿Will? —preguntó Violeta, su voz interrumpiendo su ensueño—. ¿Estás bien? Pareces... distraído.

—Lo siento, estoy bien. Solo pensaba en la mejor manera de abordar esta reparación —mintió, esperando que ella creyera su excusa.

A juzgar por el escepticismo en sus ojos, no estaba del todo convencida.

—Bien, pues pongámonos a trabajar entonces. Tengo una granja que administrar, después de todo —dijo con una sonrisa burlona, claramente intentando aligerar el ambiente.

—Cierto —aceptó él, forzando una sonrisa en su rostro y concentrándose en la tarea que tenían entre manos.

Mientras trabajaban codo con codo, midiendo, cortando y martillando, William hizo todo lo posible por mantener una sensación de normalidad entre ellos. Llenó el aire con historias de sus heroicas hazañas como bombero y escuchó atentamente mientras ella compartía sus sueños para el futuro de la granja. Pero cada vez que sus manos se rozaban o sus miradas se cruzaban, parecía pasar una chispa de electricidad entre ellos, recordándole la creciente intensidad de sus sentimientos por ella.

—¡Ay! —gritó Violeta de repente, agarrándose el pulgar después de fallar el clavo y golpearse la mano con el martillo.

—¿Estás bien? —preguntó William, la preocupación grabada en su rostro mientras se acercaba a ella, instintivamente tomando su mano.

—Sí, solo un poco torpe, supongo —dijo ella con una sonrisa tímida, permitiéndole examinar su lesión.

—Parece que vivirás —bromeó, sus profundos ojos marrones brillando—. Pero tal vez dejes el martillado para mí por ahora.

—Trato hecho —dijo ella, sonriéndole mientras permanecían cerca, sus rostros a pulgadas de distancia. Por un momento, William se perdió en su mirada, la atracción entre ellos siempre innegable.

—Will, yo... —comenzó a decir, pero él rápidamente la interrumpió, el pánico apoderándose de él ante la idea de bajar la guardia una vez más.

—Concentrémonos en el cobertizo, ¿de acuerdo? —dijo apresuradamente, retrocediendo y poniendo algo de distancia muy necesaria entre ellos.

—Cierto, el cobertizo —asintió lentamente mientras volvía su atención a la tarea que tenían entre manos.

Mientras continuaban trabajando, William no pudo evitar sentir el peso de sus emociones abrumándolo. Sabía que le debía tanto a sí mismo como a Violeta enfrentar los demonios de su pasado, pero el miedo a perder a alguien más a quien apreciaba era una duda constante y persistente en el fondo de su mente.

—Will, ¿puedo decirte algo? —preguntó Violeta suavemente, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos.

—Por supuesto —respondió él, preparándose para lo que ella tuviera que decir.

—Sé que estás luchando con algo en este momento, aunque no quieras hablar de ello todavía. Quiero que sepas que estoy aquí para ti cuando estés listo. Y creo en nosotros —dijo, su voz llena de calidez y sinceridad.

—Gracias, Violeta —susurró, su corazón hinchándose con más sentimientos por la increíble mujer que tenía ante él de los que había pensado posibles solo unas semanas atrás.

CAPÍTULO DIECISIETE

El sol se hundía en el horizonte, proyectando un resplandor amarillo sobre la pequeña granja, mientras William y Violeta se encontraban a ambos lados de una cerca de madera. El aroma del césped recién cortado flotaba denso en el aire, dibujando una rara sonrisa en William mientras luchaba por mantener su mente enfocada en la tarea que tenía entre manos.

—Muy bien —dijo, tomando una profunda bocanada de aire y enderezando sus hombros—. Déjame mostrarte cómo ajustar correctamente estos postes de la cerca.

—Por supuesto, jefe —bromeó Violeta, sus ojos centellantes de picardía mientras se inclinaba para observarlo trabajar.

Un calor se extendió por las mejillas de William, y trató de ignorar la forma en que la cercanía de ella enviaba escalofríos por su espina dorsal.

—Muy graciosa —refunfuñó, apretando el perno entre sus dedos con facilidad practicada—. ¿Podrías prestar atención, por favor?

—No soñaría con hacer otra cosa cuando estás cerca —replicó ella, su risa resonando como campanillas de viento en sus oídos.

Mientras trabajaban juntos, las bromas continuaron fluyendo entre ellos, cada comentario ingenioso y broma juguetona se clavaban en su corazón cauteloso. Por mucho que William quisiera mantener su nueva amistad, no podía deshacerse de la persistente sensación de que ya no era suficiente, que algo *más* entre ellos podría ser mucho mejor.

—Bien, creo que hemos terminado aquí —dijo, dando un paso atrás para admirar su trabajo.

La cerca ahora permanecía erguida y resistente.

—¡Buen trabajo, equipo! —vitoreó Violeta, levantando la mano para chocar los cinco.

Él dudó, su corazón latiendo con fuerza en su pecho mientras miraba su palma extendida. El deseo de acercarla era casi abrumador.

—Violeta, hay algo que necesito decirte —soltó, sus palabras atropellándose en su prisa por exteriorizarlas.

Ella bajó la mano, su expresión suavizándose con preocupación.

—¿Todo está bien, Will? —preguntó, frunciendo el ceño con inquietud.

Tomó una profunda respiración, reuniendo el valor que necesitaba para confesar sus sentimientos—. Me importas, Violeta. Más de lo que jamás pensé posible. Y sé que he estado conteniéndome por mi pasado, pero... no puedo seguir negando lo que hay entre nosotros.

—William —susurró ella, sus ojos brillantes con lágrimas no derramadas—. Tú también me importas, muchísimo. Pero ¿estás seguro de que estás listo para esto?

Vaciló, sopesando el riesgo del dolor contra el indiscutible tirón de su conexión. Finalmente, con un decidido asentimiento, dijo—: Quiero intentarlo. Si estás dispuesta a ir despacio, si estás

dispuesta a dar ese salto conmigo. No quiero hacer promesas que no pueda cumplir, y no sé si puedo ser el tipo de hombre que necesitas, pero simplemente no puedo dejar de pensar en ti, y...

La voz de William se quebró mientras intentaba expresarlo todo sin dudar.

—Por supuesto que sí —dijo ella, llenando el silencio, su voz apenas audible mientras tomaba su mano.

Sus dedos se entrelazaron, y William sintió una repentina sensación de paz apoderarse de él, una que había estado dolorosamente ausente en su vida por demasiado tiempo.

—Entonces inténtémoslo —susurró, sus labios curvándose en una genuina sonrisa por primera vez en lo que parecía una eternidad.

CAPÍTULO DIECIOCHO

La primera luz del amanecer brillaba entre los árboles mientras William y Violeta trabajaban hombro con hombro en los campos de bayas de nuevo, sus risas mezclándose con el canto de las aves. El sol besaba sus pieles, proyectando un cálido resplandor en sus rostros mientras recogían bayas maduras.

—Ten cuidado ahora, vas a aplastar esa —bromeó William cuando Violeta lo empujó juguetonamente con el hombro.

—Disculpe, Señor Experto Recolector de Bayas —replicó ella, con un brillo travieso en los ojos—. Creo que lo estoy haciendo bastante bien.

Sostuvo una baya perfecta y jugosa como evidencia, metiéndosela en la boca con una sonrisa. Una gota de jugo escapó, deslizándose por su mentón, y sin pensarlo, William extendió el pulgar para limpiarla, con un toque gentil y tierno, casi amoroso.

La risa de Violeta se desvaneció, conteniendo el aliento ante la inesperada intimidad del gesto. Sus miradas se cruzaron y, por un momento, el tiempo pareció detenerse. Como si fueran atraídos por una fuerza invisible, sus rostros se acercaron, sus labios rozándose suavemente antes de separarse, ambos ruborizados y sin aliento.

William se aclaró la garganta, tratando de recobrar la compostura. —Deberíamos, eh, volver al trabajo.

—Claro —murmuró Violeta, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

Más tarde, esa noche, después de un largo día de trabajar en la granja de bayas, se sentaron uno al lado del otro en los escalones del porche, disfrutando de la suave luz del sol poniente. Esta era la cita más cercana que había logrado convencerlo hasta ahora. Parecía más fácil hablar con él cuando tenían un trabajo compartido que hacer juntos, y definitivamente necesitaba su ayuda en estos momentos.

Violeta se recostó contra William, apoyando su cabeza en el hombro de él, mientras él, distraídamente, dibujaba círculos en el dorso de su mano con el pulgar, dándole un atisbo de la intimidad que tanto anhelaba de él.

—Cuéntame algo que nunca le hayas contado a nadie —susurró, su voz apenas audible por encima del susurro de las hojas.

William vaciló, sintiendo el peso de su incipiente relación presionándolo. Era una sensación aterradora y emocionante a la vez. Tomando una profunda respiración, se abrió y le contó un recuerdo de la infancia que lo había perseguido durante años, con la voz quebrada por la emoción.

—Mi padre también era bombero —le dijo—. Cada vez que tenía que ir a combatir un incendio, mi madre se sentaba frente a la chimenea. Se quedaba mirando las llamas como si

pudiera ver algo en ellas. Eso me asustaba más que cualquier otra cosa. Nunca lo decía, pero yo sabía que se estaba imaginando cómo sería perder a mi papá en un incendio.

Mientras hablaba, los dedos de Violeta buscaron los suyos, ofreciéndole un apoyo silencioso. Cuando terminó, ella lo miró a los ojos, los suyos humedeciéndose con lágrimas.

—Gracias por confiarme ese recuerdo —dijo suavemente, con la voz cargada de empatía.

En ese momento, William supo, sin lugar a dudas, que su corazón le pertenecía. Aún no podía decirlo, no sabía si algún día podría hacerlo, pero ella había cambiado algo en él para siempre.

—Violeta —dijo, sin apartar la mirada de la de ella—. Gracias por mostrarme que está bien dejar entrar a alguien.

Ella le sonrió a través de sus lágrimas, inclinándose para depositar un suave beso en sus labios. Esta vez, él no se estremeció y lo aceptó.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El sol había comenzado a ponerse, proyectando largas sombras a través de la acogedora cocina de Brenda. Violeta echó un vistazo al reloj de la pared y se dio cuenta de que era hora de irse a casa. Se estaba haciendo tarde y todavía le quedaban algunas tareas finales por hacer en la granja de bayas.

William no había podido venir hoy. Su trabajo en la estación de bomberos local lo había mantenido alejado. No podía evitar recordar la historia sobre su madre, imaginándose a sí misma en esa misma situación. ¿Podría manejarlo, sabiendo que él estaba poniendo su vida en riesgo para salvar a otros?

—Gracias por escucharme, Brenda —dijo Violeta, dejando su taza de café sobre la mesa—. Me has dado mucho en qué pensar.

—Cuando quieras, querida —dijo Brenda con una cálida sonrisa—. Y recuerda, sé paciente con William, pero como siempre digo, no olvides tus propias necesidades tampoco.

Violeta asintió, plenamente consciente de que encontrar un equilibrio entre comprender a William y afirmar sus límites sería crucial para que su relación creciera. Las cosas iban lentas, pero ella podía manejar la lentitud. A veces, las mejores bayas tardaban un poco más en crecer. Mientras se levantaba y tomaba su abrigo, sintió que una sensación de determinación crecía dentro de ella.

—Muy bien —dijo Violeta, abotonándose el abrigo—. Le daré tiempo y espacio, pero estaré ahí para él si me necesita también.

—Bien —dijo Brenda, acompañando a Violeta hasta la puerta—. Solo recuerda que el amor no siempre es fácil, pero vale la pena luchar por él si crees en él.

Violeta sonrió, conmovida por las palabras de Brenda. —Siempre lo recordaré.

Mientras salían al fresco aire nocturno, Brenda atrajo a Violeta hacia un fuerte abrazo.

—Cuídate, ¿de acuerdo? —dijo Brenda—. Y mantenme al tanto de cómo van las cosas con William.

—Por supuesto —prometió Violeta, devolviendo el abrazo—. Gracias por estar ahí para mí, Brenda.

—Siempre —susurró Brenda, separándose y dando una palmadita de ánimo en el hombro de Violeta.

Violeta se volvió y comenzó a recorrer el camino de grava de Brenda, el sonido de sus pasos crujiendo debajo de ella. Se sentía más ligera de lo que había estado en días, alentada por la esperanza de que podría ayudar a William a superar sus emociones reservadas y encontrar el amor en el proceso.

Mientras caminaba, Violeta dejó vagar su mente hacia las posibilidades de cómo podría ser

su futuro con William. Se imaginó acogedoras noches acurrucados juntos junto al fuego, días llenos de risas trabajando codo a codo en la granja de bayas y, algún día, un amor lo suficientemente fuerte como para resistir cualquier tormenta que la vida les arrojara.

—William Baxter —murmuró para sí misma, con una sonrisa esperanzada extendiéndose por su rostro—. Estoy lista para este viaje, a donde nos lleve.

CAPÍTULO VEINTE

Violeta Clarke paseaba por su ahora próspera granja de bayas, con el sol brillando sobre su larga y ondulada cabellera castaña. No pudo evitar sonreír al admirar la última cosecha de jugosas frambuesas y arándanos. Lo que ella no sabía era que, justo al otro lado del pueblo, alguien había estado observando cada uno de sus movimientos con mucha atención.

Ava Rodríguez se encontraba en el porche de su majestuosa casa de granja, con los ojos castaños entrecerrados con determinación. La granja de bayas de su rival había sido una espina clavada desde que Violeta la había heredado de su difunto abuelo, quien decidió no vender la propiedad en sus últimos días. La propia granja de Ava, otrora la joya de la corona de Love Springs, había conocido días mejores. Con un suspiro, se recogió el lustroso cabello negro en un moño y comenzó a tramar.

—¿Acaso Violeta cree que puede simplemente llegar aquí y tomar el control del negocio de las bayas? —murmuró Ava entre dientes mientras caminaba de un lado a otro en su sala de estar —. He trabajado demasiado duro como para permitir que la nieta inexperta de un granjero me robe mi gloria.

Los celos de Ava crecían con cada día que pasaba mientras observaba cómo la granja de Violeta florecía. La comunidad también se había dado cuenta; los susurros de elogio por las frescas y jugosas bayas de Violeta llenaban el mercado local. Era suficiente para conducir a Ava al borde de la desesperación.

—Algo debe hacerse —decidió Ava, mientras su mente maquinaba con tácticas astutas. Tomó su teléfono y marcó un número, con una sonrisa maliciosa extendiéndose por su rostro—. Hola, Lacey, soy Ava. ¿Estás libre para almorzar? Tengo una propuesta para ti...

Mientras tanto, Violeta estaba plácidamente ajena a la tormenta que se estaba gestando fuera de su vista. Mientras se afanaba empacando su última tanda de bayas, tarareaba una alegre melodía, con los ojos brillando de entusiasmo.

—A William le van a encantar estas —pensó, sonriendo al recordar la expresión de su adorablemente gruñón novio cuando probó su tarta de bayas casera—. No puede resistirse a mis pasteles, por mucho que se empeñe.

—¡Hey, Violeta! —la llamó una voz familiar mientras su vecina Brenda se acercaba—. ¡Acabo de escuchar a la gente hablar de tus bayas en el mercado! ¡Dicen que son las mejores del pueblo!

—¿En serio? —las mejillas de Violeta se ruborizaron de orgullo, y no pudo evitar sonreír—. ¡Eso es increíble! He estado trabajando muy duro para hacer de esta granja un éxito. Se siente genial escuchar que la gente está disfrutando de lo que estoy cultivando.

—¡Por supuesto que sí! —respondió Brenda, radiante—. Deberías sentirte orgullosa de ti

misma. Solo no dejes que se te suba a la cabeza, o terminarás como Ava Rodríguez.

Violeta no pudo evitar estremecerse ante la mención de esa mujer. Había escuchado historias de las tácticas despiadadas y los tratos deshonestos de Ava de su Abuelo Tom, pero se negaba a dejarse intimidar.

—No te preocupes —le dijo a Brenda—, no voy a dejar que me afecte. Me voy a enfocar en hacer de esta granja lo mejor que pueda ser, sin importar lo que ella intente ponerme en el camino.

—Así se habla —la animó Brenda, dándole a Violeta una palmada alentadora en la espalda —. Ahora, vamos a empacar estas bayas y prepararlas para venderlas. Tengo algo de tiempo libre si no te importa la ayuda de una anciana.

Mientras Violeta y Brenda trabajaban juntas, con risas llenando el cálido aire del verano, Ava las observaba a lo lejos, con sus celos festering. Su determinación por sabotear el éxito de Violeta solo se hizo más fuerte, alimentada por el resentimiento que sentía hacia la alegre joven que repentinamente había capturado los corazones de todos en Love Springs.

—Disfruta tu momento bajo el sol, Violeta Clarke —murmuró, con los ojos entornados con determinación—. No durará mucho si yo tengo algo que decir al respecto.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El aire estaba cargado con el aroma terroso del verano mientras Violeta y William trabajaban juntos en los campos de bayas, sus manos recogiendo ágilmente la fruta madura de las ramas cargadas. El sol les daba de lleno, pero a ninguno le importaba; estaban demasiado absortos en su tarea y en la compañía del otro.

—¿Alguna vez te he contado cuánto me encantan las frambuesas? —preguntó Violeta, con los ojos brillantes a la luz del sol mientras arrojaba un puñado de las jugosas bayas rojas en su canasta.

—Unas cien veces —respondió William con una sonrisa burlona, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. Pero nunca se vuelve viejo.

—Bien, porque no planeo dejar de decirlo pronto —se rio ella, empujando juguetonamente su hombro contra el de él. Ambos compartieron una sonrisa antes de volver a su trabajo, el ritmo de sus movimientos sincronizado como una danza bien coreografiada.

A medida que avanzaba el día, Violeta no pudo evitar notar cómo William parecía haberse desprendido de parte de su exterior hosco. Seguía siendo todo un bombero fuerte y disciplinado como cuando lo conoció, pero había algo diferente en él ahora. Su risa era más fácil, sus sonrisas duraban más y el calor en sus ojos castaños profundos brillaba más que nunca.

No fue hasta que hicieron un descanso bajo la sombra de un viejo roble que Violeta se dio cuenta de cuánto la afectaba este lado más suave de William. Lo observó mientras se estiraba sobre la hierba, cerrando los ojos y suspirando con satisfacción. En ese momento, se veía tan en paz, tan completamente liberado del peso de su pasado.

—William —comenzó con vacilación, con voz apenas por encima de un susurro—. He querido preguntar... ¿Por qué terminaste ayudándome con la granja?

Él abrió un ojo, mirándola con curiosidad. —Bueno, sabía que necesitabas ayuda, y no estaba haciendo mucho con mis días libres. Además, hay algo en este lugar... Me recuerda a mi infancia.

—¿De verdad? —preguntó Violeta—. Sé que dijiste que ayudabas a mi Abuelo Tom, pero...

El súbito recuerdo, sabiendo que nunca más vería a su abuelo, la desgarró, y su voz se quebró y se desvaneció

—Sí —respondió William, con un dejo de tristeza y nostalgia en su voz—. Venía aquí todos los días después de la escuela. Mi padre trabajaba y si iba a casa mi madre me haría sentarme a hacer las tareas toda la tarde. Me gustaba ayudar a tu abuelo con lo que necesitara, pero mi cosa favorita siempre era cuando quería ayuda para recoger frambuesas.

—Quizás por eso nos llevamos tan bien —dijo Violeta, con el corazón hinchado de afecto por el hombre a su lado—. En el fondo, somos dos amantes de las frambuesas.

—Tal vez —convino William, su mirada se demoró en el rostro de ella antes de volver a cerrar los ojos—. O tal vez sea simplemente el destino.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

A medida que el sol se hundía más bajo en el cielo, Violeta y William se tomaron un descanso de su trabajo para sentarse en el porche de la vieja granja. El sudor brillaba en sus frentes, mostrando el duro trabajo que habían realizado ese día. Ambos sostenían vasos de limonada de arándanos, bebiéndola lentamente mientras disfrutaban de la brisa fresca.

—Cuéntame algo sobre ti, Will —dijo de repente Violeta, con los ojos centelleando de curiosidad—. Quiero decir, hemos estado juntos durante semanas y todavía apenas sé nada sobre ti aparte de tu carrera como bombero.

William se reclinó en su silla, sus ojos castaños pensativos mientras consideraba su pregunta.

—Bueno —comenzó, frotándose la barba incipiente en su fuerte mandíbula—, crecí no muy lejos de aquí, en realidad. Siempre quise ser bombero, igual que mi padre.

—¿En serio? —preguntó Violeta, intrigada—. Sé que mencionaste un poco sobre él antes, pero ¿cómo fue crecer con un bombero como padre?

—Emocionante, la mayor parte del tiempo —dijo, con una sonrisa asomando en las comisuras de sus labios—. Pero también preocupante. Cada vez que salía para atender una emergencia, me inquietaba si regresaría sano y salvo, igual que a mi madre. Pero verlo ayudar a las personas, salvar vidas... Me hizo querer hacer lo mismo.

El corazón de Violeta se hinchó de emoción, su mirada se demoró en las fuertes líneas de su rostro. —Eso es increíblemente valiente de tu parte, Will.

Él se encogió de hombros con modestia, claramente incómodo con el elogio. —Es solo lo que siempre quise hacer. —Dio otro sorbo a su limonada antes de preguntar—: ¿Y qué hay de ti, Violeta? ¿Qué soñabas con hacer cuando eras más joven?

—¿Además de administrar esta granja? —preguntó, riendo suavemente—. Bueno, siempre pensé que escribiría libros infantiles. Ya sabes, esos donde los niños van a aventuras mágicas y conocen criaturas fantásticas.

—¿En serio? —William levantó una ceja, sorprendido—. Nunca lo habría adivinado.

—Tal vez aún lo haga algún día —dijo Violeta, con un brillo travieso en los ojos—. Después de que la granja esté en marcha, por supuesto.

La manera en que lo dijo, con tanta convicción y determinación, hizo que algo dentro del pecho de William se apretara. Se encontró queriendo ayudarla a alcanzar ese sueño, sin importar lo que costara. Quería que todos sus sueños se hicieran realidad.

—Te diré qué —dijo, acercándose más a ella—. Una vez que la granja esté funcionando sin problemas, te ayudaré a escribir tu primer libro infantil. ¿Trato hecho?

—Trato hecho —aceptó Violeta, su rostro se iluminó mientras estrechaban las manos.

Cuando sus dedos se rozaron, una chispa de electricidad los recorrió a ambos, dejándolos sin

aliento y más conscientes de su atracción mutua.

—Violeta —murmuró William, con voz ronca y baja—. Yo...

—Will —susurró ella, su mirada fija en la de él.

Por un momento, pareció que podrían acortar la distancia entre ellos, sus labios encontrándose en un beso apasionado y furtivo en lugar de los pequeños y castos que habían compartido antes. Pero entonces, el sonido de un tractor arrancando en algún lugar cercano rompió el hechizo, y se separaron, con las mejillas sonrojadas y los corazones latiendo con fuerza.

—Bien —dijo Violeta, aclarándose la garganta—. Supongo que debemos volver al trabajo.

—Bien —estuvo de acuerdo William, su voz sonaba tensa mientras se ponía de pie, ofreciéndole la mano.

Ella la tomó, sus dedos se entrelazaron durante un breve y eléctrico momento antes de soltarse y regresar a los campos para continuar con su trabajo.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Violeta y William trabajaron incansablemente para asegurar el éxito de la granja de bayas. Él la ayudaba en sus días libres, siempre pendiente de la radio de la estación de bomberos enganchada a su cinturón. Sus manos solían mancharse con los jugos de las maduras fresas y arándanos mientras recogían, seleccionaban y empacaban la fruta para su entrega en el mercado local. Gracias a sus esfuerzos combinados, la granja, antes en apuros, comenzó a prosperar.

—¡Will, mira esto! —exclamó Violeta una mañana, enseñándole una jugosa fresa en la palma de su mano—. Nunca había visto una tan perfecta.

—Parece que nuestro arduo trabajo está dando sus frutos —dijo William con una sonrisa, arrugando las comisuras de sus ojos de una manera que hacía revolotear el corazón de Violeta.

—Definitivamente —concordó ella, apartándose un rebelde mechón de cabello detrás de la oreja y dejando una leve línea de jugo en su mejilla.

—Violeta, tienes algo en la... —susurró William, acercándose para limpiarle la mancha con su pulgar. El simple toque provocó un escalofrío en la columna vertebral de Violeta.

—Gracias —murmuró ella, sonrojándose hasta adquirir el mismo tono rojo brillante que las bayas que estaban cosechando.

A medida que pasaban los días, la noticia de la abundancia sin precedentes de la granja de Violeta se extendió por todo el pueblo. Los lugareños acudían en masa a comprar cestas de la jugosa fruta madura al sol, alabando a Violeta por su dedicación y habilidad. Incluso los más cascarrabias no pudieron evitar felicitarla.

—Violeta, querida, tus bayas son sencillamente asombrosas —farfulló Agnes, la cotilla del pueblo—. Y parece que has encontrado un gran amigo en William, ¿eh?

Les guiñó un ojo con complicidad antes de alejarse a toda prisa, dejando a Violeta y William sonrojados e intercambiando miradas incómodas.

—Parece que todo el mundo habla de nosotros —comentó William, rascándose la nuca—. Es un poco raro, ¿no crees?

—Supongo —dijo Violeta, mordiéndose el labio—. Pero no se equivocan. Hacemos un gran equipo.

—Bueno, no puedo discutir eso —admitió él, sonriendo—. Sólo espero que no empiecen a apostar sobre cuándo nos casaremos.

—¿*Casarnos?* —preguntó Violeta, con el corazón latiéndole a mil y los ojos muy abiertos.

—Eh, ya sabes, como broma —aclaró William, sonrojándose—. No es que les incumba, pero...

—Claro —asintió Violeta, tratando de ocultar su decepción—. No es de su incumbencia en absoluto.

Más tarde, esa noche, mientras contemplaban los campos prósperos desde el porche, Violeta no pudo evitar sentir una punzada de anhelo. El éxito de la granja los había unido más que nunca, y sin embargo, aún existía un abismo entre ellos que no lograban salvar.

—¿Will? —preguntó dubitativa.

—¿Sí?

—¿Alguna vez piensas en... nosotros?

—¿Nosotros? —repitió él, mirándola con sus ojos castaños escrutadores.

—Sí, como... ¿qué pasaría si lleváramos esto más lejos?

William suspiró y se pasó una mano por su cabello corto. —Violeta, lo he pensado. Más de lo que debería. Eres hermosa y sería un idiota si no me diera cuenta. Pero temo que si cruzamos esa línea y las cosas no funcionan... no quiero perder lo que tenemos ahora.

—Yo tampoco —susurró ella con los ojos almendrados llenos de lágrimas—. Pero a veces siento que estamos dando vueltas a algo que podría ser mucho más.

—Quizás lo estemos haciendo —admitió suavemente, tomándole la mano entre las suyas—. Pero por ahora, disfrutemos este momento. Nuestro arduo trabajo ha convertido esta granja en algo verdaderamente especial. Y tal vez, con un poco más de tiempo, podamos descubrir lo que significamos el uno para el otro.

—De acuerdo —aceptó Violeta, apretándole la mano con suavidad—. Un poco más de tiempo.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Violeta tiró de sus guantes de jardinería, sintiendo el sudor que le bajaba por la espalda mientras se tomaba un momento para mirar hacia el brillante cielo azul. Dejó escapar un profundo suspiro, intentando ordenar sus pensamientos sobre William. Estaba claro que algo lo estaba frenando, pero no lograba dar con el qué.

—Día hermoso, ¿verdad? —dijo la voz de Brenda, sacando a Violeta de sus pensamientos.

Se dio la vuelta para ver a su vecina recargada en la cerca de madera, su cabello rojo atrapando la luz del sol, sus ojos verdes brillando con calidez.

—Hola, Brenda —saludó Violeta con un gesto de la mano, haciendo una pausa en su trabajo para dedicarle a su amiga una sonrisa sincera—. Realmente es un día encantador. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Acaso una anciana no puede visitar a su joven agricultora favorita sin un motivo oculto? —bromeó Brenda, estirando la mano para tomar una frambuesa madura y llevársela a la boca—. ¡Mmm, deliciosa como siempre! Pero dime, querida, ¿qué te ha estado rondando la mente últimamente? Te has estado matando a trabajar.

Violeta suspiró, sus ojos color avellana se nublaron.

—Es Will —dijo, apartando un mechón rebelde de su rostro—. Es tan frustrante a veces. No logro que se abra conmigo. Que quiera más entre nosotros. Es como si tuviera un muro que no puedo atravesar.

—Ah, nuestro gruñón bombero favorito —asintió Brenda, sus ojos se suavizaron con comprensión—. Ya sabes, las relaciones pueden ser difíciles, especialmente cuando una persona mantiene la guardia alta.

—Ni que lo digas —dijo Violeta, masajeándose las sienes—. Sólo desearía que me dejara entrar. Podríamos ser tan grandiosos juntos si tan solo bajara su guardia.

—A veces las personas construyen muros para protegerse, querida —dijo Brenda con delicadeza—. Tal vez William necesita más tiempo para dejarte entrar. ¿Has intentado hablar con él al respecto?

—Por supuesto, pero cada vez que lo menciono, simplemente se cierra —respondió Violeta con un dejo de frustración en su voz—. No quiero presionarlo y alejarlo, pero no puedo evitar lo que siento. Me gusta lo que tenemos, pero quiero más.

—¿Alguna vez has considerado que quizás no sea sólo él quien necesita abrirse? —preguntó Brenda con suavidad.

Violeta parpadeó, desconcertada por la pregunta. —¿A qué te refieres?

—Por lo que he visto, tú también eres bastante reservada, querida —respondió Brenda—. Es natural querer protegerse después de todo lo que has pasado con el fallecimiento de tu abuelo,

pero tal vez William espera que tú también muestres tu vulnerabilidad.

La sugerencia dejó a Violeta sin palabras, su mente daba vueltas mientras consideraba su propio papel en la ruptura de la comunicación. Sabía que Brenda tenía razón: siempre había sido cautelosa al revelar demasiado de sí misma, especialmente cuando se trataba de asuntos del corazón.

—Quizás tengas razón —dijo Violeta en voz baja—. Supongo que también tengo trabajo que hacer en mí misma.

—Recuerda, el amor toma tiempo y esfuerzo de ambas partes —le recordó Brenda con dulzura—. Sólo sé paciente, comunícate abiertamente y dénse el espacio para crecer, tal como lo haces con estas deliciosas bayas.

—Gracias, Brenda —dijo Violeta con sinceridad, sintiendo que un peso se le quitaba de los hombros—. Tu consejo significa más para mí de lo que imaginas.

—Cuando quieras, querida —respondió Brenda, sonriendo con calidez y dando un apretón reconfortante en el hombro de Violeta—. Ahora, ¡volvamos a esas bayas antes de que nos extrañen demasiado! ¿Me alcanzas una cesta a esta vieja, quieres?

CAPÍTULO VEINTICINCO

El aire estaba cálido e impregnado con el aroma de bayas maduras mientras Violeta y William paseaban por las hileras de su ahora floreciente granja. Sus manos se rozaban, con las yemas de los dedos danzando en un baile tácito de cariño.

—Mira todas estas frambuesas jugosas. Lo hemos logrado, Will —dijo Violeta, emocionada, con los ojos brillantes mientras recogía una baya madura entre sus dedos—. Deberíamos celebrarlo.

—¿Cómo? —preguntó William, curioso y juguetón.

—Tal vez un picnic. Algo sencillo, solo nosotros dos —dijo Violeta.

Sus mejillas se sonrojaron de emoción y su corazón se aceleró ante la idea de pasar tiempo a solas con William fuera del trabajo en la granja.

—Suena perfecto —dijo él, con las comisuras de la boca curvándose en una suave sonrisa que hizo que el pulso de Violeta se acelerara.

~

El sábado siguiente, Violeta y William extendieron una manta a cuadros bajo la sombra de un gran roble cerca del borde de la propiedad de su abuelo. Desempacaron sándwiches, queso y fruta fresca de una cesta de mimbre mientras reían y se gastaban bromas el uno al otro.

—¿Recuerdas cuando llegué por primera vez al pueblo? —preguntó Violeta, riendo al recordar el ceño fruncido de William cuando se presentó en su granja para una inspección de seguridad contra incendios—. Nunca imaginé que terminaríamos así.

—Yo tampoco —dijo William, dándole un mordisco a su sándwich de jamón y queso—. Pero me alegro de que así haya sido.

Continuaron compartiendo historias, con sus risas resonando en el apacible campo. Mientras el sol comenzaba a ocultarse en el cielo, proyectando tonos cálidos sobre el pequeño paisaje urbano, su conversación derivó hacia sueños, esperanzas y temores.

—¿Qué es algo que siempre has querido hacer pero no has tenido la oportunidad? —preguntó Violeta, cruzando su mirada con la de William.

—Viajar —dijo sin dudarlo—. Hay tantos lugares que quiero conocer, como Irlanda, Australia o Japón.

—Tal vez algún día podamos ir juntos —ofreció Violeta, su corazón rebosante ante la idea de experimentar nuevos lugares con William a su lado.

—Tal vez —dijo él, con voz suave y cálida como el sol poniente.

Se acercaron más, con las piernas tocándose debajo de la manta, sus manos rozándose

ocasionalmente mientras compartían sus sueños y aspiraciones.

—Violeta, tengo que decirte algo —dijo William, repentinamente serio.

Tomó su mano entre las suyas, su pulgar acariciando suavemente sus nudillos.

—Por supuesto, ¿qué es? —dijo ella, escudriñando su rostro en busca de cualquier indicio de angustia.

—Antes de que llegaras a Love Springs, mi vida era... un desastre. Pero desde que te conocí, todo se ha vuelto más brillante. Me has hecho querer ser un hombre mejor.

—Will... —la voz de Violeta se atascó en su garganta, su corazón rebosante de emoción—. Tú también has cambiado mi vida. Me ayudaste a salvar la granja de mi abuelo y me has enseñado tanto. Pero lo más importante es que me has mostrado que el amor puede florecer en los lugares más inesperados.

—¿Esto es... estamos... —titubeó William, sus ojos buscando los de ella, buscando una respuesta a la pregunta tácita que flotaba entre ambos.

¿Amor?

—Disfrutemos este momento, Will. Resolveremos el resto conforme se presente —susurró Violeta, apretando su mano con seguridad, sin querer perderlo nuevamente.

—De acuerdo —dijo él, con su sonrisa retornando—. Me gustaría eso.

Mientras se sentaban bajo el roble, observando cómo el sol desaparecía detrás de las colinas ondulantes, Violeta podía sentir la anticipación de todos los momentos que ya habían compartido y de los momentos aún más íntimos que esperaba compartir en el futuro también.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

El sol colgaba bajo en el cielo aquella tarde del lunes siguiente mientras Violeta y William se arrodillaban juntos, sus dedos recogiendo ágilmente bayas maduras de las enredaderas. Sus risas llenaban el aire, mezclándose con el rítmico susurro de las hojas y el trino de los pájaros que los rodeaba.

—El último en llenar su canasta tendrá que guardarlo todo hoy —bromeó Violeta, dándole un leve codazo a William con el hombro.

—¡Trato hecho! —dijo él, con los ojos arrugados de diversión.

Pero al mirarla, un calor se extendió por su interior, haciéndole difícil concentrarse en la tarea. La forma en que su cabello atrapaba la luz del sol, cómo brillaban sus ojos cuando reía... no podía evitar sentirse cada vez más atraído por ella, especialmente por la manera en que ella lo había estado mirando últimamente.

Mientras continuaban recogiendo las bayas, sus manos se rozaron con más frecuencia de lo habitual, provocando un escalofrío en sus espinas dorsales. Ambos intentaron concentrarse en las bayas, pero la tensión magnética entre ellos era innegable.

—¿Will? —dijo Violeta, con la voz ligeramente temblorosa mientras se volvía para mirarlo.

—Violeta... —respondió William, sus profundos ojos marrones clavados en los de ella, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho.

En ese momento, se acercaron más, y sus labios se encontraron en un beso suave pero apasionado que pareció incendiar el mundo a su alrededor. El tiempo se detuvo mientras se abrazaban, sus cuerpos pegados, los corazones acelerados.

Cuando finalmente se separaron, sin aliento y sonrojados, Violeta miró a William con ojos muy abiertos y asombrados. —No esperaba... quiero decir, *esperaba*, pero...

—Yo también —dijo William, su voz apenas un susurro—. He intentado resistirme a esto, pero cuanto más tiempo pasamos juntos, más difícil se vuelve.

—¿Significa esto que... quieres...? —dijo Violeta, dejando la frase sin terminar, con un deje de incertidumbre en sus palabras.

William vaciló, luego tomó una profunda bocanada de aire, como preparándose para lo que iba a decir. —Me gustas, Violeta. Mucho. Quiero ver a dónde nos lleva esto, si estás dispuesta.

—Por supuesto —dijo ella, con las palabras saliendo de un solo aliento, su corazón rebosante de alegría—. Yo también lo quiero, Will.

Mientras se encontraban entre las hileras de arbustos de bayas, tomados de la mano, un sentido de anticipación ardiente llenó el aire.

—¿Puedo llevarte de vuelta a la casa? —preguntó William suavemente, apretando con suavidad su mano—. Quiero darte lo que no he podido por un tiempo. Estoy haciendo todo lo

posible por contenerme, por evitar tenderte sobre la manta ahí mismo, pero me cuesta, Violeta. Lo deseo tanto.

Violeta tragó saliva, mirando la manta que usaban para arrodillarse cuando necesitaban recoger las bayas más bajas. Por mucho que la tentara, una cama sonaba mucho mejor para su primera vez.

Y definitivamente quería tomarse su tiempo con él...

—Por favor —dijo Violeta, jadeando la palabra, una sonrisa emocionada iluminando su rostro—. Creo que lo deseo tanto como tú, Will.

CAPÍTULO VEINTISIETE

No bien Violeta accedió, William la alzó y la colocó sobre sus hombros, llevándola de la forma en que todo bombero era instruido durante su entrenamiento para rescatar a alguien de un incendio. Si bien esta ciertamente no era la intención original de dicho entrenamiento, le resultó de utilidad para esta situación en particular.

Violeta rió, fingiendo patalear, pero él era fuerte y musculoso, y la abrazó fuerte.

William no perdió tiempo y la llevó a la granja, subiendo uno a uno los escalones del porche.

—¿Un poco de ayuda? —preguntó, mirándola de soslayo mientras se inclinaba hacia un lado.

Riendo, Violeta alcanzó el pomo de la puerta principal y lo giró para abrirla. William la empujó el resto del camino con el pie, entró y la cerró de una patada. Sabiendo dónde estaba su dormitorio, aunque nunca habían estado allí juntos, la llevó hacia allá.

Una vez que la bajó al suelo, Violeta volvió a reír, erguida frente al exuberante bombero. Él le sacaba más de unos cuantos centímetros, pero a ella le encantaba mirarlo hacia arriba así. Lucía tan fuerte y seguro, como si sin importar lo que pasara, siempre la protegería.

—Violeta —dijo William, luchando por no gemir—. ¿Estás segura de esto?

Ella asintió, respondiendo con acciones en lugar de palabras. Violeta desabotonó lentamente la parte delantera de su blusa y se la quitó una vez que terminó. Su blusa se deslizó fácilmente por sus brazos, cayendo al suelo detrás de ella.

—Tu turno —dijo, sonriéndole.

William la miró a los ojos, tragando saliva mientras desabotonaba su propia camisa. En cuanto pudo, Violeta metió las manos dentro de su camisa, presionándolas contra su pecho musculoso, disfrutando de la sensación de su cuerpo duro y fuerte.

Una vez que terminó de quitarse la camisa, ella comenzó a ayudarlo a sacarse los pantalones. Lenta y deliberadamente, asegurándose de que estuviera tan excitado como ella, desabotonó y bajó la cremallera de sus pantalones, tirando de estos y de su ropa interior al mismo tiempo. Para su sorpresa, él definitivamente estaba tan ansioso como ella, si no es que más.

Mirando hacia abajo en cuanto su erección quedó libre, Violeta dejó escapar un suave jadeo. Envolvió sus dedos alrededor de él, acariciando suavemente su verga con las manos mientras sus pantalones y ropa interior caían por completo al suelo de madera.

William dejó escapar un ronco gemido, un sonido que nunca esperó escuchar de sí mismo, y mucho menos con ella, de esta forma.

—Lo deseo, Will —dijo Violeta, dejándole saber una y otra vez que no era el único que se sentía así—. Ya no tienes que contenerte. No tienes que luchar contra esto, ¿de acuerdo?

William asintió. Algo dentro de él se rompió. Lo había necesitado durante mucho tiempo, pero recién ahora había aceptado esos sentimientos. La empujó contra el borde de la cama.

Violeta dejó escapar un pequeño chillido cuando cayó sobre el colchón, rebotando. William le quitó los pantalones a toda prisa, le bajó las pantaletas de inmediato y se metió en la cama con ella sin dudar ni un instante.

—¡William! —jadeó Violeta mientras él alineaba su erección y la penetraba—. ¡William! ¡Sí!

—Violeta —murmuró él, besándola con una pasión ardiente e implacable.

William la embistió, sus cuerpos uniéndose en un ardor más abrasador que cualquier incendio. Una y otra vez liberó sus inhibiciones mientras Violeta lo instaba a continuar, le suplicaba que se quedara con ella, jadeando para que siguiera.

Ambos dejaron escapar gritos ahogados, el de él un gruñido y el de ella un gemido, cuando alcanzaron el clímax juntos.

Se acomodó sobre su hermoso cuerpo, cálido, suave y satisfecho. Ella yacía bajo su musculoso marco, mirándolo hacia arriba, los ojos muy abiertos de asombro.

—Eso estuvo lindo —dijo Violeta, alzando la mano para acariciar la áspera barba incipiente en su mejilla.

—Gracias —respondió William, apartando el cabello húmedo de sudor detrás de su oreja.

Violeta sonrió y se inclinó para besarlo, provocando otra chispa y reacción en cadena dentro de él una vez más. No se había dado cuenta de cuánto necesitaba esto hasta ahora. No se había dado cuenta de cuánto la necesitaba *a ella* hasta ahora.

—Quiero hacer más de esto —dijo ella, guiñándole un ojo—. ¿Pronto?

William sonrió ampliamente, dispuesto a complacerla aquí y ahora si fuera necesario.

—¡Pero primero tenemos que terminar nuestro trabajo! —añadió ella, riendo mientras le daba un golpecito juguetón en el hombro.

—¿Entonces más tarde? —bromeó él.

—Absolutamente —accedió ella.

William se incorporó, separándose finalmente. Miró hacia abajo, admirando su impresionante belleza mientras yacía desnuda en la cama. Ella se sonrojó y lo miró.

Ambos habían recorrido un largo camino y, sin embargo, ella no pudo evitar pensar que esto era sólo el comienzo.

—Vamos —dijo William, riendo mientras le tendía una mano para ayudarla a levantarse de la cama—. Si no nos vamos pronto, no estoy seguro de que logremos salir de esta habitación, y mucho menos volver a los campos...

—Promesas, promesas... —bromeó Violeta, tomando su mano y dejando que la levantara.

Se vistieron nuevamente para el trabajo de campo, pero la promesa del *más tarde* estaba presente en todo lo que hacían, cada vez que se miraban y cada vez que sus manos se rozaban accidentalmente mientras recogían bayas.

Violeta apenas podía esperar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Violeta suspiró mientras se secaba el sudor de la frente, arrancando una maleza obstinada. Ava Rodríguez, la dueña de la granja de bayas rival en Love Springs, se encontraba cerca, con los brazos cruzados sobre el pecho y una sonrisa petulante pintada en su rostro perfectamente maquillado.

—Qué lástima por esas bayas —se burló Ava, con su voz goteando falsa simpatía—. Oí que si no las recoges a tiempo, simplemente se pudren.

Violeta frunció el ceño, sabiendo exactamente a lo que Ava estaba insinuando. El molino de los rumores había estado zumbando con murmullos sobre su granja condenada al fracaso después de la muerte de su abuelo. Violeta apenas había llegado a tiempo para arreglar las cosas semanas atrás, y su difícil comienzo no había ayudado. Apretó los puños, decidida a no dejar que Ava la molestara.

—Gracias por tu preocupación, Ava, pero tengo todo bajo control —respondió Violeta con calma, tratando de ocultar la irritación en su voz.

—Por supuesto, por supuesto —ronroneó Ava, echando hacia atrás su oscuro cabello—. Por cierto, ¿has visto a *William* últimamente? Oí que ha estado pasando bastante tiempo por aquí. —Sus ojos brillaron con travesura—. Ya sabes cómo habla la gente de estas cosas.

Las mejillas de Violeta se sonrojaron y no pudo evitar mirar por encima del hombro, buscando alguna señal del apuesto bombero. Desde que habían compartido su cama, se encontraba constantemente atraída hacia él, deseando desesperadamente más. Pero no había manera de que le diera a Ava la satisfacción de confirmar ningún chisme.

—William solo me ha estado ayudando —murmuró Violeta—. Además, no es asunto tuyo con quién paso mi tiempo.

—Bien —dijo Ava con un encogimiento de hombros engañoso, su malvada sonrisa inmutable—. Solo recuerda, querida, no sería sabio acercarte demasiado a alguien como él. No querrías *quemarte*, ¿o sí?

Con esa última pulla, Ava se alejó a paso lento, dejando a Violeta rumiando su propia incertidumbre. Por mucho que quisiera descartar las palabras de Ava, una duda persistente arraigó en su mente.

—¡Violeta! —llamó William mientras se acercaba, sus musculosos brazos cargando cestas de bayas recién recolectadas—. Logré conseguir una buena cosecha del otro lado del campo.

Afortunadamente, no había aparecido cuando Ava estaba aquí. Quién sabe qué le habría dicho esa mujer entonces.

—Gracias, Will —dijo Violeta, tratando de sacudirse la incómoda sensación que le había dejado su rival—. Aunque sabes que realmente no tienes que seguir ayudándome aquí, ¿verdad?

—Siempre estoy feliz de ayudar —dijo él, sonriendo cálidamente—. No estás sola en esto, ¿sabes?

Mientras comenzaban a clasificar las bayas mezcladas juntos, Violeta se encontró robándole miradas a William más a menudo de lo que quería admitir. Sus fuertes manos se movían con destreza entre la fruta, recordándole todas las otras cosas que podría hacer con ellas, y no pudo evitar imaginar cómo se sentían sus manos contra su piel desnuda.

—¿Alguna vez has pensado en lo que harías si no fueras bombero? —preguntó, tratando de distraerse, su curiosidad ganándole la partida.

—No puedo decir que lo haya hecho —respondió él encogiéndose de hombros, haciendo una pausa para pensar—. Siempre ha sido mi vocación, supongo. Pero no es un trabajo fácil. Siempre está ese temor de... de perder a alguien.

La vulnerabilidad en su voz conmovió el corazón de Violeta, y extendió la mano para acariciar sus dedos. Se miraron a los ojos, y por un momento, pareció que eran las únicas dos personas en el mundo.

—A veces, dejar entrar a alguien puede hacerte más fuerte —susurró—. Está bien tener miedo, pero no dejes que ese miedo te impida algo hermoso.

La mirada de William se posó en sus labios, y Violeta sintió cómo el calor le subía a las mejillas. Quería acortar la distancia entre ellos de nuevo, saborear el dulce sabor de sus bayas en los labios de él y perderse en su abrazo. Pero el recuerdo de las burlas de Ava la hizo vacilar, insegura de qué hacer a continuación.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El sol brillaba sobre los campos de bayas mientras Violeta y William continuaban trabajando codo con codo. Los pájaros trinaban sus canciones desde las ramas sobre ellos, serenándolos mientras se movían por el exuberante campo.

—¿Oye, Will? —dijo Violeta, rompiendo el cómodo silencio que se había instalado entre ellos.

—¿Sí? —respondió él, con un tono divertido en su voz mientras seguía arrancando moras de los arbustos y dejándolas caer en una cesta que lo esperaba.

—¿Sabías que las moras en realidad no son bayas? Se les llama drupas.

William se rio suavemente. —Bueno, me lleva el diablo. ¿Drupas, eh? Quién lo diría.

—Yo, al parecer —dijo Violeta, con un brillo travieso en sus ojos—. Estoy llena de datos curiosos como ese. Supongo que viene con el territorio de ser una granjera de bayas ahora.

—Sigue así —dijo él, su risa calentando a Violeta hasta el núcleo.

—Muy bien, ¿qué tal esto? Las frambuesas pueden tener hasta ciento veinte semillitas en su interior. Apuesto a que tampoco sabías *eso* —lo picó, dedicándole una sonrisa juguetona.

—No, no lo sabía —admitió, sacudiendo la cabeza en señal de derrota fingida—. Definitivamente me estás enseñando hoy, Violeta.

Mientras continuaban charlando y compartiendo más trivialidades sobre las frutas, la tensión que había persistido desde las crueles palabras de Ava comenzó a desvanecerse. La distancia involuntaria entre ellos se hizo más pequeña, sus caricias se volvieron más confiadas y firmes, y sus sonrisas se suavizaron y se hicieron más frecuentes.

—Will, si pudieras viajar a cualquier parte del mundo ahora mismo, ¿a dónde irías? —preguntó Violeta, intrigada por el hombre que había estado ocupando sus pensamientos desde que se conocieron.

—¿A cualquier lugar? —inquirió él, con los ojos iluminados mientras consideraba su pregunta—. Siempre he querido ver la Aurora Boreal en persona. Sé que es un poco cliché, pero hay algo en ella que siempre me ha fascinado.

—Wow —dijo Violeta, genuinamente impresionada—. No te había imaginado como el tipo de la Aurora Boreal, pero suena increíble. A mí también me encantaría ir.

—Tal vez podamos hacer un viaje de eso algún día —sugirió, arqueando una media sonrisa.

—Tal vez —accedió ella, con el corazón revoloteando ante la idea de una aventura a solas con él.

—Tu turno —dijo William, ansioso por conocer también sus sueños y deseos—. ¿A dónde irías tú?

—París —respondió sin vacilar—. Siempre me ha atraído la historia de la ciudad, el arte y,

por supuesto, la comida. Además, es la Ciudad del Amor, ¿no?

—Suena perfecto para una romántica empedernida como tú —bromeó, pero había una calidez en sus ojos que le decía que lo decía sinceramente.

—Oye, no te burles del romanticismo —replicó juguetonamente—. Creo que el mundo podría usar un poco más de amor en estos días.

—No puedo discutir eso —dijo él, su mirada demorándose un largo y amoroso momento en su rostro antes de regresar a su tarea.

CAPÍTULO TREINTA

Sus risas resonaron por los campos de bayas mientras Violeta empujaba juguetonamente a William con el hombro, una sonrisa pícara en sus labios.

—Admítelo —dijo ella—. Te estás divirtiendo más de lo que pensabas, Señor Gruñón.

—Está bien, de acuerdo —respondió él, sus ojos profundamente hundidos brillando con diversión—. Recoger bayas contigo definitivamente tiene sus momentos.

—¿Lo ves? No es *tan* malo —comentó ella con una sonrisa, apartando un rebelde mechón de cabello de su rostro antes de darse la vuelta para mirarlo.

El deseo que había entre ellos se había vuelto cada vez más palpable después de su mágica noche juntos, una atracción magnética que los acercaba el uno al otro, ambos ansiosos por más pero inseguros de cómo abordarlo.

—Violeta —susurró William, su voz áspera por el deseo mientras suavemente le acariciaba la mejilla con su mano.

Sus miradas se encontraron y, en ese momento, el mundo pareció contener la respiración.

—William —susurró ella, sintiendo el calor que irradiaba de su cuerpo mientras se encontraban a meras pulgadas de distancia.

Su corazón se aceleró mientras buscaba cualquier signo de duda en su mirada, pero solo encontró emoción cruda y anhelo.

La distancia entre ellos se desvaneció cuando sus labios se encontraron en un beso apasionado y abrumador. Sus bocas manchadas de bayas por los pequeños bocados robados se fundieron, el dulzor de su indulgencia compartida solo sirvió para intensificar el abrazo. Los dedos de Violeta se enredaron en el cabello corto de William, atrayéndolo más cerca como si quisiera absorber cada onza de su calor, su presencia imponente, mientras que sus fuertes manos agarraban su cintura, uniéndolos.

—Wow —jadeó ella, respirando contra sus labios, sus ojos muy abiertos por el asombro—. No me esperaba eso.

—Yo tampoco —admitió él, sus propios ojos reflejando la misma sorpresa y regocijo—. Pero no me quejo.

—Bien —dijo con una risita, sus mejillas sonrojadas y el corazón lleno—. Porque quiero volver a hacerlo.

—¿Ah, sí? —preguntó burlonamente, levantando una ceja con falsa incredulidad—. Bueno, ¿quién soy yo para negarle a la mujer lo que desea?

Dicho esto, se inclinó una vez más, capturando sus labios en otro beso abrasador que le envió escalofríos por la espina dorsal.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Su beso en los campos era todo lo que Violeta había deseado y más. El cuerpo de William se sentía tan perfecto junto al suyo, y sus labios sabían exactamente cómo hacerla sentir deseada.

Estaba a punto de descubrir lo que eso significaba de más de una manera.

William echó un vistazo rápido alrededor de la granja, sus ojos se movían de un lado a otro. Habían pasado el día recogiendo bayas en una sección apartada de los campos, un área más lejos del camino, con más arbustos para bloquear las vistas de cualquier transeúnte casual que pudiera verlos. Definitivamente, ninguno de los dos había planeado esto, pero el sexy bombero aprovechó la oportunidad al máximo.

—¡William! —dijo Violeta, riéndose mientras él la levantaba fácilmente con sus fuertes brazos—. ¿Qué estás...?

William le sonrió mientras la recostaba sobre la manta que habían extendido antes de comenzar a trabajar en esa sección. Recoger bayas siempre implicaba altibajos; agacharse para alcanzar las frutas más bajas o estirarse para tomar las bayas más altas. La manta se suponía que era para lo primero, para mantener sus rodillas fuera de la tierra mientras trabajaban, pero William tenía un nuevo uso para ella ahora.

Mientras ella yacía sobre la manta, mirándolo, algo caliente y feroz ardía entre ellos. Sus ojos se encontraron fijos, ninguno de los dos pudo apartar la mirada. Sin decir palabra, William comenzó a desabotonarle lentamente los pantalones, sonriéndole con suavidad. Ella sabía que podía decirle que se detuviera, que en cualquier momento podía decir que no y él lo aceptaría sin vacilar.

Sin embargo, Violeta no hizo eso. Ella quería esto tanto como él.

Con cuidado y deliberadamente, William le bajó los vaqueros hasta los tobillos, dejando atrás las pantaletas. Separó sus piernas y se acomodó entre ellas, acercándose al suelo y a su cuerpo. Ella iba a decir algo, pero sus palabras se convirtieron en un jadeo cuando él presionó su boca contra su dulce y sensible coño.

—Tienes un sabor tan dulce, Violeta —dijo William, gimiendo contra su cuerpo, su lengua lamiendo cada centímetro de su excitación.

—Es... es para ti, William —susurró Violeta, dejando escapar un gemido caliente.

Él hizo girar su lengua alrededor de su dulzura, degustándola como si fuera la más fina de las bayas. Ella le pasó los dedos por el cabello entre sus piernas abiertas, sosteniéndolo con fuerza.

No pasó mucho tiempo antes de que ella jadeara su nombre y le dijera exactamente lo que estaba a punto de hacerle.

Él la hizo llegar al orgasmo justo allí en los campos, dulce y caliente, una baya perfectamente madura para que el musculoso y sexy bombero disfrutara. Ella quería devolverle el favor, pero

antes de que pudiera hacerlo, él comenzó de nuevo.

William se bajó los pantalones hasta las rodillas mientras se levantaba y se colocaba sobre ella. Deslizando su verga caliente y dura a través de su mojada, empujó dentro de ella por su insistente insistencia. Violeta le rodeó las piernas, apretándolo fuerte contra ella.

—Violeta, yo... no voy a durar mucho —dijo William, gruñendo mientras la satisfacía, llenándola profundamente.

—Está bien —dijo ella, besándolo mientras hacían el amor en el campo—. Por favor, William. *Por favor.* Quiero esto tanto. Quiero que tú...

Él gimió con fuerza, empujando una última vez antes de hacer realidad su deseo. Fue hermoso, duro y tan dulce como una fresa cubierta de chocolate. Yacieron juntos, compartiendo suaves besos y mirándose a los ojos, felices.

Mientras se perdían y luego se encontraban de nuevo en el calor intoxicante de su recién descubierta pasión, el mundo que los rodeaba parecía desvanecerse. El canto de los pájaros, el rumor de las hojas y el aroma de las bayas maduras; todo se fundió en el fondo mientras los corazones de Violeta y William latían al unísono, sus deseos finalmente reconocidos y llevados a la vida, una y otra vez.

—Prométeme que esto no es solo un affair casual —murmuró ella contra sus labios, su voz vulnerable y suplicante.

—Violeta —susurró él, presionando su frente contra la de ella—. Nunca podría hacer de esto solo un affair casual. No contigo.

—Bien —dijo ella, un suspiro de alivio inundó sus venas—. Porque no creo que pudiera soportarlo si te alejaras ahora.

—Confía en mí cuando te digo que alejarme es lo último que tengo en mente —le dijo, sus ojos llenos de promesas mientras compartían un último y eterno beso que conmovía el alma en el calor de los campos de verano.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

El sol se hundía más en el horizonte, mientras el atardecer caía sobre los campos de bayas. El aire estaba espeso con el aroma de las fresas y los arándanos maduros, mezclándose con el olor terrenal del suelo recién removido. La risa de Violeta flotaba por el aire mientras esquivaba juguetonamente los intentos de William de embarrarle jugo de bayas en la nariz.

—¿No te atreverías, Will? —lo advirtió ella, sus ojos brillando de regocijo.

—¿Ah, no? —preguntó él, desafiándola con su voz profunda, enviando escalofríos por su espina dorsal—. Subestimas mi espíritu competitivo, Violeta.

—Muy bien, entonces dos pueden jugar este juego —contraatacó ella, tomando un puñado de bayas aplastadas y arrojándoselas.

—¡Oye! —exclamó él, riendo mientras se limpiaba los residuos pegajosos del rostro, dejando más manchas a su paso—. Acabas de declararme la guerra, Señorita Clarke.

—Tráela, Baxter —dijo ella, dedicándole una sonrisa desafiante que era a la vez exhilarante y aterradora en igual medida.

Sus risas resonaron a través de los campos de bayas. Parecía como si el tiempo hubiera dejado de existir para los dos, dejando solo este momento: una burbuja de felicidad suspendida entre la realidad y las sombras siempre acechantes del pasado y el futuro.

—Oye, Will? —preguntó Violeta, suavizando su voz mientras se perdía en sus cálidos ojos marrones—. ¿Crees que podríamos encontrar una manera de hacer que esto funcione? Nosotros, quiero decir.

Él vaciló por un latido, antes de extender la mano y apartar un mechón de pelo suelto detrás de su oreja.

—No lo sé —admitió, su voz vacilante con vulnerabilidad—. Pero estoy dispuesto a intentarlo si tú lo estás.

—Sí, por favor —dijo ella, entrelazando sus dedos—. Enfrentémoslo, el universo claramente quiere que estemos juntos; ¿quiénes somos nosotros para discutir con el destino?

—¿Ah, sí? —dijo él con una carcajada, acercándose para presionar sus labios contra su mejilla, dejando una estela de calidez a su paso.

Justo cuando sus rostros se acercaban una vez más, el agudo timbre de un teléfono interrumpió su momento íntimo como un cuchillo. Los ojos de William se abrieron con alarma, y rápidamente sacó su teléfono del bolsillo.

—¿Diga? —respondió sin aliento, su voz cambiando a un tono profesional y serio que hizo que el corazón de Violeta se encogiera.

—William, te necesitamos de vuelta en la estación de inmediato —ordenó una voz ronca al otro lado de la línea—. Hubo un accidente en la ciudad y estamos escasos de personal.

—Entendido —respondió William, su mandíbula apretada en una línea tensa—. Estaré allí lo antes posible.

Mientras terminaba la llamada, el peso de la realidad se asentó pesadamente sobre ellos. Volviéndose hacia Violeta, él acunó su rostro entre sus manos, sus pulgares acariciando suavemente los restos del jugo de bayas que manchaban sus sonrosadas mejillas.

—Tengo que irme —susurró.

—Por supuesto —dijo ella, asintiendo, tratando de ocultar su decepción—. Tienes un trabajo que hacer y gente a la que salvar.

—Violeta, te prometo que encontraré la manera de hacer que esto funcione —dijo él, sus ojos buscando en los de ella la seguridad.

—¿Lo prometes? —preguntó ella, su corazón pesado.

—Lo prometo —respondió, sellando el voto con un último y prolongado beso antes de correr hacia su camioneta, dejándola sola entre las hojas susurrantes y la luz del sol menguante.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

El corazón de William latía desbocado, el peso de la emergencia por incendio le oprimía. La charla desenfadada que había compartido con Violeta hacía unos momentos parecía pertenecer a otro mundo mientras permanecía plantado en el sitio, dividido entre su deber y su deseo de quedarse con ella, de hacerle saber que todo estaría bien.

Se subió al lado del conductor de su camioneta, metiendo la llave en la ignición de un golpe. La primera vez que giró la llave, la torció demasiado fuerte, haciendo que el motor se atragantara un segundo antes de apagarse. La siguiente vez respiró más lento y profundo, y el motor rugió con vida al instante como de costumbre.

Estuvo a punto de pisar el acelerador a fondo, sabiendo que cada segundo era importante en una emergencia, especialmente donde había un incendio de por medio, pero entonces vio algo por el rabillo del ojo en el espejo retrovisor.

—¡Espera! —exclamó de repente Violeta junto a su camioneta, haciendo que se detuviera a mitad del arranque. Ella regresó corriendo hacia los arbustos de bayas más cercanos, arrancando una baya jugosa y madura del sarmiento—. Para la suerte —dijo, poniéndosela en la palma de la mano.

—Gracias —susurró él, guardando aquel pequeño símbolo de su vínculo en el bolsillo delantero de su camisa.

—Ten cuidado, Will —le rogó ella, con la voz entrecortada.

—Siempre —le dijo, su mirada se demoró en ella unos preciosos segundos más antes de pisar el acelerador y emprender camino por la carretera, la urgencia de la situación lo impulsaba hacia adelante.

Violeta lo vio partir, con el pecho oprimido mientras lo perdía de vista. Sabía que debía permitirle cumplir con su deber, pero eso no hacía la despedida más fácil. Con el corazón pesado, regresó a los campos de bayas, el aroma dulce de la fruta madura ahora tenía un dejo amargo de anhelo y preocupación.

A lo lejos, la camioneta de William rugía, el zumbido del motor era un recordatorio del peligro al que se enfrentaba cada día. Mientras el sonido se desvanecía, Violeta apretó el puño en torno al puñado de bayas que aún sostenía, la determinación corría por sus venas.

—Lo prometo —se dijo a sí misma, resuelta a estar ahí para él, a encontrar la manera de sortear juntos las turbulentas aguas de su amor y su deber, sin importar los desafíos que se avecinaran.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Violeta, ahora sola entre los arbustos de bayas, se hundió lentamente en el suelo. La tierra suave bajo ella parecía absorber su decepción mientras enterraba su rostro entre sus manos. Sintió el peso de la ausencia de Will, un vacío que resonaba en el mismo aire que la rodeaba.

—Mantente a salvo y regresa a mí —susurró en sus manos, su voz apenas audible incluso para ella misma.

—¿Violeta? —llamó una voz desagradablemente familiar, sacándola de sus pensamientos.

—Ava —respondió, secándose apresuradamente las mejillas surcadas de lágrimas y forzando una sonrisa—. Hola.

—¿Estás bien? —preguntó Ava, fingiendo preocupación—. Oí que llamaron a Will.

—Um, sí, estuvo aquí, pero tuvo que irse —dijo Violeta, con la voz ligeramente quebrada.

—Qué lástima —dijo Ava con un suspiro burlón, sus ojos entornándose—. Debe ser tan difícil para ti, siempre preguntándote si regresará.

—Gracias, Ava, pero estoy bien —dijo Violeta, apretando los puños—. Tengo fe en él.

—Por supuesto que sí —dijo Ava con una sonrisa maliciosa, alejándose con un brillo victorioso en sus ojos.

Sacudiéndose el aguijón de las palabras de Ava, Violeta se concentró en la tarea que tenía entre manos. Con cada baya madura que recogía, permitía que su anhelo por William la impulsara. Mientras recogía las bayas, no pudo evitar recordar la forma en que sus manos se habían demorado sobre las suyas unos momentos antes, el calor de su tacto grabado a fuego en su memoria.

—Estúpido y sexy bombero —murmuró entre dientes, riendo a pesar de sí misma.

—¿Dijiste algo? —llamó Ava desde unas filas más allá, sus oídos parecían escuchar hasta el más mínimo susurro.

—No, nada —dijo Violeta, rodando los ojos.

—Creí escucharte hablando contigo misma —dijo Ava, la malicia en su voz apenas velada por el humor.

—Tal vez solo prefiero mi propia compañía —replicó Violeta, su frustración borboteando a la superficie.

—¡Ouch! —dijo Ava, fingiendo estar herida—. Bueno, ¡disfruta estar *totalmente sola* entonces!

Mientras el sol se hundía más en el horizonte, proyectando largas sombras sobre los campos, Violeta anhelaba el regreso de Will. Cada momento que pasaba parecía prolongarse interminablemente, y se encontró mirando hacia la carretera, esperando vislumbrar su camioneta.

—Basta —se regañó, sacudiendo la cabeza—. Él volverá cuando pueda. Está bien. Debe

estarlo.

Con una última mirada a la carretera vacía, Violeta volvió su atención a los arbustos de bayas, su corazón pesado de anhelo.

—*Prométemelo* —murmuró, sus palabras una súplica al universo, al destino, a quien quiera que estuviera escuchando—. Prométeme que encontraremos el camino de regreso el uno al otro. Siempre.

El viento susurró entre las hojas, la luz menguante arrojando un resplandor siniestro sobre los campos. Era como si el mismo aire contuviera la respiración, esperando una respuesta que nunca llegó.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

William observaba la taza de café a medio terminar sobre la encimera de la cocina en la estación de bomberos, sintiendo un gran peso en el pecho por la culpa. No podía enfrentar a Violeta todavía después de su último encuentro. La forma en que sus cálidos ojos color avellana se iluminaron con esperanza y confianza removió algo dentro de él que no quería reconocer ni mucho menos abrazar.

Una voz insistente en el fondo de su mente le recordaba lo fácil que era perder a las personas, al igual que el trágico evento de su pasado que aún atormentaba sus sueños. Por eso la evitaba, manteniéndose apartado y siguiendo una rutina estricta en la estación de bomberos como un escudo contra volver a sufrir.

Lo único que hizo después de la emergencia fue llamarla para hacerle saber que estaba a salvo. Le puso una excusa para no verla en persona, sin embargo. Le dijo que aún estaban escasos de personal y que necesitaba quedarse en la estación de bomberos un poco más de tiempo. Le avisaría la próxima vez que pudiera pasar.

Eso fue hace un par de días.

—¡Hey, Will! —dijo Matt, uno de sus compañeros bomberos, dándole una palmada en la espalda e interrumpiendo sus pensamientos sombríos—. Últimamente estás muy distraído, amigo. ¿Qué pasa?

—Nada —respondió William secamente, tratando de sacar la imagen de Violeta de su mente —. Simplemente tengo mucho en qué pensar.

—Ah, ya veo —dijo Matt, dedicándole una sonrisa cómplice—. ¿Tiene algo que ver con esa chica de la granja de bayas a la que has estado evitando como a la peste?

—No quiero hablar de eso —gruñó William, pero Matt no se inmutó por el mal humor de su amigo.

—Está bien, está bien —dijo levantando las manos en señal de rendición fingida—. Pero en serio, amigo, no puedes evitarla para siempre, especialmente cuando vive justo aquí en Love Springs. Los pueblos pequeños tienen la peculiaridad de hacer que todos se topen los unos con los otros tarde o temprano, quieran o no.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Violeta y Brenda se sentaron en la pequeña mesa de madera de la acogedora cocina de Violeta, sorbiendo sus tazas de té caliente de la tarde. El vapor se enroscaba como enredaderas, mezclándose con los aromas de las churros recién horneados de la Panadería Delicia del Amor de la ciudad y las bayas maduras que llenaban la habitación.

—Violeta —dijo Brenda, con voz suave pero firme—. Te mereces a alguien que esté dispuesto a abrirse a ti y permanecer a tu lado. Pero he visto cómo William te mira, y realmente creo que le importas profundamente. Puede que solo necesite más tiempo para trabajar en sus propios problemas.

Violeta suspiró, su mirada se desvió hacia la ventana donde podía ver las hileras de arbustos de bayas que se extendían por su propiedad. No solo había heredado la granja de su difunto abuelo, sino también su inquebrantable determinación.

—A veces siento que estoy esperando a que pase una tormenta —dijo suavemente—. Y no estoy segura de cuánto tiempo más pueda aguantar.

—El amor no siempre es fácil, querida —le dijo Brenda, extendiendo la mano por encima de la mesa para darle un apretón reconfortante—. Pero vale la pena luchar por él si crees en él.

—Créeme, sé un par de cosas sobre luchar por el amor —dijo Violeta con una risita, ganándose una sonrisa cómplice de Brenda.

—Entonces también sabes que la paciencia y la comprensión son clave —continuó Brenda —. Al mismo tiempo, no debes olvidar comunicarle tus propias necesidades y límites a William. Una relación es una asociación, después de todo.

Violeta asintió, sus ojos reflejando la luz parpadeante de las velas mientras pensaba en las palabras de Brenda. Sabía que no podía esperar que William leyera su mente, y quizás no había sido tan franca sobre sus emociones como le hubiera gustado ser.

—Tal vez lo invite a cenar —ofreció, con un brillo juguetón en sus ojos—. Podemos discutir lo que queremos y lo que ambos necesitamos durante una comida casera, e incluso puedo convencerlo de bailar conmigo bajo las estrellas. Siempre he querido que alguien haga eso conmigo...

—Suena como una forma perfecta de derribar algunas barreras emocionales —dijo Brenda con una sonrisa—. Solo recuerda, Violeta, el amor es un viaje. Está lleno de giros y vueltas, pero con paciencia, comprensión y comunicación abierta, pueden hacer cualquier cosa juntos.

—Gracias, Brenda —dijo Violeta con sinceridad, su corazón se sentía más ligero de lo que había estado en semanas—. Siempre sabes qué decir para animarme.

—Experiencia, querida —dijo Brenda con un guiño, dando un último sorbo a su té antes de ponerse de pie—. Ahora, debería irme. Pero recuerda, si alguna vez necesitas un oído que te

escuche o un hombro sobre el cual llorar, ya sabes dónde encontrarme.

—Por supuesto —dijo Violeta, abrazando fuertemente a Brenda antes de acompañarla a la puerta.

Mientras veía partir a Brenda, Violeta no pudo evitar sentir una renovada sensación de esperanza por lo que ella y Will podrían tener juntos.

Tomando una respiración profunda, se volvió hacia su hogar, con una determinación que brillaba en sus ojos. Sería paciente y se aseguraría de que William supiera lo importante que era para ella. Y tal vez, solo tal vez, podrían encontrar un final feliz oculto entre los arbustos de bayas y bajo el cielo estrellado.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Al día siguiente, mientras trabajaba sola en la granja, Violeta estaba decidida a no dejar que la evasión de William la desanimara. Ahora sabía que había más en el gruñón bombero de lo que aparentaba.

Mientras cuidaba las hileras de arbustos de bayas en la granja de su difunto abuelo, pensó en formas de volver a atravesar las defensas de William. Si tan solo pudiera encontrar una manera de que se conectaran a un nivel más profundo, quizás podrían ayudarse mutuamente a sanar.

—Muy bien, Violeta —se dijo a sí misma mientras recogía arándanos maduros de los arbustos—. Puedes hacerlo. Has enfrentado plantas espinosas y malezas tercas, seguramente puedes manejar a un bombero terco y gruñón.

Sus manos se movían ágilmente entre los arbustos, llenando su canasta con bayas jugosas y maduras mientras trazaba un plan en su mente. Si William no acudía a ella, entonces tendría que encontrar una manera de llevarlo a su mundo, incluso si eso significaba ser creativa.

—Bien —dijo, con un brillo decidido en los ojos—. Veamos si estas bayas pueden obrar algo de magia.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

El sol matutino brillaba sobre el animado mercado local de Love Springs. Elsie Martin, la amable y acogedora mujer que dirigía el mercado, se enorgullecía de cómo unía al pueblo. Tenía un don para descubrir talento y nutrir el potencial, guiando hacia el éxito a quienes necesitaban ayuda.

—Buenos días, Aurora —saludó Elsie con una sonrisa a una de sus habituales—. Veo que tienes el ojo puesto en esos hermosos tomates.

—Así es —respondió Aurora—. No hay nada mejor que una ensalada fresca de tomate y mozzarella en una cálida noche de verano. Randall me envió a recoger algunos. Son sus favoritos.

Violeta serpenteaba entre los vibrantes puestos, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras sujetaba su gran cesta de bayas recién recogidas. Hoy era el día en que pondría en marcha su plan. Con William evitándola a cada paso, decidió crear una oportunidad para conectar con él llevando sus bayas al mercado ella misma. Sabía que los bomberos solían pasar por aquí durante su hora de almuerzo, así que definitivamente tendría la oportunidad de entablar una conversación con él.

—Muy bien, Violeta —murmuró para sí misma—. Es hora de poner tu encanto a trabajar.

Mientras preparaba su nuevo puesto de bayas, la mente de Violeta se llenó de posibles escenarios y ingeniosos diálogos. Se imaginó mencionando casualmente los experimentos con bayas híbridas que había iniciado y continuado después de ver las viejas notas de su abuelo, despertando el interés de William y atrayéndolo más cerca.

—¡Hola, Violeta! —dijo Elsie, saludándola con un gesto mientras se acercaba a su mesa, sacando a Violeta de sus pensamientos—. ¡Estas bayas se ven absolutamente increíbles! Me alegro de que finalmente estés aquí.

—Gracias, Elsie —dijo Violeta, radiante—. He estado trabajando duro en la granja, intentando honrar el legado de mi abuelo. Pensé que debía venir y mostrarles a todos la nueva cara detrás de sus bayas.

—Tu abuelo estaría muy orgulloso de ti, cariño —dijo Elsie, dándole una palmadita cariñosa en la mano—. Ahora, ¡veamos cómo haces algunas ventas!

Violeta pasó la mañana interactuando con los clientes, su entusiasmo por sus bayas resultó contagioso. Todo el tiempo, mantuvo un ojo avizor en busca de la familiar figura con uniforme de bombero.

—Concéntrate, Violeta —se regañó en voz baja, mientras su atención se desviaba—. Estás aquí para vender bayas y hacer conexiones, ¿recuerdas?

Cuando se acercaba la hora del almuerzo, los vio: el equipo de la estación de bomberos, con

William caminando entre ellos. Su corazón dio un vuelco, pero se mantuvo firme y esbozó su sonrisa más seductora. Mientras los hombres se acercaban, tomó una de sus bayas híbridas experimentales de la cesta y la sostuvo como un trofeo.

—¡Les presento la mora de Love Springs! —anunció, su voz resonando por todo el mercado —. ¡Un delicioso bocado, ligeramente agridulce, que sin duda te hará enamorarte!

William se detuvo a mitad de paso, sus ojos se cruzaron con los de ella por un instante antes de apartar la mirada, un leve rubor coloreando sus mejillas. Y así, la primera chispa del romance se reavivó...

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

A medida que el sol ascendía en el cielo, Violeta llegó una vez más al mercado local de Love Springs, cargando aún más cestas llenas de jugosas y vibrantes bayas. El aroma de la fruta madura se mezclaba a la perfección con el toque terroso de las verduras frescas y la fragancia dulce de los pasteles caseros de otros puestos del mercado, creando una mezcla embriagadora que hizo rugir el estómago de Violeta.

—¡Buenos días, Violeta! —la saludó Elsie al acercarse, con sus amistosos ojos verdes brillando bajo su desordenado moño de rizos grises—. ¿Qué nos has traído hoy?

—Hola, Elsie —respondió Violeta, recuperando el aliento—. He traído mi última cosecha de bayas, incluidas algunas nuevas variedades híbridas en las que he estado trabajando a partir de las notas de mi abuelo. Tayberries y boysenberries.

—¡Fantástico! ¡No puedo esperar a probarlas! —exclamó Elsie, juntando las manos emocionada. Le encantaba ayudar a la gente de Love Springs a mostrar sus talentos y su arduo trabajo, y no tenía dudas de que las bayas de Violeta serían todo un éxito—. Vamos a preparar tu puesto.

—Gracias, Elsie —dijo Violeta, curvando sus labios en una sonrisa decidida.

Sabía que llevar sus bayas al mercado no solo ayudaría a impulsar las ventas, sino que también crearía más oportunidades para reconectar con William.

Mientras tanto, al otro lado del mercado, William sintió una atracción inexplicable hacia el puesto de bayas de Violeta. No podía explicarlo con exactitud, pero había algo en su presencia que removía sentimientos que había intentado esconder estos últimos días, sentimientos que había enterrado profundamente en sí mismo antes de conocerla, sentimientos que había luchado por mantener a raya desde que su trágico pasado lo había dejado marcado y reacio a los compromisos emocionales.

Violeta había cambiado todo eso y no estaba seguro de que hubiera vuelta atrás ahora, por mucho que lo intentara.

—Oye, Will —lo llamó uno de sus compañeros bomberos, sacándolo de sus pensamientos—. ¿Vienes a almorzar con nosotros hoy?

—Uh, sí, claro —gruñó William, apartando la mirada del puesto de Violeta.

—¡Genial! Podemos probar esas nuevas bayas de las que todo el mundo habla —sugirió su compañero, ajeno al conflicto que se gestaba en el interior de William.

A medida que se acercaban al puesto de Violeta, William podía sentir cómo se le aceleraba el ritmo cardíaco y las palmas de las manos le sudaban. Sabía que debía evitarla; acercarse demasiado a alguien era un riesgo que no podía permitirse en su línea de trabajo, pero había algo en ella que lo atraía como una polilla a la llama.

—Hola, Will —dijo Violeta, tímida, con sus ojos de avellana brillando—. ¿Has probado la mora de Love Springs? No creo que lo hayas hecho. Es una mezcla única de dulce y agrio, igual que alguien que conozco.

—Uh, no, todavía no —tartamudeó William, desconcertado por su atrevimiento.

No podía evitar verse afectado por ella, por mucho que intentara negarlo.

—Prueba una —dijo ella, sonrojada, ofreciéndole una jugosa y abultada baya.

—Gracias —murmuró él, tomando la baya y metiéndosela en la boca.

Mientras los ricos y complejos sabores danzaban en su lengua, no pudo evitar quedar impresionado. Y al mirar los expectantes y esperanzados ojos de Violeta, sintió que algo cambiaba dentro de él; tal vez, solo tal vez, era hora de dejar ir sus miedos y darse una segunda oportunidad para la felicidad.

—Deliciosa —susurró, cautivado, mientras el rostro de Violeta se iluminaba como el sol de la mañana.

CAPÍTULO CUARENTA

William se encontraba en las afueras del bullicioso mercado, con un ceño fruncido tirando de las comisuras de su boca. Observaba a Violeta desde lejos mientras ella reía y charlaba con Elsie Martin, quien se encontraba ocupada ayudando a alguien a organizar un vibrante puesto de productos. Su corazón anhelaba unirse a ellas, pero se contuvo, enraizado en su sitio por el pesado peso del temor que se aferraba a él como una opresiva sombra.

—¿Will? ¿Eres tú? —llamó Violeta, al verlo de pie allí.

Sus ojos color avellana brillaban con calidez y curiosidad, lo que hizo que su pecho se apretara dolorosamente.

—Ah, hola —dijo, tratando de sonar casual y fracasando miserablemente.

Por mucho que quisiera hablar con ella de nuevo, el apretado nudo de ansiedad en su interior hacía casi imposible la tarea. Forzó una sonrisa en su rostro, pero se sintió más como una mueca.

—¡Ven aquí y conversa con nosotras! —insistió Violeta, con una voz cálida e invitante—. Elsie acaba de contarme sobre algunas nuevas recetas en las que Aurora ha estado trabajando en la Panadería Delicia del Amor.

—Claro —dijo William vacilante, dando un pequeño paso al frente, y luego otro.

Antes de darse cuenta, se encontraba junto a las dos mujeres, sintiéndose incómodo y expuesto.

—Me alegra verte de nuevo, Will —dijo Elsie, saludándolo amablemente, sabiendo de sobra por lo que el pobre hombre había pasado.

—Gracias, Elsie —gruñó, asintiendo ligeramente con la cabeza.

—¿Aún no has probado ninguna de mis nuevas bayas? —preguntó Violeta, señalando el colorido despliegue sobre la mesa—. ¡Son absolutamente deliciosas!

—Ah, no, todavía no —admitió, lanzándole una rápida mirada mientras ella tomaba una jugosa frambuesa roja y se la metía en la boca.

—Toma —dijo, ofreciéndole una con una sonrisa—. Realmente deberías probarlas. Son increíbles.

—Está bien —respondió, tomando la baya de sus dedos con delicadeza y saboreando el dulce y agrio sabor que explotó en su lengua—. Vaya, eso realmente está bueno.

—¿Ves? ¡Te lo dije! —exclamó Violeta, radiante, sus ojos bailando de alegría.

—Violeta me estaba contando sobre sus planes para la granja —intervino Elsie, percibiendo la incomodidad de William y tratando de facilitar su entrada en la conversación—. Está pensando en lanzar una nueva línea de mermeladas y conservas utilizando estas bayas.

—¿Ah, sí? —preguntó, realmente intrigado.

Cuanto más tiempo pasaba alrededor de Violeta, más difícil se volvía mantener sus barreras

emocionales. Se arriesgó a lanzarle otra mirada, notando cómo su rostro se iluminaba cuando hablaba de sus sueños y ambiciones. Siempre le había encantado eso de ella.

—Absolutamente —respondió ella, su voz rebosante de emoción—. Creo que realmente podría despegar, especialmente si logramos encontrar sabores únicos que la gente no haya probado antes.

—Suena como una gran idea —dijo él, permitiéndose lentamente ser atraído a la conversación.

Con cada momento que pasaba, podía sentir las pequeñas grietas que se formaban en las paredes que había intentado reconstruir alrededor de su corazón, grietas que amenazaban con dejar entrar la luz, el calor y el amor que se había negado durante tanto tiempo.

—Tal vez podrías ayudar a Violeta a idear algunas ideas, Will —sugirió Elsie, sus ojos brillando con picardía—. Tienes buen paladar, y apuesto a que tendrías sugerencias interesantes.

—Quién sabe —añadió Violeta juguetonamente, dándole un suave codazo en el brazo—, incluso podría ser divertido.

—Tal vez —aceptó vacilante, con el corazón latiéndole en el pecho.

Estaban haciendo grietas en sus defensas, y a pesar de que cada instinto le gritaba que huyera, se encontró deseando quedarse, tomar una oportunidad para ser feliz una vez más.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Los ojos de Violeta se abrieron de par en par al mirar las bayas en sus manos, mientras una idea loca se formaba en su mente. No pudo evitar soltar una risita al considerar la posibilidad.

—Oye, Will —dijo, volviéndose hacia él con una sonrisa traviesa—. Tengo una idea para una nueva mermelada de bayas.

William arqueó una ceja, su curiosidad despertada a pesar de sus reservas. —¿Ah, sí? ¿De qué se trata?

—Combinemos algunas de nuestras mejores bayas y hagamos algo que te represente —dijo Violeta, emocionada.

—¿A mí? —preguntó William, sorprendido por la repentina atención.

Su corazón comenzó a latir con fuerza, la incertidumbre y la intriga librando una batalla en su interior.

—¡Sí! —dijo Violeta, sus ojos brillando—. Eres una parte tan importante de este pueblo, y creo que sería genial tener algo que rinda homenaje a ti y al duro trabajo que haces.

—Está bien —dijo él con vacilación, observando cómo Violeta combinaba meticulosamente los sabores de sus mermeladas más jugosas, mezclando hábilmente diferentes texturas y colores.

Admiró su concentración y creatividad, sintiendo una extraña calidez extendiéndose por su pecho.

—¡Aquí está! —exclamó Violeta victoriosa, sosteniendo su creación. La mermelada era de un rojo profundo y vibrante con un ligero tono ahumado, y su color único parecía encarnar la fuerza y la resistencia que William llevaba dentro. —La llamaré... ¡Mermelada del Bombero Gruñón!

William no pudo evitar reír ante el inesperado nombre, arrugando las esquinas de sus ojos. Pero debajo de la diversión, un pinchazo de culpa y miedo lo carcomía. El hecho de que Violeta hubiera pensado en crear algo en su honor lo conmovió profundamente, pero también le recordó cuánto tenía que perder si la dejaba entrar en su vida.

—¿Mermelada del Bombero Gruñón, eh? —dijo, tratando de mantener su voz ligera a pesar del torbellino de emociones que se agitaba bajo la superficie—. No sabía que fuera *tan* gruñón.

—Tal vez no *todo* el tiempo —ofreció Violeta con una sonrisa burlona—. Pero definitivamente es parte de tu encanto.

—¿Tengo encanto? Ahora estás inventando cosas —bromeó William, aunque internamente luchaba con la creciente atracción hacia Violeta.

Había tratado de mantenerse alejado de ella, por su propio bien, pero cuanto más intentaba alejarse, más se negaba ella a aceptarlo.

Su especial homenaje, tan inesperado e inconvencional como era, lo hizo sentirse visto y

apreciado de una manera que no había experimentado en años. Y por mucho que quisiera protegerse del posible sufrimiento, no podía negar la poderosa conexión que se había estado formando entre ellos durante meses.

—Tal vez —dijo ella con coquetería, sin apartar sus ojos de los de él—. Pero en serio, Will, creo que esta mermelada de bayas podría ser algo especial, igual que tú.

Mientras William miraba la Mermelada del Bombero Gruñón, se dio cuenta de que quizás, solo quizás, podría arriesgarse a dejar entrar a alguien de nuevo. Nunca lo sabría a menos que lo intentara, y con Violeta a su lado, sentía que finalmente podría estar listo para enfrentar el miedo que lo había mantenido cautivo durante tanto tiempo.

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

Ava Rodríguez se encontraba en las sombras de su oficina del centro, sosteniendo una taza de café mientras contemplaba las concurridas calles de Love Springs. El pueblo bullía de emoción por la última historia de éxito de un pueblo pequeño: Violeta Clarke y su próspera granja de bayas. Los dientes de Ava se apretaron al pensarlo, con sus celos ardiendo como un café hirviente bajo su fría apariencia. Le dio un amargo sorbo a su taza, el calor no lograba aliviar el frío de su corazón.

—Buenos días, Señora Rodríguez —la saludó una voz tímida desde la puerta.

—Buenos días, Lila —espetó Ava, girándose hacia su asistente—. ¿Hay algo interesante que informar?

—De hecho, hay algunas noticias sobre la granja de Violeta —dijo Lila vacilante, entregándole a Ava una página del periódico local.

El titular decía:

'La granja de bayas local florece bajo una nueva gestión'.

—Por supuesto —murmuró Ava entre dientes mientras leía el artículo. Una idea comenzó a tomar forma en su mente, encendiendo el fuego de la venganza dentro de ella—. Lila, quiero que extiendas un pequeño rumor por mí.

—¿Un rumor, Señora? —preguntó Lila, frunciendo el ceño con preocupación.

—Nada demasiado dañino, solo algo para nivelar el campo de juego —dijo Ava, tratando de sonar despreocupada—. Dile a todos que Violeta Clarke está utilizando productos químicos dañinos en sus cultivos. Eso hará que la gente lo piense dos veces antes de comprar sus preciadas bayas.

—¿Está segura de que esa es una buena idea? —preguntó Lila, claramente incómoda con el plan—. Ella no lo está haciendo, ¿verdad?

—No importa si lo está haciendo o no. Confía en mí, Lila, es brillante —le dijo Ava—. Ahora, manos a la obra. Tenemos un negocio que dirigir y una joven molestia a la que poner en su lugar.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

—Hola, Señor Bombero Gruñón —saludó Violeta con una sonrisa coqueta mientras William se acercaba una vez más a su puesto de bayas—. ¿Le apetece probar algo dulce y jugoso?

—No me tientes —refunfuñó, pero a pesar de sí mismo, una pequeña sonrisa tiraba de la comisura de sus labios.

Cogió una de las bayas y se la metió en la boca, saboreando la dulce explosión de sabor en su lengua.

—Vaya, estas sí que están buenas —admitió, mirando a Violeta con expresión impresionada —. Tienes un toque mágico con estas bayas.

—Gracias —dijo ella, sus mejillas sonrojadas de felicidad—. Significa mucho viniendo de ti. Ahora, dejando a un lado los flirteos, ¿qué te parece si damos un paseo juntos por el mercado? Me encantaría enseñarte algunos de mis puestos favoritos.

—De acuerdo —aceptó William, vacilante pero asintiendo—. Me apunto.

No podía evitar seguir sintiéndose atraído por esta hermosa mujer, aunque cada instinto le decía que se mantuviera alejado.

Mientras paseaban juntos por el mercado, se detuvieron en varios puestos, riéndose de los chistes coquetos del otro e intercambiando historias sobre sus vidas en el pequeño pueblo. Debatieron sobre los méritos de los pepinillos caseros frente a los comprados en la tienda, y se tomaron el pelo mutuamente acerca de sus habilidades culinarias... o la falta de ellas.

—¿Espera, me estás diciendo que no sabes cocinar en absoluto? —preguntó Violeta, incrédula, abriendo mucho los ojos.

—¡Eh, nunca he dicho eso! —protestó William, fingiéndose ofendido—. Preparo unos excelentes bocadillos de queso a la plancha... a veces.

—¿A veces? —dijo Violeta, riendo y negando con la cabeza—. Bueno, tal vez tendré que enseñarte un par de cosas en la cocina.

—Tal vez lo harás —respondió William, su corazón acelerándose ante la idea de volver a pasar tiempo a solas con Violeta.

El miedo que una vez lo había retenido comenzaba a desvanecerse, reemplazado por una creciente sensación de esperanza y posibilidad.

—Prométeme una cosa, Will —dijo Violeta de repente, su expresión seria mientras lo miraba a los ojos—. Prométeme que siempre intentarás ver lo bueno en ti mismo, incluso cuando sea difícil.

—Violeta... —susurró. Dudó un momento, luego asintió, su voz cargada de emoción—. Te lo prometo.

—Bien —dijo ella, sonriendo cálidamente—. Porque creo en ti, Señor Bombero Gruñón. Y creo que juntos podemos lograr grandes cosas.

Mientras continuaban caminando de la mano por el mercado, William sabía en el fondo que Violeta tenía razón. Por primera vez en años, se sentía realmente vivo, y con ella a su lado, no había nada que no pudieran superar. El sol brillaba intensamente sobre ellos, proyectando un cálido resplandor vespertino sobre el bullicioso mercado, y en ese momento, parecía que todo era posible.

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

En el mercado de agricultores de Love Springs, Violeta estaba detrás de su mesa de fresas jugosas y regordetas, resplandeciendo de orgullo. A su lado, William se recostaba contra la mesa con un destello travieso en sus ojos mientras la observaba interactuar con sus clientes.

—Violeta, estas fresas están absolutamente deliciosas —exclamó una mujer—. ¡Sigue con el buen trabajo!

—¡Muchas gracias! —dijo Violeta, con las mejillas ruborizadas de felicidad.

Mientras la mujer se alejaba, William se rio entre dientes. —Realmente te estás haciendo un nombre en Love Springs.

—Gracias a ti —le dijo Violeta, dándole un codazo juguetón—. No lo habría logrado sin tu ayuda, ya sabes.

Su momento de celebración fue interrumpido por un anciano que se acercaba a la mesa.

—¿Es cierto lo que están diciendo? —preguntó con voz temblorosa de rabia—. ¿Estás usando químicos dañinos en tus cultivos? ¿Nos estás envenenando a todos?

—¿Disculpe? —tartamudeó Violeta, desconcertada por la acusación.

—Me enteré por Lila, de la granja de Ava —dijo el hombre, con el rostro enrojecido de indignación—. ¡No intentes negarlo! Ella dijo que no te importa la gente de Love Springs y que solo estás haciendo dinero rápido a costa de nuestro sufrimiento antes de irte!

—Señor, le aseguro que eso *no* es cierto —protestó Violeta, con los ojos llenos de lágrimas hirientes—. Mi abuelo construyó esta granja bajo los principios de honestidad y trabajo duro. Nunca haría nada para lastimar a nadie ni comprometer la calidad de nuestros productos o su legado.

—¡Entonces será mejor que encuentres una manera de demostrarlo! —advirtió el hombre antes de irse enfurecido.

—¿Quién iniciaría un rumor tan malicioso? —preguntó Violeta en voz alta, con el corazón destrozado ante la idea de perder la confianza de la comunidad.

—Parece algo que Ava Rodríguez haría. Probablemente puso a Lila a hacerlo —dijo William, con la mandíbula apretada de enojo—. No te preocupes, Violeta. Llegaremos al fondo de esto y nos aseguraremos de que todos conozcan la verdad sobre tu granja.

—Gracias, Will —susurró ella, agradecida por su apoyo—. No sé qué haría sin ti.

CAPÍTULO CUARENTA Y CINCO

Una cálida brisa mecía las altas hierbas de la granja de bayas, trayendo consigo el dulce aroma de la fruta madura. Violeta se encontraba debajo de una hilera particularmente frondosa de matas de frambuesa, con las manos teñidas de rojo por recoger las delicadas bayas. Con cada día que pasaba, se encontraba cada vez más apegada a William, ya que pasaban tiempo juntos de nuevo, y su conexión se profundizaba aún más mientras ambos bajaban la guardia.

Después de la acusación en el mercado local, había decidido tomarse un descanso y enfocarse de nuevo en la granja. Afortunadamente, William había ofrecido pasar por allí y ayudarla como solía hacerlo.

—¡Hey, Violeta! —gritó William, trotando hacia ella con una sonrisa en el rostro—. Creo que he perfeccionado mi técnica para recoger moras. ¿Quieres ver?

Ese era el Will que había extrañado. Ese era el hombre al que quería que regresara.

Violeta se rio, limpiándose las manos con su delantal. —Por supuesto. Muéstrame lo que tienes.

—Prepárate para quedar asombrada —dijo, conduciéndola hasta un arbusto cercano cargado de jugosas moras. Con movimientos ágiles y prácticos, recogió varias bayas sin aplastar ni una sola—. ¿Ves? Ninguna baja.

—Muy impresionante, Will —dijo ella, riendo ante su expresión triunfante.

Mientras trabajaban juntos en la granja, la fácil charla continuó entre ellos, llenando el aire con risas y bromas ligeras.

Pero a medida que el sol se hundía más en el horizonte, proyectando largas sombras sobre la granja, el estado de ánimo de William comenzó a cambiar. Se volvió más callado, con el ceño fruncido como si estuviera perdido en sus pensamientos. Percibiendo su cambio de actitud, Violeta tocó suavemente su brazo, con preocupación evidente en sus ojos.

—¿Estás bien, Will? —preguntó en voz baja, buscando respuestas en su rostro.

William vaciló por un momento antes de negar con la cabeza, como si intentara deshacerse de pensamientos indeseados.

—No, realmente no —admitió, con voz apenas audible—. Hay algo que he querido decirte, pero temo que pueda cambiar la forma en que me ves.

Violeta apretó su brazo para darle ánimo, sus ojos color avellana llenos de calidez y comprensión. —Estoy aquí para escucharte, Will. Puedes decirme cualquier cosa.

Tomando una profunda respiración, William finalmente se abrió, y las palabras brotaron como agua liberada de una represa.

—Cuando recién comenzaba como bombero, hubo un incendio de casa —dijo, con la voz cruda de emoción—. El que te conté antes. La familia quedó atrapada adentro y logré salvar a los

padres, pero... su pequeña hija... —Su voz se quebró y tuvo que tragar saliva antes de continuar —. No pude llegar a ella a tiempo. Después de la última emergencia, cuando te dejé ese día en la granja, comencé a tener pesadillas sobre eso de nuevo. Excepto que esta vez, en mi sueño, eras tú a quien no podía salvar.

El peso de su culpa colgaba densamente entre ellos, y el corazón de Violeta se encogió por él. Ella extendió la mano y tomó la suya, dándole un apretón reconfortante.

—No puedes culparte por lo que sucedió en ese entonces, Will —le dijo—. Hiciste todo lo posible, y estoy segura de que los padres están agradecidos por tu valentía. Estoy aquí también. Es solo un sueño.

—No importa cuántas veces me diga eso, la culpa no desaparece —dijo él, con los ojos color café brillando con lágrimas contenidas—. Es por eso que me he vuelto tan estricto y disciplinado en el trabajo, por lo que he construido estas paredes a mi alrededor. No quiero que nadie más salga lastimado por mis errores. No quiero que *tú* salgas lastimada por mi culpa.

—Will —dijo Violeta con suavidad, tomando su rostro entre sus manos y obligándolo a mirarla a los ojos—. Todos tenemos nuestros traumas del pasado, cosas que desearíamos poder cambiar o hacer de manera diferente. Pero eso no significa que no seas digno de amor o felicidad. Eres un hombre increíble y estoy muy agradecida de haberte conocido. No vas a lastimarme.

Mientras se miraban a los ojos, algo cambió dentro de William: una sensación de alivio lo inundó al permitirse ser verdaderamente vulnerable con Violeta.

CAPÍTULO CUARENTA Y SEIS

Violeta se sentó en el columpio del porche, mientras el sol proyectaba un suave resplandor sobre su rostro. Cerró los ojos y respiró hondo. El aroma de las flores de bayas inundaba el aire, recordándole los interminables veranos recogiendo fruta con su abuelo cuando era más joven. Si tan solo hubiera conocido a Will en aquella época, ¿qué habría sucedido entre ellos?

Al abrir los ojos, lo encontró apoyado en la barandilla del porche, observándola con una sonrisa gentil que llegaba a sus ojos marrones.

—¿Te importa si me uno a ti? —preguntó, con un deje de timidez en su voz.

—Por supuesto que no —respondió ella, dando unas palmaditas en el espacio vacío a su lado —. Me encanta pasar tiempo contigo.

Cuando William se sentó, sus hombros se rozaron, provocando un escalofrío en la espina dorsal de Violeta. Se mecieron suavemente hacia adelante y hacia atrás, disfrutando del cómodo silencio entre ellos antes de que William tomara la palabra.

—Violeta, quería agradecerte por ser tan comprensiva con mi pasado —dijo en voz baja, la vulnerabilidad evidente en la forma en que sus manos se movían inquietas sobre su regazo—. Significa mucho tener a alguien con quien pueda abrirme.

—Will, siempre estaré aquí para escucharte —lo tranquilizó Violeta—. Todos tenemos nuestras cicatrices, pero no nos definen. Tu fortaleza y dedicación fueron lo que me atrajo de ti desde un principio.

William sonrió, sus ojos brillando con gratitud. —¿Sabes? Tenemos algo en común. Mi padre solía llevarme a pescar cuando era joven, al igual que tu abuelo te enseñó a recoger bayas. Esos recuerdos lo son todo para mí ahora. Ese es uno de mis recuerdos más felices. Solo quería compartirlo contigo.

—¿En serio? —dijo Violeta, sus ojos brillando de emoción—. Hagamos un pacto: seguiremos creando nuevos y felices recuerdos juntos.

—Trato hecho —dijo William, estrechando su mano mientras intercambiaban cálidas sonrisas.

—Hablando de eso... —Violeta vaciló, mordiéndose el labio inferior—. ¿Qué opinas de intentar volver a salir juntos? No quería mencionarlo demasiado pronto, pero te he echado un poco de menos, así que...

—Violeta —dijo William, su voz cargada de una mezcla de aprensión y esperanza—. No puedo prometer que mi pasado no intentará atormentarnos, pero estoy dispuesto a luchar por nuestra felicidad si tú lo estás. Si me aceptas de vuelta.

—Entonces está decidido —dijo Violeta, su sonrisa radiante como el sol—. Enfrentaremos lo que venga, juntos.

—Juntos —repitió William, su corazón hinchado de renovada esperanza y amor.

Se sentaron allí, uno al lado del otro en el columpio del porche, sus risas fundiéndose con la dulce brisa veraniega. Y cuando la tarde dio paso a la noche, el sol se puso y la oscuridad llenó el cielo, ella tomó la mano de su hermoso y sexy bombero y lo condujo al interior de su casa.

Él tragó saliva cuando ella, sin decir palabra, lo llevó hasta su dormitorio.

—¿Esto está bien? —preguntó Violeta, mirándolo con esperanza y la puerta aún abierta.

—Más que bien —respondió William, cerrando la puerta con el talón antes de tomarla en brazos y llevarla a su cama.

CAPÍTULO CUARENTA Y SIETE

Parecía una eternidad desde la última vez que habían hecho el amor. Y tantas cosas habían sucedido entre ellos desde entonces.

Violeta soltó una risita mientras William la llevaba a la cama, pero en cuanto llegaron, tenía otras intenciones para él.

Cuando la dejó sobre la cama, ella se volvió para mirarlo, clavando sus ojos en los oscuros de él.

—Quiero hacerte sentir bien esta vez, Will —dijo—. Quiero que sepas lo importante que eres para mí.

Él tragó saliva, observándola, y asintió con la cabeza.

—Me gustaría eso —le dijo.

Y así, ella se puso a trabajar. Riendo entre dientes, empujó a su sexy bombero sobre la cama. Él cayó hacia atrás, rebotando en el borde de la cama antes de acomodarse. Cuando ella se acercó a sus pantalones, él la ayudó, levantando las caderas mientras ella desabrochaba el botón y la cremallera. Deslizó sus pantalones y boxers por sus piernas, luego le quitó los zapatos uno por uno antes de arrancarle por completo los pantalones y la ropa interior, dejando sus prendas en un montón a los pies de la cama.

Cuando William comenzó a quitarse la camisa, Violeta rápidamente separó sus muslos y se arrodilló. Él definitivamente estaba preparado para ella. Antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, Violeta envolvió sus dedos alrededor de su dura y caliente erección, acariciándola hacia abajo antes de envolver sus labios a su alrededor.

William gimió, con la camisa a medio quitar. Apresuradamente se la quitó por completo y la arrojó al piso junto al resto de su ropa.

—¡Violeta! —dijo con un jadeo mientras ella trabajaba su verga, dejándole saber exactamente cuánto deseaba que se sintiera bien.

Ella lo saboreó, rodeando la punta con su lengua como si fuera una fresa cubierta de crema batida y quisiera saborear cada dulce pulgada. William respiraba cada vez más agitado, su verga tensándose y palpitando en la mano de ella. Más, empujándolo hasta sus límites y más allá, pronto terminó con una deliciosa boca llena de la más dulce crema imaginable.

William gruñó, liberando su tensión contenida. Una vez que terminó, Violeta se apartó, sonriéndole mientras se lamía los labios.

—Gracias por dejarme hacer eso —dijo, provocándolo, riendo suavemente.

—Ha pasado demasiado tiempo —dijo William, mirándola con una sonrisa—. Aún no he terminado, Señorita Clarke.

—¿Oh? —comenzó a preguntar, pero en ese punto ya era demasiado tarde.

William se puso de pie, envolviéndola con sus brazos, abrazándola con fuerza. Rápidamente deshizo sus ropas, revelando su hermosa desnudez en un abrir y cerrar de ojos. Su dureza, su calor, su deseo por ella; nunca vaciló. Podía sentir su ardiente y palpitante erección presionando firmemente entre sus muslos mientras se mantenían tan íntimamente cerca.

Sin una palabra, sin un momento de vacilación, William la levantó en sus brazos. Violeta envolvió sus piernas apretadamente alrededor de su cintura. Cuando bajó un poco más, él se alineó perfectamente, su crema con su fruta. Ella dejó escapar un suspiro satisfecho cuando la penetró con su verga, su cuerpo anhelando cada pulgada de él dentro de ella.

Él la levantaba y bajaba, reclamándola como suya, necesitando esto, aquí y ahora. Después de unas cuantas embestidas urgentes, la llevó a la cama, uniéndose ambos perfectamente.

—Violeta —susurró William contra sus labios, besándola con pasión mientras hacía el amor con ella, cuerpo, corazón y alma.

Violeta emitió un sonido, necesitando desesperadamente terminar lo que habían comenzado juntos. Gimió mientras él se hundía profundamente dentro de ella. Envolviendo sus piernas aún más apretadas alrededor de él, lo apretó con tanta fuerza, tan cerca, que no podría alejarse incluso si lo intentara.

William empujó profundamente, frotándose contra ella, teniendo un segundo orgasmo en apenas unos minutos. Violeta jadeó y se retorció en la cama, su propio orgasmo climático ocurriendo poco después.

Permanecieron ahí, besándose, sin querer separarse o apartarse, hasta que finalmente se quedaron dormidos en los brazos del otro, cómodos, felices y juntos.

CAPÍTULO CUARENTA Y OCHO

Violeta estaba sentada en el columpio del porche, retorciendo nerviosamente un mechón de su ondulado cabello castaño mientras William caminaba de un lado a otro frente a ella. Los frescos rayos del sol poniente bañaban la granja con una suave luminiscencia púrpura, en marcado contraste con la tensión que colgaba en el aire.

—Will, tenemos que hacer algo —dijo Violeta, sus ojos avellana rebosantes de determinación—. No podemos dejar que Ava siga difundiendo mentiras sobre la granja. No puedo seguir escondiéndome aquí con la esperanza de que los rumores se detengan.

—Estoy de acuerdo —respondió él, frotándose la fuerte mandíbula pensativamente—. ¿Qué tal si contratamos una empresa de relaciones públicas para ayudar a contrarrestar las mentiras? Podrían crear una campaña que muestre el amor y la dedicación que pones en tus bayas. Podríamos hacer un anuncio y transmitirlo en la televisión local.

—¿Crees que funcionaría? —preguntó Violeta, mordiéndose el labio con incertidumbre.

—Sólo hay una forma de averiguarlo —respondió él, dedicándole una sonrisa traviesa—. Además, es mejor que quedarnos aquí sin hacer nada.

—De acuerdo, hagámoslo —dijo ella, curvando sus labios en una sonrisa mientras intercambiaban una mirada cómplice, su reciente química romántica innegable—. Pero también deberíamos mejorar nuestra estrategia de marketing, asegurarnos de que la gente sepa la verdad sobre nuestros productos.

—Buena idea —asintió William con aprobación—. Nos aseguraremos de que todos sepan que tus bayas son las mejores en Love Springs.

—¿Estás seguro de que estás listo para esto? —preguntó Violeta, escrutando sus ojos en busca de cualquier signo de duda—. No quiero arrastrarte a mis problemas.

—Oye —dijo suavemente, colocando sus manos musculosas sobre sus hombros con gentileza—. No me estás arrastrando a ninguna parte. Quiero estar aquí, ayudándote, porque creo en lo que estás haciendo y me importas.

—Gracias —susurró ella, su corazón rebosante de gratitud—. Tu ayuda lo es todo para mí.

—Siempre, Violeta —dijo él, sus ojos clavados en los de ella.

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad, Violeta y William trabajando sin descanso para proteger la granja de bayas. Investigaron estrategias de marketing, se reunieron con una empresa local de relaciones públicas y pasaron horas ideando propuestas para mostrar la calidad de sus productos en un próximo anuncio.

—Oye, Violeta, ¿qué opinas de organizar una jornada de puertas abiertas? —preguntó William una noche, su cabello oscuro húmedo por el trabajo del día en los campos—. Podríamos invitar a la comunidad a mostrarles cómo se cultivan y cosechan las bayas. Todo al aire libre

para que todos lo vean.

—¡Perfecto! —exclamó Violeta, entusiasmada, juntando las palmas de sus manos con emoción—. Así, podrán ver de primera mano que no usamos químicos dañinos en nuestros cultivos. Eso, y el anuncio, deberían hacer la magia.

—Exactamente —dijo él, sonriéndole, complacido con su entusiasta respuesta—. Lo convertiremos en un evento divertido, con degustaciones de bayas, recorridos por la granja e incluso música en vivo.

—¡Hagámoslo! —dijo ella, sus ojos brillando de emoción—. Juntos, mostraremos a todos la verdad y protegeremos la granja.

—Absolutamente —afirmó William con voz firme—. Superaremos los intentos de sabotaje de Ava y saldremos más fuertes que nunca.

Mientras se ponían a trabajar en la planificación de la jornada de puertas abiertas, Violeta no pudo evitar sentir una renovada esperanza. Con William a su lado, enfrentarían cualquier desafío, su amor y pasión por la granja de su abuelo uniéndolos de una manera que nunca antes había experimentado.

—Brindemos por nosotros —dijo Violeta, levantando su vaso de limonada de arándanos casera.

—Brindemos por nosotros —dijo William, chocando sus vasos.

CAPÍTULO CUARENTA Y NUEVE

Hacía mucho que el sol se había puesto en el pintoresco y pequeño pueblo. Ahora solo brillaban las luces de las calles mientras Violeta y William paseaban juntos por las empedradas calles del centro. Era su primera cita oficial, y habían pasado la velada en un acogedor pub local, donde compartieron una copiosa comida, risas e historias de sus vidas antes de que el destino los uniera en Love Springs.

—¿De verdad pensaste que iba a dejar que esa cabra se comiera mis apreciadas azaleas? —preguntó Violeta, con los ojos llenos de humor.

—¡Hey, tenía que intentarlo! —dijo William entre risas, sus anchos hombros moviéndose con regocijo—. Después de todo, fuiste tú quien me dijo que debía estar más abierto a nuevas experiencias.

—Es cierto —admitió Violeta, dándole un codazo juguetón—. Pero me refería a probar nuevos alimentos o ir de excursión, no a soltar animales de granja en los jardines de los vecinos desprevenidos.

—Lección aprendida —convino William, sonriéndole mientras continuaban su paseo tranquilo.

La noche estaba llena del suave sonido de los grillos y el distante murmullo del río, creando una atmósfera de tranquilidad que los envolvía como una manta suave. El aire era cálido y fragante con el aroma del pasto cubierto de rocío y las flores en flor.

A pesar de las risas y las bromas ligeras, Violeta no pudo evitar notar las sutiles señales de tensión en el rostro de William. De vez en cuando, fruncía el ceño y su mirada se perdía en un punto invisible a la distancia. Parecía preocupado, como si algo lo inquietara profundamente.

—William —dijo con cautela, su voz gentil pero preocupada—. ¿Estás bien? Pareces... ansioso por algo.

Él vaciló un momento, sus profundos ojos marrones encontrándose con los de ella antes de apartar la mirada.

—Lo siento, Violeta —dijo en voz baja, sus dedos trazando ausentemente el contorno de una piedra lisa que había recogido durante su paseo—. Es solo que... bueno, últimamente me he sentido intranquilo. Como si algo malo fuera a pasar.

—¿Hay algo en particular que te esté molestando? —insistió ella, sus ojos color avellana llenos de preocupación.

—Nada en particular —admitió William, pasándose los dedos por su corto cabello oscuro—. Creo que simplemente es mi pasado alcanzándome. Ya sabes cómo es: hemos pasado por tanto, y a veces parece que la vida siempre tiene más desafíos escondidos a la vuelta de la esquina.

Violeta extendió la mano para apretar suavemente la de él, ofreciéndole una sonrisa

tranquilizadora.

—Sea lo que sea lo que nos depare el futuro, lo enfrentaremos juntos, ¿recuerdas? —dijo—. Somos más fuertes juntos.

—Tienes razón —convino él, su expresión suavizándose mientras le devolvía la sonrisa—. Juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA

El día después de la primera y dulce cita de Violeta y William, Ava Rodríguez se plantó con confianza frente a una pequeña multitud reunida fuera de la granja de bayas de Violeta, sus penetrantes ojos marrones escaneando los rostros de las personas que había logrado persuadir para unirse a su causa. Sostenía un megáfono en su mano y, al levantarlo hacia su boca, no pudo evitar sentir una sensación de satisfacción.

Si esto no funcionaba, nada lo haría. Y, según la experiencia de Ava, esto *definitivamente* funcionaría. La granja y la reputación de Violeta quedarían absolutamente arruinadas después de hoy.

—¡Amigos, vecinos, conciudadanos! —bramó Ava a través del megáfono, su voz haciendo eco en el campo—. ¡Estamos aquí hoy porque nos preocupamos por Love Springs y nuestra comunidad, y por la seguridad de los alimentos que consumimos. No permaneceremos de brazos cruzados mientras alguien como Violeta Clarke envenena a nuestras familias con productos químicos dañinos!

La multitud murmuró con aprobación, algunos incluso blandiendo pancartas caseras con eslóganes como "¡No más veneno!" y "¡Violeta = Villana!".

—¡Ayúdenme a correr la voz! —continuó Ava, sus ojos brillando con determinación—. ¡Dejen reseñas negativas en línea, díganle a sus amigos, asegúrense de que todos conozcan la verdad sobre la malvada granja de bayas de Violeta!

Mientras tanto, dentro de la casa de la granja, Violeta y William disfrutaban de un momento tranquilo juntos con humeantes tazas de té cuando oyeron el repentino alboroto afuera.

—Will, ¿escuchas eso? —preguntó Violeta, sus ojos avellana muy abiertos por la preocupación—. ¿Qué está pasando?

—Quédate aquí, iré a echar un vistazo —dijo William, sus instintos protectores activándose.

Salió afuera, solo para encontrarse con la protesta organizada por Ava.

—Increíble —murmuró entre dientes, los puños apretados a los costados.

—¿Will? ¿Qué sucede? —llamó Violeta desde adentro, incapaz de contener su curiosidad por más tiempo.

—Ven a ver por ti misma —dijo él, sombrío.

Violeta se le unió en el porche, su corazón hundiéndose al ver la escena frente a ella.

—¿Cómo pudo hacer esto? —susurró, lágrimas picando en sus ojos.

—Porque está desesperada y sabe que eres una amenaza —dijo William con voz firme—. Pero no la dejaremos ganar, ¿de acuerdo? Lucharemos.

—¿Haciendo qué? —preguntó Violeta, sintiéndose completamente derrotada.

—Demostrándole a todos que tu granja está construida sobre amor, trabajo duro y, lo más

importante, honestidad —dijo él, atrayéndola hacia sí—. Nos elevaremos por encima de sus tácticas mezquinas. El comercial se transmitirá hoy en la televisión y la jornada de puertas abiertas será pronto también.

Mientras permanecían allí, abrazados el uno al otro, Violeta no pudo evitar sentirse agradecida por el inquebrantable apoyo de William. Con él a su lado, sabía que podrían resistir cualquier tormenta que Ava les enviara.

—Gracias —murmuró contra su pecho—. Juntos, podemos hacerlo.

—Maldita sea que sí, podemos —concordó él, depositando un suave beso en su frente—. Ahora, manos a la obra.

Y de alguna manera, a pesar de los desesperados intentos de Ava, algo asombroso sucedió más tarde ese día.

Continuó durante la semana mientras el comercial se transmitía en la estación de televisión local, mostrando a todos el orgullo y el compromiso que Violeta tenía con la granja de su difunto abuelo. El comercial no se trataba de vender bayas, sino de cultivar una comunidad.

Para cuando llegó el día de la jornada de puertas abiertas, la gente hacía fila fuera de la granja de bayas para tener la oportunidad de verla por sí mismos. El comercial había despertado su interés y les había recordado el arduo trabajo y la participación del abuelo de Violeta en Love Springs durante todos estos años. El compromiso de Violeta por continuar su legado los había inspirado.

Después, luego de un día exitoso mostrando a todos en el pequeño pueblo lo mucho que la granja significaba para ella, se despidió con la mano de los últimos rezagados que no podían dejar de alabar cuánto les encantaban sus bayas.

—¿Lo ves? —le dijo William, un destello de orgullo en sus ojos mientras permanecía a su lado, tomándole la mano.

—Gracias —susurró Violeta, intentando no llorar—. Estoy... tan feliz, Will. Me alegro tanto de que estés aquí conmigo en este momento.

CAPÍTULO CINCUENTA Y UNO

Después del exitoso lanzamiento del primer comercial de televisión local de Violeta y el hecho de que la jornada de puertas abiertas se llevó a cabo sin contratiempos, William le preguntó si quería celebrar yendo a una segunda cita con él.

—¿Qué piensas, Will? —le preguntó, riendo y rodando los ojos.

Ahora, se encontraban al borde del muelle iluminado por la luna, y sus risas resonaban a través de las tranquilas aguas mientras se gastaban bromas mutuamente. Una suave brisa alborotaba el cabello oscuro de William y llevaba hacia ellos el aroma del pequeño lago de la ciudad, mezclándose con el leve perfume de bayas de Violeta. Ella se apoyaba contra la baranda de madera, con los ojos brillantes mientras le contaba una historia divertida de su infancia.

—Está bien, está bien —William se reía a carcajadas, secándose una lágrima del ojo—. Esa es, sin duda, la cosa más graciosa que he escuchado en toda la semana.

—¿Verdad? —Violeta se reía tontamente, con las mejillas sonrojadas por la diversión—. Quiero decir, ¿quién hubiera imaginado que las terneras podrían causar tanto caos?

—¡Claramente no tus vecinos! —exclamó, riendo a carcajadas una vez más antes de permitirse un momento para admirar la forma en que sus labios se curvaban en una sonrisa radiante, la forma en que su cabello atrapaba la luz de la luna de la manera perfecta.

Sentía una gran gratitud por ese momento y la felicidad que conllevaba, a pesar de la corriente subyacente de inquietud que aún permanecía entre ellos de vez en cuando, sin importar cuánto se esforzara por no preocuparse.

En ese instante, el teléfono de William vibró en su bolsillo, rompiendo la tranquilidad de la noche. Con una mirada de disculpa hacia Violeta, sacó el teléfono y contestó la llamada. —¿Hola?

—Will, te necesitamos en la estación: ha habido un accidente —dijo la voz urgente del otro lado.

—Está bien, voy en camino —respondió.

Colgó abruptamente, su rostro palideciendo mientras el peso de la situación se asentaba sobre él.

—¿Todo está bien? —preguntó Violeta, preocupada.

—Es una emergencia —logró decir William, con la voz tensa.

La mirada de Violeta se posó en sus puños apretados, notando la tensión en sus hombros y la preocupación que nublaba sus profundos ojos marrones. Quería acercarse y reconfortarlo, pero sabía que ese no era el momento adecuado. En su lugar, asintió levemente en señal de comprensión.

—Ve —le instó con suavidad—. Sé que necesitas estar allí.

—Gracias, Violeta —murmuró, mirándola brevemente a los ojos antes de darse la vuelta.

Mientras William corría hacia su camioneta, las risas y el calor de su cita nocturna se desvanecieron, reemplazados por el familiar agarre de la culpa y las sombras de su pasado. No pudo evitar preguntarse si esta emergencia era precisamente lo que había estado temiendo: otro obstáculo que la vida les había puesto en el camino. Y aunque Violeta había prometido que lo enfrentarían juntos, el temor de poder perderla en el proceso continuaba acosándolo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y DOS

—¡Will, espera! —llamó Violeta mientras él comenzaba a alejarse.

William dudó un momento, mirándola con una mezcla de amor e incertidumbre.

—¿Hay algo que pueda hacer? ¿Puedo ayudar? —preguntó ella, su expresión llena de genuina preocupación.

No podía soportar ver al hombre por el que sentía tanto en apuros, ni podía soportar la idea de dejarlo solo para enfrentar esta emergencia.

William negó con la cabeza, ofreciéndole una triste sonrisa.

—No esta vez, Violeta —respondió suavemente—. Pero gracias. Volveré, lo prometo.

—Está bien —dijo ella, suspirando, su ceño fruncido por la frustración de sentirse tan inútil en ese momento—. Por favor, prométeme que tendrás cuidado.

—Siempre —respondió él, dedicándole una fácil sonrisa.

Después de eso, William se dio la vuelta y caminó hacia su camioneta, dejando a Violeta ahí de pie, con el corazón latiéndole de preocupación. La cálida luz de las farolas parecía apagarse, proyectando largas sombras que se extendían por el pavimento como tenebrosos tentáculos tratando de atraparlos a ambos.

Mientras Violeta veía a William desaparecer en la noche, no podía evitar pensar en lo rápido que la vida podía cambiar de rumbo, pasando de la alegría al miedo en el transcurso de un solo momento. Esto era lo que él siempre había temido. Esto era lo que la madre de Will tenía que enfrentar cada vez que su padre salía por una emergencia cuando era niño.

El recuerdo de su fácil y coqueta conversación y el calor de su mano sobre la de ella, apenas unos minutos antes, ahora parecía un sueño distante, reemplazado por la cruda realidad de su expresión agobiada y su postura tensa.

—Por favor, que todo esté bien —susurró para sí misma, abrazándose como si intentara retener el calor que habían compartido al comienzo de la velada.

Mientras Violeta regresaba a su automóvil, no podía evitar repasar en su mente las conversaciones que habían tenido antes, sonriendo ante las bromas cariñosas y las confesiones sinceras que habían intercambiado. La noche había estado llena de tanta promesa y potencial, solo para ser interrumpida abruptamente por un giro repentino del destino.

—Mantente fuerte, Will —pensó mientras se alejaba en su auto, el corazón apesadumbrado por la preocupación pero aún lleno de esperanza por el amor que había florecido entre ellos a pesar de todo—. Superaremos esto juntos.

CAPÍTULO CINCUENTA Y TRES

A la mañana siguiente, William y Violeta estaban en el hospital local, esperando ansiosamente fuera de la sala de emergencias. Uno de los otros bomberos, James, había sufrido un grave accidente en el trabajo, y William no podía sacudirse la culpa que sentía por no haber estado allí cuando sucedió.

—Oye —dijo Violeta suavemente, apretando su mano mientras estaban sentados uno al lado del otro en las incómodas sillas de plástico—. Sabes que esto no es tu culpa, ¿verdad?

William miró sus ojos, llenos de una mezcla de amor y preocupación, y asintió lentamente.

—Simplemente desearía haber podido hacer algo para evitarlo.

—A veces las cosas simplemente están fuera de nuestro control —le dijo Violeta, apartando un mechón de cabello de su rostro—. Pero estamos aquí ahora, juntos, y superaremos esto. Tu amigo te necesita, y yo también estoy aquí para ti.

Sus palabras le dibujaron una pequeña sonrisa en los labios, pero la preocupación aún persistía en sus ojos. Mientras esperaban noticias sobre el estado de James, la pareja intentó aligerar el ambiente con su habitual intercambio ingenioso.

—¿Alguna vez pensaste que pasaríamos la mañana después de nuestra segunda cita en un hospital? —preguntó Violeta, bromeando.

—Definitivamente no era lo que había planeado —dijo William con una risita, flexionando sus musculosos brazos mientras los estiraba sobre su cabeza—. Debería haber optado por el minigolf.

—¿O quizás esa clase de baile que sugerí? —dijo ella, dándole un codazo juguetón.

Él le devolvió la sonrisa, apreciando la forma en que ella lograba sin esfuerzo traer un poco de luz incluso a las situaciones más oscuras. Sin embargo, su risa fue efímera cuando el médico finalmente salió de la sala de emergencias, con aspecto sombrío.

—¿Señor Baxter? —llamó el médico, y William se puso de pie, con el cuerpo tenso.

—Soy yo —respondió, con la voz quebrándose ligeramente—. ¿Cómo está?

—James está estable por ahora, pero aún se encuentra en estado crítico —explicó el médico —. Necesitaremos mantenerlo aquí en observación y realizarle más pruebas.

—¿Puedo verlo? —preguntó William, con el rostro grabado de preocupación.

—Por supuesto —dijo el médico, guiándolos por un pasillo estéril bordeado de puertas cerradas.

Al entrar en la habitación, Violeta se mantuvo atrás, dándole a William algo de privacidad mientras hablaba suavemente con su amigo inconsciente. Observó cómo las lágrimas fluían de los ojos de William, su fuerte fachada derrumbándose por un momento. Fue entonces cuando se dio cuenta de la verdadera profundidad de su conexión: había visto un lado de él que pocas

personas alguna vez presenciaban.

—Gracias por estar aquí —dijo William mientras caminaba de vuelta hacia Violeta, limpiándose la cara con el dorso de la mano—. No sé qué haría sin ti.

—Oye, estamos juntos en esto, ¿recuerdas? —le dijo Violeta, rodeando su cintura con un brazo—. Pase lo que pase, lo enfrentaremos de frente.

Sus miradas se encontraron, y por un breve momento, el peso del mundo pareció levantarse de sus hombros.

—Vamos a casa —dijo William, con la voz cargada de emoción.

—Casa suena perfecto —dijo Violeta, tomando su mano mientras salían del hospital.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CUATRO

Después de unos días, James seguía en recuperación en el hospital, pero ya no se encontraba en estado crítico. William había estado inquieto y preocupado el primer día, pero trabajar en la granja de bayas con Violeta parecía haberlo calmado.

Ella se había preocupado por él al principio. Temía que William huyera de ella otra vez, retrocediendo a su viejo hábito de la autocompasión, incapaz de afrontarlo, pero por suerte no tenía nada que temer. Ahora que James estaba mejor, era casi como si William hubiera vuelto a ser el de siempre.

Violeta se alegraba por ello, pero también seguía preocupada por Ava y lo que podría tramar a continuación. Por alguna razón, no creía que esa mujer fuera a detenerse en decir mentiras y difundir rumores.

—Violeta, ¡entra! —la llamó desde la ventana de la cocina—. Has estado trabajando toda la mañana. He preparado un poco de café.

—Gracias, Will —dijo ella, enjugándose el sudor de la frente y dejando atrás sus arbustos de bayas.

Al entrar en la acogedora granja que solía pertenecer a su abuelo, los hombros de Violeta se relajaron cuando el familiar aroma del café recién hecho inundó el aire.

—Siéntate —le dijo con un guiño juguetón, entregándole una humeante taza—. Sé que todavía te preocupa Ava, pero superaremos esto juntos. Lo sabes, ¿verdad?

—Por supuesto —respondió ella, sorbiendo el café caliente y sintiendo cómo su calidez se extendía por su cuerpo—. Simplemente no puedo creer que Ava haya llegado tan lejos para intentar arruinarme.

William la rodeó con un brazo, atrayéndola hacia sí.

—Bueno, no la dejaremos ganar —le dijo—. Tú seguirás ofreciendo a tus clientes las mejores bayas y el mejor servicio de la ciudad.

Sus ojos brillaban con determinación y Violeta no pudo evitar sonreír ante su resolución.

—Exacto —convino, dando otro sorbo a su café—. Concentrémonos en lo que mejor hacemos y el resto caerá por su propio peso.

—Precisamente —dijo él, dándole un apretón antes de soltarla de su abrazo—. Ahora, planeemos nuestro próximo evento comunitario. La jornada de puertas abiertas fue un éxito. A la gente le encantan las cenas de la granja a la mesa. ¿Qué te parece una colaboración con otras granjas cercanas para obtener productos locales y una cena al aire libre en los campos?

—¡Genial idea! —exclamó Violeta, entusiasmada ante la perspectiva—. Todo el mundo verá que no sólo estamos dedicados a la granja de bayas, sino también a la comunidad.

—Exacto —dijo William, sonriéndole—. Y nos aseguraremos de que todo el mundo sepa

que tus bayas no sólo están libres de pesticidas, sino que también se cultivan de manera sostenible.

—Ah, hablando de eso, también debería actualizar el sitio web y las redes sociales —añadió Violeta, con los ojos brillantes de entusiasmo.

—Perfecto —convino William, inclinándose para darle un dulce y prolongado beso—. Juntos, le mostraremos a Love Springs que has llegado para quedarte.

—Entonces, manos a la obra —dijo Violeta, decidida, mientras se levantaban y comenzaban a planear su próximo movimiento.

CAPÍTULO CINCUENTA Y CINCO

Ava se encontraba al borde de su propiedad, observando con incredulidad cómo la gente acudía en masa a la granja de Violeta. Su mandíbula se tensó al ver a Violeta y William trabajando juntos, sus risas llevadas por la brisa. A pesar de los intentos de Ava por sabotearlos, su negocio seguía prosperando.

—Increíble —murmuró entre dientes, sus ojos se entrecerraron con frustración—. ¿Qué tengo que hacer para hacerlos caer?

Sus ojos recorrieron su propia granja de bayas, antaño el orgullo y alegría de Love Springs. Ahora, parecía palidecer en comparación con el creciente éxito de Violeta. Ava no podía soportar que su rival la opacara, y eso alimentaba su desesperación por vengarse.

—Tal vez deberías intentar ser *amable* por una vez —dijo una voz a su espalda, destilando sarcasmo.

Ava se dio la vuelta y encontró a María, una de sus empleadas más antiguas, apoyada en la valla.

—María, este no es momento para bromas —espetó Ava, su irritación palpable—. Necesito hacer algo drástico para recuperar a mis clientes.

—¿Drástico? ¿Como qué? —preguntó María, alzando una ceja escéptica—. Ya has difundido rumores falsos y organizado protestas. ¿Qué más puedes hacer?

—¿No es obvio? —dijo Ava, una sonrisa malvada extendiéndose por su rostro—. Si no puedo vencerla, la *destruiré*. —Hizo una pausa, saboreando el pensamiento—. Contrataré a alguien para vandalizar su preciosa granja.

—¿Hablas en serio? —preguntó María, sus ojos se abrieron con incredulidad—. Eso es caer bajo, incluso para ti.

—Los tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —respondió Ava fríamente—. Y si no te gusta, puedes irte.

—Bien —resopló María, levantando las manos con exasperación—. Pero no vengas llorando cuando este plan se vuelva en tu contra.

—Confía en mí, no lo hará —dijo Ava con una risa siniestra.

Mientras María se alejaba a zancadas, Ava tomó su teléfono y comenzó a desplazarse por sus contactos, buscando a alguien lo suficientemente despiadado para llevar a cabo su perverso plan.

—Ah, aquí está —murmuró, tocando un nombre que la hizo sonreír maliciosamente—. Rick será perfecto para el trabajo.

—Hola, Rick —ronroneó Ava al teléfono, su voz destilando miel—. Tengo un trabajito para ti, uno que pagará muy bien. ¿Estás interesado?

—Por supuesto, siempre estoy listo para la acción —respondió Rick con voz áspera—. ¿Qué

necesitas que haga?

—Simple —dijo Ava, sus ojos brillando con malicia mientras miraba una vez más la bulliciosa granja de Violeta—. Necesito que vandalices la granja de bayas de mi competencia. Y quiero que lo hagas esta noche.

—Consideralo hecho —respondió Rick, su voz cargada de oscura intención.

—Perfecto —dijo Ava con un asentimiento, colgando el teléfono.

No pudo evitar sonreír, imaginando el caos que caería sobre la granja de Violeta al amanecer. Pronto, pensó, la victoria será mía de nuevo.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SEIS

Violeta se encontraba entre las hileras de arbustos de frambuesa en la granja de bayas que había pertenecido a su difunto abuelo, con las manos teñidas de un vibrante tono rojizo por la jugosa fruta. El sol brillaba cálidamente en lo alto, proyectando sombras moteadas en el suelo mientras la brisa agitaba las hojas. Su corazón se llenaba de orgullo y amor por este lugar al que se había dedicado a revivir después de la muerte del Abuelo Tom.

—¡Eh, Violeta! —la llamó William.

Se acercó a ella, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano. Sus ojos castaños oscuros brillaban con entusiasmo.

—Hola, Will —lo saludó Violeta con una sonrisa, iluminándose su mirada al verlo—. ¿Cómo van los arándanos?

—Genial —dijo, sonriendo mientras levantaba una pequeña cesta llena de jugosas bayas maduras—. Creo que vas a tener una cosecha abundante este año.

—¿De verdad? ¡Eso sería increíble! Hemos logrado tanto en tan poco tiempo. Necesitaré toda la suerte que pueda tener —exclamó, mirándolo radiante—. Todavía no puedo agradecerte lo suficiente, Will. No habría podido hacer nada de esto sin ti.

—Oye, ha sido un placer —dijo, sonrojándose ligeramente—. Además, es agradable hacer algo diferente. Realmente he disfrutado ayudándote en la granja. Creo que también me ha ayudado a superar algunas cosas.

Continuaron trabajando codo con codo, llenando el aire con sus risas y charlas amenas. Se desplazaban metódicamente de arbusto en arbusto, recogiendo las bayas más maduras y colocándolas cuidadosamente en sus cestas.

—Ah, me falta una —dijo Violeta, estirando el brazo para alcanzar una jugosa frambuesa escondida detrás de una hoja.

Al estirar el brazo, perdió el equilibrio y se tambaleó hacia adelante.

—¡Cuidado! —exclamó Will, lanzándose hacia adelante para sujetarla antes de que cayera.

Sus miradas se cruzaron por un breve instante, y en ese momento, ambos sintieron esa familiar chispa de algo electrizante que pasaba entre ellos. Había estado ocurriendo mucho más a menudo últimamente, y a ella le encantaba. Las mejillas de Violeta se tiñeron de un profundo tono rosa, mientras que Will se aclaró la garganta rápidamente y la ayudó a recuperar el equilibrio.

—Gracias —balbuceó, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho—. Supongo que no soy tan grácil como creía.

—Oye, no te preocupes —le dijo, con una sonrisa fácil extendiéndose por sus labios cincelados—. A veces, todos necesitamos a alguien que nos atrape cuando tropezamos.

Mientras retomaban su trabajo, la paz de la granja los envolvía, creando una atmósfera idílica que era difícil de encontrar en cualquier otro lugar. El dulce aroma de las bayas maduras inundaba el aire, mezclándose con el aroma terroso del suelo bajo sus pies. Era un lugar donde podían olvidar sus problemas, aunque fuera por un momento, y simplemente disfrutar de la compañía del otro.

—Will? —preguntó Violeta vacilante después de unos momentos de silencio—. ¿Sigues teniendo sueños sobre lo que pasó en aquel entonces?

—A veces —respondió con voz suave y distante—. Pero estar aquí contigo me ayuda a olvidar el dolor y recordar que todavía hay belleza en el mundo.

—A mí también —susurró, sintiendo una inesperada alegría en el pecho—. Me alegro de que nos hayamos encontrado, aunque haya sido necesaria una tragedia para que nos conociéramos.

—Yo también, Violeta —los ojos de Will se encontraron con los suyos una vez más, y esta vez, la chispa entre ellos se sintió más como una llama eterna.

Ella aún echaba de menos a su Abuelo Tom cada día. Deseaba que él pudiera haberla visto con William en la granja así. Sabía que lo habría hecho feliz.

CAPÍTULO CINCUENTA Y SIETE

El sol colgaba bajo en el cielo, arrojando un último resplandor cálido sobre la granja de bayas. Las largas sombras de los arbustos cargados de fruta se extendían por la tierra recién labrada. William y Violeta se encontraban uno al lado del otro, sus risas mezclándose con el suave susurro de las hojas mientras recogían las bayas maduras de sus tallos leñosos.

—Oye, Will, ¿recuerdas aquella vez que accidentalmente tiramos una caja entera de moras? —dijo Violeta con tono burlón, sus ojos centellando de picardía.

—Ugh, no me lo recuerdes —dijo él, gimiendo dramáticamente—. Encontré manchas de mora en mi ropa durante una semana.

—Es cierto —dijo Violeta, sonriendo—. Pero creo que es seguro decir que aprendimos la lección.

—Absolutamente —dijo William riendo—. No más manejo imprudente de moras en esta granja.

Mientras continuaban recogiendo las bayas maduras, un sonido repentino y estremecedor atravesó los tranquilos campos. La radio de emergencia que William siempre llevaba en su cinturón emitió un fuerte pitido, su tono estridente haciendo que ambos se sobresaltaran. Su risa se desvaneció, reemplazada por una expresión solemne mientras escuchaba atentamente la llamada de la estación de bomberos.

—Maldición —murmuró entre dientes. Mirando a Violeta, sus ojos castaños se llenaron de preocupación y urgencia—. Hay un incendio al otro lado de la ciudad. Es en la vieja fábrica de papel, es grave.

El corazón de Violeta dio un vuelco ante la preocupación grabada en el rostro de William.

—Ve —dijo, tratando de mantener firme su voz—. Necesitas ayudar. Yo terminaré aquí.

—¿Estás segura? —dijo él vacilando por un momento, su mirada se demoraba en ella antes de asentir finalmente, sabiendo lo que tenía que hacer—. Está bien. Por favor, ten cuidado y llámame si necesitas algo.

—Lo haré —respondió Violeta, dándole una sonrisa valiente mientras lo veía correr hacia su camioneta.

El corazón de William latía acelerado en su pecho mientras se ponía su equipo de bombero y se dirigía a toda velocidad hacia la escena del incendio. La antigua fábrica de papel había sido abandonada hace mucho tiempo, pero la zona circundante estaba densamente poblada. Si no lograban controlar las llamas rápidamente, estas podrían propagarse fácilmente a las casas y negocios cercanos, provocando un daño absolutamente catastrófico.

—Dios, por favor, permítenos salvar a estas personas —pensó, aferrando con fuerza el volante mientras se preparaba para la batalla que tenía por delante.

CAPÍTULO CINCUENTA Y OCHO

El corazón de Violeta se retorcía de preocupación mientras William se alejaba conduciendo, pero sabía que era importante que él ayudara. Su dedicación al trabajo era una de las muchas cosas que admiraba de él, incluso si eso significaba que tenía que dejarla en momentos como este, dejándola preocupada por su seguridad mientras él se centraba únicamente en salvar a otros.

Tomó una bocanada de aire, intentando tranquilizar sus nervios, y se centró en la tarea que tenía entre manos: atender la granja de bayas.

—Vamos, Violeta, puedes hacerlo —se dijo a sí misma, con las manos temblando ligeramente mientras tomaba sus herramientas de jardinería—. Hay mucho que hacer hoy y no servirá de nada preocuparse por Will.

Mientras tanto, en su pequeña oficina del centro, Ava Rodríguez esbozó una sonrisa maliciosa al colgar el teléfono después de hacer una llamada anónima a la estación de bomberos. El falso informe de un incendio en la vieja fábrica de papel al otro lado de la ciudad era seguro que distraería a los bomberos, dándole la oportunidad perfecta para sabotear la granja de Violeta.

—Todo va según lo planeado —se dijo a sí misma mientras estudiaba su reflejo en el espejo, ajustándose el cabello y alisando su blusa—. Ahora, veamos qué tan bien maneja la Señorita Clarke un poco de caos.

Ava tomó su bolso y salió de su oficina del centro, dirigiéndose de vuelta a su granja con una sonrisa maliciosa. Había planeado cuidadosamente cada detalle de este plan, y no podía esperar a ver los frutos de sus esfuerzos.

De vuelta en la granja de bayas, Violeta se secó el sudor de la frente mientras trabajaba diligentemente, intentando centrarse en las tareas que tenía entre manos en lugar de dejar que sus pensamientos se desviaran hacia William. Aunque confiaba en él implícitamente, no podía deshacerse del temor que la carcomía por dentro.

—Vamos, Violeta, no pienses en eso —se dijo con firmeza—. Will sabe lo que está haciendo y ha pasado por esto miles de veces antes. Estará bien.

Mientras recortaba los arbustos de bayas, su mente se desvió hacia la primera vez que conoció a William. Su confianza y fortaleza habían sido evidentes desde su primera interacción, incluso si él había estado especialmente malhumorado ese día, y ella se había quedado prendada instantáneamente. A pesar de su animosidad inicial el uno hacia el otro, su conexión sólo se había fortalecido con el tiempo.

—¡Maldita sea, Violeta! —se reprendió a sí misma con una carcajada, dándose cuenta de que accidentalmente había cortado una rama perfectamente sana debido a su distracción—. ¡Saca la cabeza de las nubes!

Sin que Violeta lo supiera, el plan de Ava ya se estaba desarrollando. Con los bomberos ocupados al otro lado de la ciudad, Ava se sentía segura de que su sabotaje pasaría desapercibido hasta que fuera demasiado tarde. Cuando se acercaba a la granja de Violeta desde el bosque de atrás, sus ojos se entornaron con determinación.

—Lo siento, querida —susurró Ava con voz fría y calculadora—. Pero los negocios son los negocios, y no dejaré que te interpongas en mi camino.

CAPÍTULO CINCUENTA Y NUEVE

Ava se encontraba a una corta distancia del cobertizo de almacenamiento de Violeta, con las manos ocultas detrás de su espalda mientras observaba a Rick manipular el bidón de gasolina. Sus oscuros ojos brillaban con el fuego de la ambición y la determinación, y sus labios estaban fruncidos en una sonrisa cruel y burlona.

—¿Estás segura de esto, Ava? —preguntó Rick con vacilación, mirando nerviosamente a su alrededor como si esperara que alguien los sorprendiera en pleno acto.

—Por supuesto que estoy segura —siseó Ava, con voz baja y venenosa—. Esa pequeña perra me ha estado robando clientes durante demasiado tiempo. Esto le enseñará a no meterse conmigo. Si tenemos suerte, incluso se marchará de Love Springs.

—De acuerdo, de acuerdo, tú eres la jefa —cedió Rick, vertiendo una línea de gasolina alrededor del perímetro de la estructura de madera.

Cuando terminó, Ava sacó una caja de cerillas de detrás de su espalda, encendió una y la arrojó descuidadamente sobre el rastro de combustible.

Las llamas cobraron vida, lamiendo ávidamente las paredes del cobertizo y proyectando un resplandor parpadeante y siniestro sobre sus rostros. La expresión de Ava permaneció impasible, pero había un destello de perversa satisfacción en sus ojos mientras observaba cómo el fuego crecía cada vez más grande e incontrolable.

—Vámonos de aquí antes de que alguien nos vea —susurró a Rick, dando media vuelta y guiándolo de regreso a la seguridad del bosque.

Mientras tanto, Violeta continuaba trabajando diligentemente en su campo de bayas, completamente ajena al peligro que acechaba cerca. No fue hasta que captó un olor a humo que alzó la cabeza, abriendo los ojos con terror al ver su cobertizo de almacenamiento envuelto en llamas.

—¿Qué... cómo! —exclamó, soltando las tijeras de podar por la conmoción—. ¡Will! ¡Hay un...

En su miedo, había pronunciado su nombre, pero inmediatamente después recordó que ya no estaba allí.

El pánico rugía en su pecho, con el corazón latiéndole frenéticamente contra la caja torácica mientras corría hacia el creciente infierno, con la mente dando vueltas a los posibles escenarios.

—¡Piensa, Violeta, piensa! —se reprendió a sí misma, con las manos temblando mientras intentaba marcar el número de los bomberos—. ¿Qué hago? ¿Qué puedo hacer?

—¡Violeta! —la llamó una voz a sus espaldas, sacándola de sus frenéticos pensamientos. Era Ava, con el rostro enrojecido y los ojos muy abiertos, aunque con un extraño destello de sonrisa oculto en sus labios—. ¡Vi el humo desde la carretera! ¿Hay algo en lo que pueda ayudar?

—¡Ava! ¡Gracias a Dios! —exclamó Violeta, aliviada de ver un rostro conocido, aunque fuera el de su rival—. ¡Por favor, llama a los bomberos! ¡No puedo comunicarme con ellos!

—Por supuesto —dijo ella, sacando su propio teléfono y marcando con calma.

Mientras esperaban la llegada de la ayuda, Violeta no pudo evitar sentir una sensación de temor apoderándose de ella. ¿Cómo había sucedido esto? ¿Y qué significaría para su amada granja de bayas?

—William —susurró, con los ojos anegados de lágrimas sin derramar—. Por favor, que estés a salvo. No puedo soportar dos tragedias en un solo día.

CAPÍTULO SESENTA

Con una mano temblorosa, Violeta finalmente intentó marcar el número de William en lugar del de los bomberos. Trató de mantener firme su voz mientras el teléfono sonaba, aunque su corazón latía furiosamente en su pecho.

—William —murmuró para sí misma, deseando que él contestara.

—¿Violeta? —La voz profunda y áspera de William respondió al otro lado de la línea, su tono era urgente y preocupado—. ¿Está todo bien?

—Will... ¡mi cobertizo de almacenamiento está en llamas! —dijo ella.

Las palabras brotaron de su boca, su voz quebrada por la emoción. Entornó los ojos a través de los espesos remolinos de humo que habían comenzado a envolver la granja.

—Mantente alejada, Violeta. No intentes apagarlo tú misma. Voy en camino —ordenó, la intensidad de su voz enviando un escalofrío por su espina dorsal.

—Está bien —fue todo lo que pudo decir antes de colgar, sus manos temblando mientras sostenía el teléfono firmemente contra su pecho.

—Por favor, date prisa, Will —susurró, observando cómo las llamas danzaban y lamían el cielo, su resplandor malévolo proyectando una siniestra sombra sobre su antes pacífica granja.

William arrojó su teléfono al bolsillo, su rostro contraído por la rabia y la desesperación. No había ningún incendio en la vieja fábrica de papel. Habían revisado el lugar más de una vez, buscando cualquier señal de humo, pero no habían encontrado nada.

—¡La llamada fue una falsa alarma, chicos! —gritó—. ¡No hay ningún incendio aquí. ¡Creo que fue para mantenernos alejados de la granja de Violeta!

—¡Maldito infierno! —escupió un bombero alto llamado Jack, sus puños apretados con fuerza a los costados—. ¡Vamos, gente!

Los bomberos se pusieron en acción frenéticamente, reuniendo su equipo mientras subían a toda prisa al camión de bomberos. Las sirenas aullaron, desgarrando el aire mientras se dirigían a la granja de bayas de Violeta, el corazón de cada bombero pesado con preocupación tanto por Violeta como por su propio compañero, William.

Mientras el camión de bomberos se precipitaba por el camino de tierra hacia la granja de Violeta, los pensamientos de William estaban consumidos por la seguridad de ella. Sabía que no podría soportar perderla, no ahora, cuando finalmente habían comenzado a explorar plenamente la profundidad de sus sentimientos el uno por el otro.

—Por favor, mantente a salvo —pensó, con su estómago retorciéndose de ansiedad—. No puedo perderte, Violeta.

Cuando el camión se detuvo chirriando, William saltó y contempló la escena ante él: las llamas devorando ávidamente el cobertizo de almacenamiento y más allá, destruyendo la granja

de bayas que significaba tanto para Violeta. Podía verla de pie allí, una figura valiente pero vulnerable en medio del caos, el fuego proyectando sombras parpadeantes sobre su rostro, resaltando las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¡Violeta! —gritó, corriendo hacia ella.

—¡William! —lloró ella, con alivio y dolor en su voz—. ¡Es tan malo! ¡No sé qué hacer!

—Mantente alejada —instruyó firmemente, sus ojos nunca abandonando los de ella—. Nosotros nos encargaremos de esto. Vas a estar bien.

Mientras los otros bomberos entraban en acción, apagando el fuego con agua y espuma, William no pudo evitar sentir un abrumador sentido de protección hacia Violeta. Ella era su razón para luchar, para superar los demonios de su pasado. Y juntos, resurgirían de las cenizas y reconstruirían, más fuertes que nunca.

CAPÍTULO SESENTA Y UNO

—¡Jones, agarra la manguera! —ladró William mientras él y los otros bomberos se apresuraban a extinguir las ardientes llamas.

El aire estaba espeso por el humo, y el olor a madera quemada llenaba sus fosas nasales.

—¡La tengo, Will! —respondió Jones, con la voz agitada por el esfuerzo de sostener la pesada manguera.

El agua salió disparada, cayendo sobre el fuego como un torrencial diluvio.

—¡Más presión! ¡Debemos controlar esto! —gritó William, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho mientras veía las llamas acercarse a la casa de Violeta.

Sus pensamientos estaban consumidos por la seguridad de ella y el futuro que habían comenzado a construir juntos.

—¿La bomba está a toda su capacidad? —preguntó uno de los bomberos, con gotas de sudor cayendo por su frente.

—¡Casi! —respondió otro, ajustando frenéticamente los controles.

—Vamos, vamos —murmuró William entre dientes, desesperado por extinguir el incendio antes de que pudiera causar más daños.

—¡Will, logramos una brecha en las llamas! —gritó Jones, con evidente alivio en su voz. —¡Estamos progresando!

—¡Sigan empujando! —dijo William, con la determinación asentándose en cada fibra de su ser.

No permitiría que este fuego ganara. No cuando tanto estaba en juego.

CAPÍTULO SESENTA Y DOS

Con cada onza de sus fuerzas, los bomberos lucharon contra las llamas hasta que el último rescoldo fue extinguido, dejando atrás solo los restos carbonizados del cobertizo de almacenamiento. Exhaustos pero victoriosos, dieron un paso atrás para observar su trabajo.

—Buen trabajo, muchachos —dijo con voz ronca el Jefe de Bomberos Davis, limpiándose el hollín del rostro—. Esa estuvo cerca.

—Demasiado cerca —asintió William, buscando con la mirada a Violeta entre la multitud.

Cuando la vio, un alivio lo invadió como una ola de marea. Estaba a salvo. Todos estaban a salvo.

—William —susurró ella, arrojándose a sus brazos cubiertos de hollín. Su abrazo fue como un bálsamo para su alma cansada, llenándolo de calidez y esperanza—. Gracias. Lo has salvado todo.

—Por supuesto, Violeta. Haría cualquier cosa por ti —le susurró al oído, haciendo que su voz se quebrara por la intensidad del momento.

—Oye, Will —dijo Matt, dándole una palmada en la espalda con una sonrisa—. Parece que eres un héroe dos veces hoy, amigo.

—Se siente más como tres veces —respondió William, sin apartar sus ojos de Violeta.

Sabía que salvar su granja también había salvado su futuro, y eso valía más que cualquier medalla o reconocimiento.

—Vamos a limpiar este desastre —ordenó el Jefe de Bomberos Davis, devolviéndolos a la realidad—. Luego averiguaremos quién está detrás de esto. Esto no parece un simple accidente, muchachos.

CAPÍTULO SESENTA Y TRES

Cuando se extinguieron las últimas llamas, el grupo evaluó los daños. El cobertizo para almacenamiento quedó reducido a una cáscara ennegrecida, pero el área circundante parecía estar mayormente intacta. La insistencia de William de reforzar la estructura cuando se conocieron y ayudarla a instalar más materiales resistentes al fuego había valido la pena. Lo que podría haber sido un desastre ahora era un contratiempo manejable.

—Gracias de nuevo a todos —dijo Violeta sinceramente a los bomberos, su mirada se demoró en William mientras su corazón se hinchaba de gratitud y algo más profundo, algo que no había anticipado sentir tan repentinamente—. No sé qué habría hecho sin todos ustedes.

—Cuando quieras, Violeta —la tranquilizó William, con una voz suave y calmante—. Para eso estamos aquí. Y recuerda que no estás sola en esto. Te ayudaremos en cada paso. ¿Verdad, chicos?

Todo el escuadrón de bomberos asintió mirándola, sonriendo debajo de sus cascos. Algunos incluso vitorearon, listos para comenzar a trabajar de inmediato en la reparación del cobertizo si era necesario.

—Gracias, Will —susurró Violeta, sus mejillas enrojecidas mientras sus ojos se encontraban, y por un momento, se olvidaron de los restos carbonizados del cobertizo, el humo persistente y las horas de trabajo por delante.

Violeta se arrojó a los brazos de William, y él la abrazó fácilmente. Ella lo besó con toda la pasión, la necesidad, el deseo y el amor que siempre había sentido por él. Él le devolvió el beso, levantándola en sus brazos y atrayéndola contra su cuerpo.

No fue hasta que todo el grupo de bomberos que los rodeaba vitoreó, que Violeta recordó dónde estaban. Sus mejillas enrojecieron mientras se apartaba del beso, aún sujeta con fuerza en los brazos de William. Él le sonrió, riendo nerviosamente, pero negándose a soltarla.

—Al diablo —dijo ella, riéndose mientras se lanzaba a besar a su sexy bombero una vez más.

CAPÍTULO SESENTA Y CUATRO

Después del incendio, William se encontró pasando más tiempo en la granja de Violeta de lo que jamás hubiera imaginado. Se había acostumbrado al dulce aroma de las bayas maduras que se filtraba por el aire y a la forma en que el sol siempre proyectaba un cálido resplandor sobre los campos al amanecer y al anochecer, haciéndolos parecer casi mágicos. Pero lo que verdaderamente lo cautivaba era la propia Violeta.

Todo en su vida parecía ir a mejor, o más bien llevaba un tiempo mejorando. Lo que más ayudó fue el apoyo de todos en el departamento de bomberos. Todos se unieron en torno a él y a Violeta, ayudándola a reconstruir su cobertizo de almacenamiento y a establecer una solución temporal hasta que se terminaran las nuevas obras.

El Jefe de Bomberos Davis aún estaba investigando el incendio junto con la policía local. Ahora se lo consideraba un incendio provocado y tenían algunas pistas sobre el caso, pero seguían indagando.

—¿Oye, Will, puedes ayudarme con estas cajas? —lo llamó Violeta, mientras su voz resonaba en todo el campo.

—Por supuesto —dijo él, cargando una caja sobre su hombro con facilidad.

Al hacerlo, no pudo evitar echarle un vistazo. Los rayos del sol vespertino se reflejaban en su cabello castaño y ondulado, creando un efecto de aureola que la hacía parecer aún más etérea y angelical.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa que hacía que su corazón latiera con fuerza en el pecho —. Sabes, te has vuelto todo un experto en apilar bayas, Señor Baxter.

—Solo porque he tenido una gran maestra, Señorita Clarke —respondió William, intentando mantener la voz firme.

Le tomó todo su autocontrol no extender la mano y retirar un mechón rebelde de su rostro antes de atraerla hacia sí para un beso apasionado.

—¿Estás seguro de que no estás simplemente detrás de mi receta secreta de tarta de bayas? —preguntó Violeta, bromeando, con sus ojos color avellana brillando de travesura.

—Tal vez lo estoy —replicó él con una sonrisa juguetona, aunque estaba lejos de ser cierto.

En realidad, le resultaba cada vez más difícil concentrarse en algo que no fuera ella.

Mientras trabajaban codo con codo, sus risas flotaban en el aire como una melodía. William notó lo atento que se había vuelto a sus necesidades, anticipándose a cuándo necesitaría otra caja o una mano con un arbusto rebelde. Y cuando dejaban de trabajar por ese día, seguía pensando en ella hasta bien entrada la noche mientras dormían lado a lado en su cama.

Nunca podía dejar de pensar en ella. No quería dejar de pensar en ella.

A la mañana siguiente, William se paró frente al espejo, ajustando nerviosamente su cuello.

Ese día era el Festival Anual de Bayas y Frutas de Love Springs, y había aceptado acompañar a Violeta como su cita. Era el tipo de evento que solo se podía encontrar en un pequeño pueblo como este, organizado y gestionado por Elsie en el mercado local. Esta era su oportunidad de finalmente confesarle sus sentimientos, pero la idea de decirle que la amaba formó un nudo en su estómago.

—Contrólate, hombre —se murmuró a sí mismo—. Es solo Violeta.

Pero ella ya no era *solo* Violeta; se había convertido en una presencia constante en su vida, un faro de luz que hacía soportables incluso los días más oscuros. Y por mucho que quisiera decirle lo que sentía, no podía deshacerse del temor de que ella no sintiera lo mismo.

—¿Will? ¿Estás listo? —lo llamó Violeta, interrumpiendo sus pensamientos mientras él se volvía para verla de pie en el umbral.

—Wow, te ves... increíble —dijo, tartamudeando, contemplando su vestido de estampado floral que hacía juego con los vibrantes matices de sus campos de bayas.

Ella se sonrojó ante su cumplido, haciendo que su resolución flaqueara una vez más. No quería perder lo que tenían, pero también anhelaba mucho más si ella se lo daba.

—Gracias —murmuró, mirando hacia abajo a su vestido antes de volver a encontrarse con su mirada—. Tú también te ves muy bien.

—¿Vamos? —dijo William, haciendo un gesto hacia la puerta principal, desesperado por mantener la compostura.

Mientras caminaban hacia el festival, su mente repasaba formas de decirle lo que sentía. Se imaginaba las palabras brotando durante un baile compartido o susurradas en su oído durante un momento de tranquilidad.

Pero cada vez que intentaba hablar, sus dudas y temores lo frenaban. ¿Y si ella no sentía lo mismo? ¿Y si lo que tenían se arruinaba por su confesión? Con cada paso que daban, la tensión dentro de él se hizo más pesada, amenazando con sofocarlo.

—¿Estás bien, Will? —preguntó Violeta, preocupada—. Has estado muy callado hoy.

—Ah, sí, estoy bien —mintió, forzando una sonrisa en sus labios—. Solo estoy disfrutando del festival.

—De acuerdo —dijo ella, dubitativa, no del todo convencida—. Avísame si necesitas algo, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —respondió él, esforzándose al máximo por dejar de lado sus sentimientos y concentrarse en el día por delante.

Pero mientras reían y bailaban bajo el cálido sol, William no pudo evitar preguntarse cómo sería si pudiera finalmente compartir cada rincón de su corazón con Violeta. Y al caer la tarde sobre el festival, supo que tenía que tomar una decisión, una que cambiaría para siempre todo entre ellos.

—Violeta —dijo, tragando saliva mientras se preparaba para dar un salto de fe que lo aterrorizaba más que cualquier incendio.

CAPÍTULO SESENTA Y CINCO

—Violeta —dijo William, tragando saliva con dificultad mientras se preparaba para dar un salto de fe que lo aterrorizaba más que cualquier incendio—. Necesito decirte algo.

Ella abrió los ojos con curiosidad y preocupación, su largo cabello castaño se meció suavemente mientras se giraba para encararlo, con los labios ligeramente separados en anticipación.

—¿Qué ocurre, Will?

Estaban solos debajo de las luces centelleantes que decoraban el festival, la música y las risas de la multitud se desvanecían en el fondo. William sentía cómo el calor le subía a las mejillas, pero se obligó a sostenerle la mirada, buscando aunque fuera la más mínima pista de cuál podría ser su reacción.

—Violeta, yo... —vaciló. Su corazón latía con fuerza en su pecho como un tambor desenfrenado, pero sabía que ya no había vuelta atrás—. Creo que... te amo.

Por un instante, el mundo pareció congelarse a su alrededor, como si el tiempo mismo contuviera la respiración, esperando su respuesta. Y entonces, para su sorpresa y alivio inmenso, ella sonrió, sus ojos brillando de felicidad.

—No tienes idea de cuánto tiempo llevo esperando que digas eso —susurró, tomando su mano entre las suyas—. Yo también te amo. Estoy tan enamorada de ti, Will.

—¿De verdad? —William no pudo evitar sonreír, sintiéndose como si le hubieran quitado un gran peso de los hombros—. Entonces, ¿qué significa esto para nosotros?

—Descubrámonos juntos —dijo ella, acercándose para besarlo con ternura, sus labios encontrándose con una pasión ardiente que prometía una vida entera de risas y amor compartidos.

Cuando se separaron, aún sin aliento por la intensidad de su recién descubierta conexión, una voz interrumpió su burbuja de dicha.

—¡Vaya, vaya, qué parejita tan adorable!

Ava Rodríguez se encontraba frente a ellos, su cabello negro y sedoso recogido en su habitual apretado moño, sus iracundos ojos marrones entornados con un brillo calculador. La mandíbula de William se tensó por la molestia, pero Violeta simplemente miró a Ava con cautelosa curiosidad.

—Hola, Ava —saludó Violeta con cautela—. ¿Qué te trae por aquí?

—Negocios, por supuesto —respondió Ava, una sonrisa astuta jugando en sus labios—. Simplemente pensé que vendría a ver de qué se trataba todo este alboroto. El pequeño festival de Love Springs es bastante encantador, debo admitirlo. No es que alguna vez haya sentido la necesidad de degradarme asistiendo, pero, bueno, las necesidades mandan.

—¿Hay algo que necesites de nosotros? —preguntó William, sus instintos protectores despertando mientras rodeaba la cintura de Violeta con un brazo.

—De hecho, sí —dijo Ava mientras sacaba un papel doblado de su bolso y se lo entregaba a Violeta—. Creo que encontrarás esto *muy* interesante.

Violeta desdobló el documento, su ceño frunciéndose con confusión mientras leía su contenido. —Esto... no puede ser verdad. Según esto, mi abuelo le debía una suma significativa de dinero a tu familia antes de fallecer.

—En efecto —confirmó Ava con suficiencia—. Y ahora esa deuda recae sobre *ti*, querida. Estaba dispuesta a dejar el pasado atrás, pero tu granja está yendo tan bien ahora, ¿no es así? Tienes treinta días para pagarme lo que se me debe o...

Se interrumpió, dejando que la amenaza pesara en el aire.

—¿O qué? —exigió William, la ira ardiendo en su pecho como un voraz incendio forestal.

—O no tendré más remedio que embargar la querida granja de bayas de tu pequeña juguetita —terminó Ava con una sonrisa siniestra, deleitándose con las expresiones de shock que cruzaron los rostros de William y Violeta.

CAPÍTULO SESENTA Y SEIS

A la mañana siguiente, William y Violeta caminaron de la mano hacia la lujosa granja de Ava. Habían pasado por fuego y agua en los últimos días, descubriendo la verdad detrás de la supuesta deuda y ahora lidiando con el último ataque a la granja de bayas de Violeta.

Lo que unía todo era una prueba contundente que el jefe de policía acababa de descubrir. El Jefe de Bomberos Davis llamó personalmente a William para avisarle que la policía se dirigía a ocuparse del asunto lo antes posible.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Will, con un dejo de preocupación en la voz mientras miraba a Violeta.

—Por supuesto —afirmó Violeta con firmeza, con sus ojos avellana ardiendo—. No permitiré que Ava nos siga haciendo daño.

Cuando se acercaron al porche delantero, Ava salió de su impoluta granja, con un semblante de fingida inocencia.

—William, Violeta, ¡qué sorpresa! ¿A qué debo el placer? ¿Han venido a pagarme ya? —preguntó Ava, con un tono de falsa dulzura.

—Basta de tonterías, Ava —espetó Violeta, su enojo opacando momentáneamente su habitual gracia—. Sabemos que intentaste incendiar mi cobertizo de almacenamiento.

Ava se burló, rodando los ojos con desdén.

—¿Tienen alguna prueba? ¿O solo han venido a acusarme sin fundamento?

—De hecho, sí —dijo William mientras comenzaban a sonar las sirenas de la policía a lo lejos, con luces rojas destellando camino a la granja de los Rodríguez—. María fue a la policía y les contó todo. Además, te siguió esa noche y grabó un video en su teléfono de ti y de Rick desde el bosque. Pagarás por tus acciones, Ava.

El rostro de Ava palideció al darse cuenta de que la habían atrapado con las manos en la masa.

—¡Maldita sea, María! —pensó—. ¿Qué demonios creyó que estaba haciendo esa tonta?

Por un momento, la mujer vaciló, como si considerara sus opciones. Luego, suspiró profundamente, con los hombros caídos en señal de derrota.

—Está bien, lo admito. Lo hice. Estaba desesperada, ¿de acuerdo? —dijo Ava, con la voz temblorosa entre una mezcla de ira y miedo—. Pero ustedes dos... Me han arruinado *todo*. Mi negocio, mi reputación...

—Tus *acciones* arruinaron eso para ti, Ava —sentenció William con severidad—. Elegiste engañar y manipular en lugar de competir limpiamente. Y ahora afrontarás las consecuencias.

—¿Valió la pena, Ava? —preguntó Violeta con suavidad, sin apartar su mirada inalterable pese al torbellino de emociones que la embargaba—. Al final, ¿todo este engaño y sabotaje te ha

traído felicidad?

Ava desvió la mirada, incapaz de sostener los ojos de Violeta.

—No —susurró, con voz apenas audible—. No lo ha hecho.

—Entonces quizás es tiempo de un cambio —dijo Violeta con gentileza, sorprendiendo tanto a William como a Ava con su compasión.

—Quizás lo sea —dijo Ava, su rostro un complejo tapiz de arrepentimiento, vergüenza y esperanza reacia.

En los días siguientes, Ava afrontó las consecuencias de sus actos. Fue multada severamente por el consejo municipal y repudiada por muchos en la comunidad. En lugar de la cárcel, Violeta pidió al juez que la sentenciara a servicio comunitario.

Ava también admitió más tarde que el documento que detallaba la deuda que el abuelo de Violeta le debía era falso, y retiró todas sus demandas contra la granja de bayas de Violeta.

Mientras Violeta y William reconstruían el almacén dañado con la ayuda del departamento de bomberos, codo con codo y mano a mano, sabían que el futuro tendría desafíos, pero también que, juntos, podrían enfrentar cualquier cosa.

Y cuando el sol se ponía sobre Love Springs, proyectando su cálida luz dorada sobre sus manos unidas, supieron que no solo estaban construyendo un simple almacén: estaban construyendo una vida, un amor y un felices para siempre juntos.

CAPÍTULO SESENTA Y SIETE

Con el peso del engaño de Ava desaparecido, Love Springs pareció respirar un suspiro colectivo de alivio. Como por ensalmo, el aire otoñal fresco comenzó a llenarse de risas cálidas y voces amistosas, el corazón de la ciudad volvió a latir al unísono. Reuniéndose alrededor de la granja de Violeta, la gente de Love Springs se unió, ofreciendo su ayuda y apoyo a Violeta y William mientras trabajaban para reconstruir y seguir adelante.

—¡Oye, Will! —gritó Jack, ya no atrapado en el hospital, entregándole un martillo—. Pensé que podrías usar una mano extra, amigo.

—Muy apreciado, hombre —dijo William, con voz ligera y agradecida—. Nunca pensé que vería a tanta gente aquí, ayudándonos.

La vista de los vecinos trabajando codo a codo, arreglando cercas y despejando escombros, conmovió el corazón de Violeta. El poder de la comunidad era algo en lo que siempre había creído, pero verlo en acción le provocó lágrimas en los ojos.

—Violeta, ¿estás bien? —preguntó William, notando sus lágrimas.

—Más que bien —dijo ella, con la voz cargada de emoción—. Solo estoy agradecida por el apoyo de todos.

William tomó su mano, dándole un suave apretón.

—Todos están haciendo esto por ti —dijo, sus ojos fijos en los de ella.

—Gracias —susurró Violeta, inclinándose para rozar sus labios contra la mejilla de él.

A medida que avanzaba el día, Violeta y William se encontraron solos, sentados en los escalones del porche de la granja. El sol poniente pintaba el cielo con tonos increíbles de rosa y oro, arrojando una bruma de ensueño sobre la escena.

—William —dijo Violeta vacilante—, ¿alguna vez has pensado en nuestro futuro juntos?

—Todos los días desde que te conocí y aún más últimamente —respondió sin titubear, frunciendo el ceño—. ¿Por qué? ¿Estás preocupada por algo?

Violeta negó con la cabeza. —No preocupada, exactamente. Solo... curiosa. ¿Qué esperas cuando piensas en nosotros?

—Amor, risas y una vida entera pasada lado a lado —respondió, su voz llena de calidez—. Y tal vez, si las estrellas se alinean, hijos con quienes compartirlo todo... si eso es algo que también quieres.

—¿En serio? —preguntó ella, sus ojos avellana iluminándose.

—En serio —dijo William, su mirada firme, inquebrantable—. ¿Y tú? ¿Qué quieres para nuestro futuro?

Violeta sonrió, su corazón hinchándose ante el pensamiento. —Más o menos lo mismo. Siempre soñé con hacer prosperar de nuevo la granja de mi abuelo, pero ahora... quiero

compartir ese sueño contigo.

—Violeta —dijo suavemente, apartando un rizado rebelde detrás de su oreja—, estoy totalmente dentro. Si hay algo que aprendí de todo este lío, es que la vida es demasiado corta para desperdiciarla en arrepentimientos. Eres lo mejor que me ha pasado, y no quiero nada más que construir un futuro contigo, aquí, en esta granja, rodeados de las personas que amamos.

—¿Lo prometes? —preguntó ella, su voz apenas un susurro.

—Lo prometo —dijo, sellando su pacto con un beso tierno e interminable.

CAPÍTULO SESENTA Y OCHO

El sol se hundía en el horizonte, arrojando un cálido resplandor dorado sobre los campos de la recién bautizada Granja de Bayas Corazón Dulce. William se recargó en la cerca, observando cómo Violeta guiaba expertamente el tractor a través de las hileras de bayas jugosas y maduras. No pudo evitar sonreír al verla, con el cabello recogido en una desordenada coleta, el rostro sonrojado por el esfuerzo y el orgullo.

—¡Eh, Will! —lo llamó, agitando enérgicamente la mano desde el asiento del tractor—. ¿Qué te parece?

—Absolutamente perfecto —respondió, sus ojos castaños suavizándose con afecto—. Te has superado esta vez.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa, deteniendo el tractor y bajando de un salto—. Pero no podría haberlo logrado sin ti. Tu apoyo lo ha significado todo para mí.

—Lo que sea por ti, mi amor —declaró él, acortando la distancia entre ambos y envolviéndola en un fuerte abrazo.

Mientras permanecían allí, la cálida brisa agitando las hojas de los arbustos de bayas a su alrededor, los pensamientos de Violeta se perdieron en su futuro juntos. La granja de bayas prosperaba y su relación solo se había fortalecido con el paso de los días.

—Will, ¿alguna vez has pensado en lo que podríamos hacer con los ingresos extras de la granja? —preguntó, sus ojos avellana brillando con curiosidad.

—Claro. Podríamos invertir en mejores equipos o tal vez incluso contratar ayuda —dijo, frotándose pensativamente la barbilla—. O podríamos apartar un poco para algo especial... como una luna de miel.

Violeta jadeó, su corazón revoloteando ante la mención de posibles nupcias. —¿Una luna de miel? William Baxter, ¿me estás proponiendo matrimonio? ¿Adónde iríamos?

—Creo que sí, Violeta Clarke —respondió, arrodillándose repentinamente y sosteniendo un nudo de cuerda que parecía un anillo—. No pude esperar más. El anillo real estará listo pronto. Podemos ir a donde quieras para nuestra luna de miel, Violeta —añadió, sus labios curvándose en una pícara sonrisa—. París, Roma, la luna... el mundo es nuestro.

Ella rió, dándole un golpecito juguetón en el brazo mientras él deslizaba el nudo de cuerda en su dedo. —A veces eres un verdadero payaso.

—Solo por ti —dijo él, poniéndose de pie para darle un rápido beso—. ¿Eso es un sí, entonces?

—¿Tú qué crees? —preguntó ella, burlándose, rodando los ojos—. ¡Sí! Pero en serio, creo que también deberíamos considerar retribuir a la comunidad que tanto nos ha apoyado. Tal vez podríamos comenzar patrocinando un equipo de fútbol para niños o donando al banco de

alimentos local.

—Absolutamente —convino William, sus ojos llenos de admiración por la mujer entre sus brazos—. Haremos todo lo posible para hacer de Love Springs un lugar aún mejor para vivir.

—Suena a un plan —dijo ella, su rostro radiante de felicidad y esperanza.

Mientras permanecían allí, rodeados por los frutos de su trabajo y el amor que compartían, William y Violeta sabían que su futuro juntos albergaba infinitas posibilidades. Tomados de la mano, continuarían construyendo sus vidas, su granja y su comunidad, creando un legado de amor y generosidad que perduraría por generaciones venideras.

CAPÍTULO SESENTA Y NUEVE

El sol se ponía, proyectando una luz dorada sobre la ahora impoluta granja de bayas. William y Violeta estaban uno al lado del otro, tomados de la mano, mientras contemplaban su obra. El cobertizo de almacenamiento que antes estaba destruido había sido reconstruido, sólido y seguro, con una nueva capa de pintura que brillaba intensamente.

—¿Puedes creer que todos ayudaron con todo esto? —preguntó Violeta, con los ojos muy abiertos por la admiración.

William miró a su alrededor, y su pecho se hinchó de orgullo.

—Así es Love Springs —dijo, apretándole la mano con suavidad.

Una sensación de satisfacción lo invadió, algo que no había experimentado en años. Era un calor que se extendía por todo su ser, llenando cada recoveco de su corazón.

—Gracias —susurró Violeta, recostando la cabeza sobre su hombro—. Por todo.

—Agradéceme por nunca haber renunciado a nosotros —le susurró él a su vez, depositando un tierno beso en su frente.

Mientras caminaban de regreso a la casa de la granja, el aire se llenaba de risas y bromas. Su amor se había convertido en un faro que brillaba intensamente para que otros lo vieran y admiraran.

—¡Eh, miren quién está aquí! —gritó James, saludándolos con un gesto desde el porche delantero, donde estaba sentado con la vecina de Violeta, Brenda, y Elsie, del mercado local. Habían venido a celebrar la finalización del cobertizo y a felicitarlos.

—Felicitaciones a los dos —dijo Elsie, con los ojos brillantes de felicidad—. Brenda me contó la gran noticia. ¿Dónde está el anillo, William?

Los tres invitados miraron con expresiones acusadoras y divertidas al sexy y gruñón bombero de Violeta.

—Gracias —dijo Violeta, radiante de alegría, sonrojándose ligeramente ante sus alabanzas.

—En serio —dijo Brenda, con sus ojos verdes centelleando—, si ustedes dos pueden superar sus diferencias y casarse, nos da esperanzas al resto de nosotros.

—Vamos, que no soy más que un tipo común y corriente —protestó William, aunque sus ojos bailaban divertidos.

—¡Tipo común y corriente, y un cuerno! —se rio James—. ¡Eres un superhéroe, hombre!

—Muy bien, muy bien —lo interrumpió Violeta, cuya risa sonaba como una alegre melodía —. No inflemos demasiado el ego de Will.

—Demasiado tarde —dijo William, guiñándole un ojo juguetón mientras todos reían a carcajadas.

Cuando el sol se hundía más bajo en el cielo, proyectando largas sombras sobre la Granja de

Bayas Corazón Dulce, era evidente para todos que William y Violeta habían encontrado algo extraordinario. Su amor había florecido pese a las adversidades, demostrando que incluso las parejas más inesperadas podían hallar la felicidad juntas.

—Brindo por los nuevos comienzos y las segundas oportunidades —dijo Brenda, alzando su copa.

—¡Salud! —corearon todos, entrechocando sus copas y bebiendo un sorbo del dulce vino de bayas que Violeta había elaborado con la cosecha de su granja.

—Que su amor continúe creciendo e inspirándonos a todos —añadió Brenda, con voz cálida y sincera.

—Gracias —dijo Violeta, con la mirada fija en William—. Siempre recordaremos lo que aprendimos aquí y cómo nuestro amor nos ha fortalecido.

—Siempre —concordó William, sus ojos castaños llenos de sinceridad y devoción.

—Te amo, Will.

—También te amo, Violeta.



¿No puedes tener suficiente de Violeta y Will? ¿Quieres saber qué les depara más para su feliz para siempre tan dulce como las fresas?

Obtén aquí el epílogo gratuito:

Bombero gruñón (Epílogo)

El bono incluye:

- Más diversión en la ahora próspera granja de bayas.
- Un trato caliente y una promesa especial de Will.
- Y un anuncio muy especial, con Violeta cultivando más que solo bayas durante los próximos nueve meses... (¿Bayas y bebés? Jeje.)

ACERCA DE LA AUTORA

A Ginger Hudson le encanta escribir divertidas y acogedoras novelas románticas de pueblo pequeño con un héroe gruñón y una heroína radiante. Sus libros están destinados a hacerte sonreír y a dejarte siempre satisfecha con un hermoso final de felices para siempre.

Vive con su ocasionalmente gruñón esposo y su gato, Ed, a quien le encanta ver videos de baños de polvo de chinchillas en YouTube. Una de sus cosas favoritas es acurrucarse en el sofá con un buen libro, una taza de té y un gato en su regazo.

Si deseas saber más de ella, puedes suscribirte a su boletín ocasional para obtener contenido adicional exclusivo, libros gratuitos y más en:

Cherrylily.com/Ginger-ES

MÁS LIBROS DE GINGER HUDSON

Leñador gruñón

Aurora Sinclair está a punto de cumplir su sueño de toda la vida de ser panadera.
Solo hay un problema.
La antigua panadería que heredó de su Tío Jim necesita reparaciones urgentes.
Y el único que puede ayudarla es Randall Woods, el mejor (y más gruñón) hombre para el trabajo.
Si está dispuesto a ayudar, claro...



Puedes encontrar todos los libros de romance de pueblo pequeño de Ginger Hudson en Amazon

Página de autora de Ginger Hudson en Amazon

(Asegúrate de +Seguir para recibir notificaciones de nuevos lanzamientos de libros)